

Wendy Davies

HOPE



La historia de la niña que
no podía escuchar las palabras

Wendy Davies

HOPE



La historia de la niña que
no podía escuchar las palabras



Wendy Davies

Hope



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A los que conocen la diferencia entre escuchar y oír.
Y sobre todo a los que no la conocen.*

«Lavender's green, dilly, dilly,
Lavender's blue
You must love me, dilly, dilly,
cause I love you,
I heard one say, dilly, dilly,
since I came hither,
That you and I, dilly, dilly,
must lie together».

(Según una vieja canción infantil inglesa)

PRIMER ACTO

«Hay muchas clases de soledad, pero Momo vivía una que muy pocos hombres conocen, y menos con tanta fuerza.

Le parecía estar encerrada en una caverna rodeada de riquezas incontables que se hacían cada vez más mayores y amenazaban con asfixiarla. Y no había salida. Nadie podía llegar hasta ella y no se podía hacer notar a nadie, tan aplastada estaba bajo una montaña de tiempo.

Incluso llegaron horas en las que deseaba no haber oído nunca la música ni haber visto los colores. No obstante, si le hubiesen dado a elegir, no habría renunciado a ese recuerdo por nada del mundo. Aunque se hubiera muerto por ello. Pues eso era lo que vivía ahora: que hay riquezas que le matan a uno si no puede compartirlas».

Momo,
MICHAEL ENDE

CAPÍTULO 1

Todo lo que el polvo puede engullir

Aprender a olvidar es una de las primeras lecciones que debes aprender cuando el tiempo pasa y tú no. Acabas por darte cuenta de que los recuerdos son cicatrices del alma y que no existen tiritas ni medicinas para corazones llenos de melancolía. El único tratamiento es el olvido.

Y esto es extraño, sobre todo cuando los demás te olvidan pero tú eres incapaz de olvidarlos a ellos.

Hay muchos tipos de olvido; el peor de todos quizá sea el recubierto de polvo. Este es invisible, innato, y permite que pasen los días hasta que por costumbre, o quizá por comodidad, aquello que en un tiempo te hizo feliz acaba transformándose en un simple decorado de fondo o en algo que dar por sentado.

Hubo una vez, mientras el olvido y el polvo devoraban todo lo que fui y lo que podría llegar a ser, en la que perdí por completo la esperanza. En mi desesperación llegué a ansiar algo que los humanos teméis: la muerte. No solo olvidé mi existencia, sino también lo que era. En lugar de olvidar recuerdos, me olvidé de mí.

Y cuando estaba a punto de rendirme, cuando creía que en mi vida no habría más que oscuridad, que estaba destinado a que mis pensamientos, también recubiertos por una fina película de polvo, me engulleran, vi una luz. No es que no la hubiera visto antes pero esa vez fue diferente, aunque eso tardé en saberlo. Fue como volver a nacer a pesar de que yo nunca hubiese nacido.

Alguien abrió la caja donde todos me olvidaban y recordé lo que era vivir sin latidos, hablar sin palabras y formar parte de ese mundo repleto de momentos extraordinarios que ni el olvido, y mucho menos el polvo, podrían borrar.

CAPÍTULO 2

Serendipity

Imagina una isla entre islas, una nación entre naciones. Y en esa nación piensa en ciudades, pueblos, personas. Sueña con sus historias, las huellas que han dejado sus pasos, las manchas que perduran en la tierra, inmutables al paso de los años; un museo enorme de vida y muerte que pocos se detienen a observar.

Y si has llegado hasta tan lejos imaginando, no te costará ver cómo se alza ante tus ojos un caserón de piedra parda que ocupa las dos terceras partes de una calle cualquiera. Lo tienes justo en frente; si levantas la mirada, puedes ver el nombre tallado en piedra clara justo debajo de los grandes ventanales del segundo piso: Serendipity. Ese viejo teatro que, como yo, también había sido olvidado fue lo que llegó tras el olvido.

Durante el día parecía dormir mansamente; a excepción de los actores, pocos eran los que se atrevían a cruzar sus puertas, como si el lugar estuviera envuelto en una telaraña mágica que se encargara de repeler a los curiosos y de atraer a lo extraordinario. Sin embargo, pasada la puesta de sol el teatro estiraba sus miembros y encendía sus luces de colores; una mezcla de tonos azulados que dotaban de un aire atrayente al lugar. Por su aspecto tenebroso, de cuento antiguo, todo parecía indicar que allí se escondían buenas historias.

Pero el olvido de Serendipity era distinto, meticuloso, cuidado. Una forma de desafiar al tiempo. Allí no avanzaba porque nadie quería que lo hiciera. El único reloj que pude ver en aquel lugar era uno de madera que hacía mucho que había dejado de mover sus manecillas. No dejaba de preguntarme en qué momento se detuvo, si fue un segundo importante o uno carente de sentido.

Hay cosas que es mejor imaginar que saber, aunque eso lo aprendí después.

Fue una época en la que me convertí en un sonámbulo que no podía soñar. Pero, a pesar de no poder, yo soñaba con soñar. Con recorrer ese mundo que

había tras la puerta que todos cruzaban.

A veces, en los pocos segundos en los que tardaba en cerrarse la puerta, alcanzaba a ver un edificio gris, un pájaro o un gato callejero; otras, incluso era capaz de ver las prisas, los coches, la noche o el día. Eso era lo más emocionante. Saber que, aunque el tiempo se había detenido en Serendipity, fuera la vida pasaba sin preocuparse de los que estábamos dentro, los olvidados.

Ojalá hubiera sido capaz de moverme para ver algo más de ese mundo o detener el tiempo y contemplar la escena eternamente. Pero no podía, de modo que lo único que me quedaba era observar a la gente que entraba, ver el mundo a través de sus palabras.

Así pasaba los días, acomodado en una vieja estantería entre una corona envejecida que ya había perdido todo su brillo y la figura horripilante de una bailarina, rodeado de palabras y recuerdos.

CAPÍTULO 3

Silencio no significa que no haya palabras

Cuando salí del olvido pensé que estaba a salvo. ¿De qué? Eso no lo sé. Pero fue lo primero que me vino a la mente a medida que me acostumbraba a la luz.

A continuación distinguí una sonrisa torcida y algo grisácea, pero no fue hasta que mis ojos acabaron por aceptar de nuevo los colores cuando pude ver a mi salvador. Un hombre mayor, de mirada hosca y gesto severo, vestido con un traje marrón y una boina a juego que en ese momento me impidió descubrir sus ojos oscuros y su pelo canoso.

Se llamaba Joseph y fue él quien me llevó a Serendipity. Tras un tiempo a su lado, comencé a creer que aquella primera sonrisa había sido un espejismo. Joseph nunca sonreía, tan solo murmuraba, resoplaba, gruñía y negaba con la cabeza. Los únicos momentos en los que algo parecido a una sonrisa asomaba a sus labios sucedían bien entrada la madrugada, cuando se ponía delante de un trozo de madera con intención de tallarla.

Al principio me mantuve expectante, emocionado incluso, ante mi nueva vida. Después pasaron los días y eché de menos el olvido. En él todo es posible. Cuando no eres nadie, cuando no hay nada más, cuando solo estás tú y tus pensamientos, llega un momento en el que vives en un mundo lleno de quizás, de posibilidades. Dentro de la caja podía imaginar cómo sería mi vida fuera de ella; una vez fuera, lo único que me quedaba era aceptar la realidad.

En Serendipity Joseph se ocupaba de muchas cosas, como el mantenimiento del teatro, vender entradas o hacer de acomodador. Yo me entretenía con las migajas de vida que dejaban los actores que entraban y salían, además de con los pocos espectadores que acudían a comprar sus entradas y que Joseph atendía sin apenas tener que usar un par de palabras. Algunos no le dirigían más que una inclinación de cabeza o un gesto a modo de saludo, así que debía imaginarme lo que dirían el resto del día, qué les

llamaría más la atención o cómo verían el mundo. Otros, en cambio, durante los pocos minutos que permanecían junto al mostrador, hablaban tanto que me costaba seguir las conversaciones.

Sin embargo, las palabras que más me gustaba escuchar no procedían del exterior. Joseph solía hablar con el silencio. Esperaba a que no hubiera nadie cerca para sacar parte de lo que tenía dentro, por eso mis palabras favoritas siempre fueron las suyas. Cuando hablas con el silencio eres libre de decir lo que te plazca; no hay barreras ni filtros, ni medias verdades. Con él aprendí que el silencio no significa que no haya palabras, sino que no hay nadie adecuado para escucharlas.

En algunas ocasiones, alguien preguntaba por mí. Entonces Joseph murmuraba por lo bajo antes de negar con la cabeza, restándome importancia. Nunca se lo tuve en cuenta, al fin y al cabo, yo solo era una marioneta que no tenía a nadie que moviera sus hilos.

CAPÍTULO 4

Hope

Nunca creí que Joseph estuviese recubierto de polvo. Siempre tuve la extraña sensación de que esperaba. A que pasara algo, a que no pasara nada, a que pasara el tiempo, a que pasara él, a que pasara alguien o a que no pasara nadie. Esperaba, sin más.

A mí me gustaba que fuese así; al fin y al cabo, entre esperar y esperanza tan solo hay tres letras de diferencia. Y hubo un día en el que esas tres letras llegaron a Serendipity.

Fue un día como otro cualquiera, excepto porque no lo fue. No fue principio ni final, solo un momento más.

Joseph estaba apilando periódicos viejos sobre el mostrador, mientras yo hacía lo posible por atisbar en ellos qué había sido del mundo, cuando la puerta se abrió. Miré hacia la entrada principal pero no había nadie, así que volví a concentrarme en intentar leer algo.

Fue entonces cuando sucedió.

Un colgante apareció de la nada en el mostrador. Joseph se quedó muy quieto, como si hubiese visto un fantasma, cuando de repente asomó una pequeña cabecita castaña. A la cabeza le siguió el rostro y los brazos de una niña que trataba de mantenerse erguida mientras colocaba el colgante sobre los periódicos.

Siendo una marioneta pensarás que me gustan los niños pero, francamente, los detesto. Tienen esas manitas capaces de manosearlo todo, dedos diminutos como gusanos, pringosos y poco delicados, por no hablar de las voces estridentes y la incapacidad de apreciar una buena historia. Me alegré de encontrarme a una altura considerable como para no ser alcanzado por ella y, por una vez, también me alegré de ser una marioneta.

La cabeza de Joseph se movía lentamente del colgante a la niña, como si no supiera qué le irritaba más. Finalmente, apartó el colgante de los

periódicos y siguió con su tarea de apilarlos, obviando a la niña que seguía mirándolo como si esperara algo.

Cuando ella fue consciente de que Joseph tenía mejores cosas que hacer que atenderla, volvió a poner el colgante sobre los periódicos.

—Es tuyo —le dijo.

Joseph gruñó. Yo ya estaba preparándome para los gritos y las protestas pero, para mi sorpresa, ella no insistió más. Dio media vuelta y a punto estuvo de marcharse para siempre cuando oí que Joseph mascullaba por lo bajo:

—Malditos críos.

Ella se detuvo en seco, todavía con la puerta abierta, dejando a la vista aquel mundo que tanto me fascinaba. Llegué a ver a un hombre arrastrando una carretilla repleta de globos y caramelos; una niña que tiraba de la manga de su madre mientras señalaba a los globos; un hombre trajeado que intentaba esquivarlas y un autobús de esos en los que en la planta superior hay gente con gorros, gafas de sol y cámaras.

La puerta se cerró y la niña se dio la vuelta casi a cámara lenta. Tenía los ojos verdes abiertos de par en par y de su garganta salió un gritito antes de correr de nuevo hacia el mostrador.

He de reconocer que a pesar de los años que he vivido, sentí algo de miedo. Joseph estaba de espaldas, de modo que no podía ver su cara, pero habría apostado toda mi madera a que tenía la misma que hubiese tenido yo de poder mover la mía. Pánico.

—¿Puede repetirlo? —preguntó la niña a la vez que daba pequeños saltitos para lograr ver a Joseph detrás del mostrador.

—Malditos críos —repitió él.

Ella gritó, emocionada, y correteó por toda la estancia. Daba vueltas y más vueltas, giraba sobre sí misma, reía, gritaba y miraba a Joseph con los ojos iluminados. Todo un espectáculo.

Él gruñó otra vez y siguió con su tarea.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la niña.

—Fuera.

—Yo soy Hope.

Si algo he aprendido es que no existen ni principios ni finales. Cada uno elige el momento en el que empezar a recordar y en el que olvidar. Una misma historia contiene tantos inicios y finales como personas la compongan.

Si tuviera que elegir el principio, si estuviera en mi mano, sería ese. Con Hope dando vueltas alrededor de aquel olvido. Y es que esta historia nunca ha sido mía; es la suya y empieza aquí.

CAPÍTULO 5

Cementerio de palabras muertas

Hope vino al día siguiente. Al otro. Y al otro. Siempre entraba con su sonrisa, sus coletas y con todas sus palabras. Tenía muchas, muchísimas. Hablaba sin parar y cuando Joseph dejaba de gruñir para decir algo, ella siempre se acercaba todo lo que podía y lo miraba como si el mundo empezara y acabara en él. Algunas veces me descubrí pensando que ojalá pudieran escucharme para que alguien me mirase así.

—Lo que más me gusta en el mundo es el mar —confesó la niña una tarde—. De mayor quiero ser una ola, ya casi me sale el sonido que hacen. ¿Quieres que te lo enseñe? Es muy fácil. Mira, se hace así. —Compuso un gesto de concentración a la vez que hacía un ruido que parecía indicar que se había atragantado con sus palabras—. ¿Ves? Seré una ola genial. ¿Crees que podré?

Joseph emitió algo parecido a una tos —aunque yo sabía que era su manera de reír sin reír—, un momento antes de seguir haciendo lo que hacía siempre: ignorarla. Hope se estaba ganando mi respeto pese a ser una niña. Nunca se rendía. Cada día regresaba. Aparecía por esa puerta aunque detrás de ella solo encontrara a un viejo gruñón y a una marioneta que soñaba sin soñar.

—Le gustas —le dije, aunque no pudo escucharme.

Siguió parloteando. Yo siempre le prestaba atención, por eso sabía que estábamos en otoño y que le encantaba el mar pero que como empezaba a hacer frío apenas podía ir a la playa. Que en una de sus visitas encontró el colgante perdido entre las rocas, que había pensado en quedárselo porque era muy bonito con esos bordes azules y a ella le encantaba el azul porque le recordaba al mar, pero que cuando vio el grabado con el nombre del teatro imaginó que quien lo había perdido debía estar muy triste. También supe que tenía siete años, que uno de sus dientes estaba a punto de caerse, que vivía en la casa de ladrillos grises que había frente a la playa y que desde su

habitación se podía ver el mar.

—¿No te echan de menos tus padres? —preguntó Joseph al cabo de un rato.

—No —contestó la niña justo antes de que todas sus palabras desaparecieran.

Permaneció unos minutos callada y después se fue.

Al día siguiente no volvió. Ni al otro.

La echamos de menos. Joseph no decía nada, pero lo veía alzar la vista y quedarse pensativo cada vez que se abría la puerta del teatro y también escuchaba sus gruñidos al comprobar que era alguno de los actores de la compañía o un cliente más. Durante esos días, Joseph estuvo más gruñón de lo normal. Yo sabía que era por ella. Lo supe el tercer día, cuando por fin apareció.

A diferencia de las otras veces, entró en un susurro. Apenas nos dimos cuenta pese a estar más atentos a la puerta de lo que ninguno de los dos admitiría jamás.

—No escucho —dijo, poniéndose de puntillas con los brazos apoyados en el mostrador.

—No estaba hablando.

—No escucho nunca.

—¿Estás sorda? —preguntó Joseph sin levantar la vista, mientras cosía el botón de una chaqueta.

—No, me han hecho muchas pruebas y estoy bien. Lo que pasa es que no escucho.

—A mí me parece que oyes perfectamente.

—Claro que oigo. Lo que pasa es que no escucho las palabras.

El comentario de la niña le hizo alzar el rostro.

—¿Las palabras?

Hope asintió.

—Oigo el sonido del mar, los coches, las sirenas, pero no escucho las palabras. Cuando la gente habla solo oigo un murmullo que no entiendo.

—Ya comprendo. —Joseph elevó sus pobladas cejas—. Yo no veo los colores.

—¿Ah, no?

—No. Todo es en blanco y negro, como una película antigua.

—Me gustan las películas mudas, son las únicas que entiendo.

—Tienes mucha imaginación. —Él negó con la cabeza, volviendo a concentrarse en su labor.

—Es verdad.

—Me estás contestando, niña. Eso es porque me escuchas.

—A ti sí, pero al resto no. Por eso vengo.

—¿Por qué?

—Por tus palabras. Me gusta escuchar a alguien que no sea yo.

—Ya.

—¡No miento! Pregúntale a quien quieras.

—Eso haré.

—Vale.

Joseph se percató de que la niña permanecía a la espera, taladrándolo con la mirada.

—¿Qué?

—Has dicho que lo ibas a hacer, estoy esperando.

—Pero no ahora.

—¿Por qué no?

—¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Salir a la calle y preguntarle a alguien si conoce a una niña que no escucha las palabras?

—Sí. Todo el mundo me conoce. —Lo miraba con la cara roja por el esfuerzo de mantener el peso de su cuerpo en sus piecitos—. No me iré hasta que no lo hagas, no soy una mentirosa.

Joseph resopló, pero aun así se puso su chaqueta y se dirigió a la entrada murmurando algo ininteligible. Me quedé a solas con Hope, que me miró con curiosidad. Quise decirle que la creía, pero no pude hacer más que quedarme ahí, observándola. Joseph no solía escuchar a la gente, se limitaba a murmurar y a esperar a que se fueran, pero yo sí lo hacía.

Había oído hablar de la niña que no escuchaba las palabras, la hermana del chico que se había suicidado, la hija del hombre que prefería la compañía de una botella de whisky a la de su propia familia o la hija de una mujer tan empeñada en guardar las apariencias que lo único que conseguía era hacer el ridículo. El pueblo en el que vivíamos no era muy grande y durante un tiempo fueron el único tema de conversación de todos los que entraban y salían del teatro; después simplemente dejaron de hablar sobre ellos. Nunca sospeché que Hope fuese esa misma niña. Era tan sonriente y tenía tantas palabras que costaba creer que estuviera tan sola. Porque así es como debía

sentirse, sola en la inmensidad del mundo que había al otro lado de la puerta.

Me sentí extrañamente conectado con ella. Yo oía las palabras de la gente pero ellos no podían escucharme; a Hope, en cambio, todos podían escucharla pero ella no podía entenderlos. Los dos éramos, a nuestra manera, un cementerio de palabras muertas. Las mías por no poder salir y las suyas por no poder entrar.

Joseph volvió al cabo de unos minutos, maldiciendo.

—¿A que no mentía? —le preguntó Hope, que comenzó a revolotear a su alrededor.

—No —musitó él.

Ella sonrió, aunque a mí me pareció más una lágrima.

CAPÍTULO 6

Vamos a contar mentiras

Hope solía contar mentiras. O lo que la gente decía que eran mentiras.

Sobre su padre, sobre su madre, sobre su hermano muerto, incluso sobre los amigos que no tenía y la escuela a la que no asistía. Al escucharla, era fácil quedarse en la superficie y creer que mentía. Pero ella no mentía, solo contaba historias. Moldeaba la realidad como si esta fuera un pedazo de plastilina; la estrujaba y estrujaba entre sus dedos para luego darle la forma que quería. La base era la misma, aunque el aspecto siempre variaba. Y por todos es sabido que toda mentira tiene algo de verdad.

En realidad, lo único que hacía Hope era creer que todo podía ser distinto a pesar de que no lo era. A veces es mejor vivir creyendo en mentiras que hacerlo soportando la realidad. La entendía. Aunque yo había optado por el camino fácil y pedregoso del olvido, envidiaba a Hope por haber tomado uno diferente, por la esperanza con la que se aferraba a la realidad.

Joseph nunca la juzgó, tampoco la trató de manera diferente tras haber descubierto quién era y cuál era el problema que la hacía refugiarse cada día en aquel teatro lleno de polvo. Un día colocó una silla de madera que él mismo había tallado detrás del mostrador, justo al lado de su asiento. Y ese se convirtió en el sitio de Hope, donde se sentaba balanceando las piernas sin parar de hablar.

Cuando Hope prometía que iba a estar callada, Joseph le permitía entrar y sentarse al fondo de la sala para ver uno de los ensayos. Y mientras la niña veía cómo los actores se movían al ritmo en el que lo hacían sus labios, se inventaba una historia que luego nos contaba con detalle.

Joseph nunca la sacaba de su error. Yo tampoco lo habría hecho.

Cuando los humanos tienen que enfrentarse a cosas que no son capaces de comprender, lo habitual es que huyan o finjan que no ocurre nada pese a tenerlo delante de sus narices. Hope requería demasiado esfuerzo en un

mundo que no estaba preparado para aceptar a personas como ella, para lo extraordinario, de modo que sin pretenderlo se había convertido en invisible a pesar de brillar con luz propia.

Formábamos un curioso grupo. Hope, que no era capaz de escuchar palabras; Joseph, que hablaba sin palabras; y yo, al que nadie era capaz de escuchar.

Durante aquellos días me sentí parte de algo. Sentí que encajaba en un lugar.

Hasta que Joseph, una tarde como otra cualquiera, se acercó a mí para tomarme entre sus manos. No entendí nada. Protesté pero no me escuchó.

—¡Ni se te ocurra tirarme! —le grité.

Joseph limpió el polvo que me cubría con mimo, me examinó de arriba abajo y después sonrió. He de reconocer que estaba muy nervioso. ¿Pensaba tirarme o venderme? Solo podía acordarme de una señora pomposa que siempre preguntaba por mí, lanzando cifras y más cifras que Joseph rechazaba.

Me entró el pánico.

—Buen viaje —me dijo.

—¿Qué? ¡No! —protesté.

Me colocó en la silla de Hope e inmediatamente me dio la espalda, volviendo a sus tareas. No era capaz de comprender qué estaba sucediendo.

Cuando Hope me vio sentado en su sitio, acercó su carita todo lo que pudo para darme un beso. Era la primera vez que alguien me besaba y no me gustó. Fue asqueroso y me llenó de babas. Sin embargo, de haber podido, una sonrisa se habría escapado de mis labios.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó a Joseph, señalándome.

Él se encogió de hombros.

—Fue hasta allí él solo. Me dijo que le gustabas.

¿Me había oído? Era imposible.

—¡Estoy aquí! ¿Me oyes? —grité con todos mis pensamientos—. Viejo loco, ¡contéstame!

Si me escuchó, no lo pareció.

—¿Tiene nombre? —le preguntó Hope.

—Me llamo... —Me lo pensé durante unos segundos—. Bueno, Marioneta, claro.

Nunca me habían puesto un nombre. Me sentí expectante. Obviamente, mi

nombre debía de ser elegante, lleno de fuerza, un nombre que con solo escucharlo supieras que el poseedor debía de ser alguien importante.

—Pregúntale —contestó Joseph.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó Hope, acercando su oreja a mis labios—. Oh, ¡vale! —Sonrió y ladeó la cabeza para mirar a Joseph—. Se llama Wave. Dice que era el gran príncipe de una de las mejores olas del mar y que una bruja con muchas verrugas se enfadó porque no quiso casarse con ella, así que lo convirtió en marioneta.

—¡No he dicho nada de eso! ¡Quítame ese nombre horrible, niña!

—¿Wave? —preguntó Joseph con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Mira sus ojos, parece que todavía lleve el mar en ellos.

¿Tenía los ojos azules? No podía saberlo, nunca me había visto en un espejo. En cualquier caso, curiosa teoría y horrible nombre.

Hope me cogió para ocupar mi sitio en la silla. Me colocó sobre sus rodillas y me miró a la cara.

—Eres muy guapo —me dijo.

—Vaya, gracias —le respondí.

Joseph rio por lo bajo. Si hubiera podido fulminarlo con la mirada, ten por seguro que lo habría hecho.

—¿Cuidarás de él?

—¿Es para mí? —preguntó Hope.

—Te ha elegido y no es que aquí ayudase mucho. Sobreviviré sin él.

—Desagradecido —refunfuñé.

—Lo traeré siempre para que lo veas. Nunca me separaré de él.

Joseph se encogió de hombros.

Hope me volvió a dar un húmedo beso.

CAPÍTULO 7

Tener fe

Vivíamos en un pueblo llamado Folktale. ¿Qué piensas al leer ese nombre? Quizá en un joven que viajó por el ancho mundo buscando que alguien le enseñara lo que era el miedo y lo encontró donde menos lo esperaba. Tal vez en un niño que nació tan blanco como la nieve y tan rojo como la sangre y que, como ocurre en muchos otros cuentos, por culpa de una malvada madrastra acabó transformándose en un bello pájaro que cantaba muy bien, todo gracias a la magia de un enebro. O hasta puede que pienses en una sirena que entregó su voz para seguir al amor de su vida con sus dos piernas.

Sin lugar a dudas, un pueblo con semejante nombre debía de esconder viejas historias, de esas que pese a estar llenas de polvo siempre puedes rescatar porque el tiempo, que es muy sabio, las mantiene intactas.

Folktale era un lugar mágico. No importaba que la era moderna le hubiese arrastrado a sus fauces; seguía conservando su antigüedad, su herencia. Un aroma a libro antiguo te inundaba las fosas nasales cuando paseabas por las callejuelas y te fijabas en las casas de colores con sus tejas rojas, en los escaparates recargados, en los sillones de cuero que había en algunas de las tiendas o en la madera que crujía cuando atravesabas los umbrales y sonaba la conocida campanita.

Hope vivía en una casa gris de dos plantas. Si la mirabas con detenimiento, te daba la impresión de que se hallaba ligeramente inclinada a la derecha. Llegué a preguntarme si se trataba de una mera ilusión óptica o si era solo cosa mía, de esa caída que sufrí años atrás y que hizo que mi cabeza se quedara para siempre un poco desviada hacia ese lado. Supongo que nunca lo sabré. La cercanía del mar había castigado la fachada; el gris immaculado y uniforme de antaño se había ido apagando y transformándose hasta parecer un cielo encapotado de nubes grises. Sin embargo, la puerta principal había resistido intacta al paso del tiempo y la humedad. Cualquiera diría que había

sido puesta ahí por error. El caso es que cuando posabas tus ojos en aquella puerta de madera robusta, con su pomo y su aldaba en forma de sirena, ambos dorados y relucientes, te veías incapaz de apartarlos de ella. Parecía como si la puerta y la vieja construcción descascarillada no tuvieran nada que ver.

Hope me había contado que había soportado los envites del tiempo porque era una puerta mágica que conectaba con otro mundo. Un mundo al que seguía sin ser invitada. «Algún día, Wave, algún día me darán permiso para entrar», me decía siempre. Mientras tanto ella esperaba.

Pero si había una historia de Folktale que me gustaba de verdad, esa era la historia de la estatua de la plaza. La estatua de un joven con los ojos cerrados, vestido con bonitos ropajes de otros tiempos. Según la leyenda, había sido un joven de buena familia que dilapidó su herencia para ayudar a los más necesitados. El joven no siempre había sido igual de bondadoso. En su niñez había aterrorizado a sus profesores con travesuras malintencionadas y esa arrogancia que llevaba como una segunda piel. Su carácter no hizo más que empeorar a medida que se hacía mayor. Durante los años en los que fue enviado a un internado, se convirtió en un déspota al que todos despreciaban pero fingían querer solo por la grandeza de su apellido. No fue hasta que sufrió un terrible accidente que lo dejó ciego cuando pudo abrir los ojos a la realidad que tenía delante, conocerse de verdad y conocer a todos los que lo rodeaban.

Estaba solo.

Vacío.

No sabía amar y, desde luego, nadie lo había amado nunca.

Creía que todo estaba perdido para él, hasta que conoció a una chica unos años más joven que vendía muñecas de trapo en la plaza. Ella fue sus ojos, su verdad, la que le habló con la voz del pueblo. Cada día quedaban justo en el lugar donde ahora se alzaba la estatua y que en ese entonces había sido ocupado por un banco de piedra, y le contaba historias de ese pueblo que él había ignorado. La trágica historia de una madre que veía morir a su pequeño sin poder hacer nada; la de un niño que caminaba cojeando entre lágrimas porque el único par de zapatos que tenía era varias tallas más pequeño; la de una familia que había perdido su casa y ahora dormía en la playa, ateridos por el frío.

Así comenzó a repartir su fortuna, sin saber que aquella que tenía a su lado

y a la que había entregado su corazón era la que más necesitaba de su generosidad. La chica estaba muy enferma, pero él no podía saberlo. No podía imaginarse que estaba a punto de perder su corazón tan repentinamente como había perdido la vista. Murió sobre su hombro haciéndole prometer que seguiría ayudando al pueblo. Él lo hizo hasta su último aliento. Se convirtió en el más querido. Le llamaron *el joven ciego* aun cuando dejó de serlo — joven, no ciego—. Cuando abandonó este mundo, muchos años después, lo hizo con una sonrisa y los ojos bien abiertos, esperando. Era feliz porque estaba a punto de reunirse con su amada. Por fin.

Hope me contó esa historia muchas veces.

Como te decía, se puede ver la magia de Folktale si observas detenidamente cada rincón. La sal del mar impregnando la avenida; los amuletos de colores moviéndose en las ventanas; el viejo con el bastón que pasaba todos los días por la floristería a comprar una rosa a la que luego le arrancaba los pétalos para tirarlos al mar; la bibliotecaria del peinado a medio hacer, siempre con un libro bajo el brazo. Los rumores que se cruzaban de boca en boca, demasiado rápidos para verlos venir pero demasiado pesados para marcharse con la misma celeridad.

Era un pueblo como otro cualquiera, mitad real, mitad cuento.

Y a pesar de todas esas historias nadie creía en Hope. Fingían no verla porque era más fácil. De esta manera no tenían que hacer como que la escuchaban, ni esforzarse para que ella los comprendiera, ni respirar hondo evitando gritar cuando su vocecilla se solapaba con la de ellos. Puede que Folktale fuese peculiar, pero Hope sobrepasaba los límites.

Quizás en un pueblo llamado Reading nos hubiera ido mejor, pero había que conformarse.

Siempre pensé que si Hope hubiese dejado de hablar, las cosas habrían sido distintas. A las personas suelen gustarle los que son callados porque creen que las escuchan. Si Hope no se hubiese dedicado a parlotear todo el día, no hubiese habido escépticos ni egocéntricos. Lo más seguro es que si se hubiese quedado muy quieta, mirándolos a los ojos, sus vecinos le hubieran hablado. Puede que esto a ella no le hubiese servido de nada, pero seguro que se hubiera sentido menos fuera de lugar. La cuestión es que Hope odiaba el silencio y como era incapaz de escuchar se forzaba a hablar por ella misma y por los demás.

Al principio pensaba que si hubiera podido escucharme una sola vez, le

hubiese dado el consejo de mantener la boca cerrada. Con el paso del tiempo lo cambié por un «estoy aquí». Más que intentar dejar de ser ella misma, necesitaba que el resto dejara de intentar descifrarla.

No obstante, como en todos los rincones del mundo, había varios tipos de habitantes en el pueblo.

Por un lado, estaban los que la ignoraban. Estos eran más numerosos, pues a la gente le gusta ignorar aquello que no comprende.

Estaban, también, los que se mostraban cordiales, alimentados por un sentimiento parecido a la lástima. Estos eran los peores; sus sonrisas estaban llenas de hipocresía, y sus palabras, colmadas de buenos deseos que sonaban como los conjuros de los más crueles hechiceros.

Después estaban los que la señalaban. Unos por creerla una mentirosa, otros por pensar en ella como un ser maligno y otros por ser diferente. Distintas formas de intentar poner nombre a algo que no lo tiene.

Y, por último, estaban los que la aceptaban tal y como era. Joseph solía decir que la fe solo era cuestión de dejar de hacer preguntas y limitarse a creer. Así que supongo que estos eran los que tenían fe en Hope. Lamentablemente, solo Joseph y yo estábamos en ese grupo.

CAPÍTULO 8

Un pirata, una maldición y un rescate

No era difícil saber por qué Hope pasaba tanto tiempo en Serendipity.

Su casa era una casa. Tenía paredes, puertas, ventanas, camas..., todo eso de lo que se compone cualquier casa. Pero no era un hogar. La temperatura bajaba diez grados cuando atravesabas el umbral de la puerta.

Tal vez yo no tuviera voz, pero le hablé muchas más veces a Hope que sus propios padres. Parecían el murmullo de una televisión que alguien se había olvidado de apagar o que mantenía encendida por no sentir la soledad calándole los huesos.

No tardé en descubrir el motivo. Habían dejado de creer en ella. No había esperanza, estaba condenada. Condenada al olvido cuando ni siquiera llegaba a los armarios altos de la cocina.

Hope solía colocarme un cuento delante y acurrucarse a mi lado fingiendo que era yo el que se lo contaba. Era verdad que lo hacía, le leí tantos cuentos que acabé por creer que estábamos dentro de uno y que no tardaría en ocurrir algo que lo cambiaría todo. Un hada madrina, un príncipe azul o incluso siete enanitos nos habrían servido. Habría sido más fácil si todo hubiese formado parte de un cuento porque, tarde o temprano, habríamos descubierto que solo se trataba de una maldición y todo el mundo sabe que detrás de cada maldición hay un pero, una escapatoria.

Por desgracia, no estábamos en un cuento. La realidad nos aplastaba a cada paso, pero yo me negué a rendirme. Nunca fui de los que aceptan la realidad como algo ante lo que doblegarse, sino como un reto. Nacieron en mí las primeras preguntas, tales como: ¿Por qué Hope no escuchaba a los demás pero sí podía escuchar a Joseph? ¿Habría más gente como él para Hope? ¿Solo se trataba de buscar?

Hope también se hacía preguntas como esas, aunque todavía era pequeña para ir más allá.

—Mi hermano era pirata —me contó una vez que no podía conciliar el sueño—. Un pirata terrible que dejó de serlo cuando se enamoró de una sirena pelirroja que solo conocía por las historias que le contaban los otros piratas. Sabía que estaba mal. No puedes fiarte de una sirena, todo el mundo lo sabe. Pero él era como yo. No escuchaba —confesó muy bajito, como si se desprendiera de su secreto máspreciado—. Pero a ella sí la escuchó. Por eso saltó al mar y se hundió. —Guardó silencio durante varios segundos en los que pude oír su respiración acelerada—. Dicen que está muerto, pero yo sé la verdad. La sirena lo salvó y lo convirtió en el rey de los mares. Por eso ahora soy yo la que no escucha, él me pasó su maldición. Algún día, yo también le pasaré la maldición a alguien.

De esa manera descubrí la razón por la que Hope se volvía invisible a ojos de sus padres, y entendí el frío, los silencios, las fotos de su hermano invadiendo las paredes. En esa casa el tiempo también se había detenido. Ese otro olvido, el del dolor, cuando recordar duele demasiado.

Era como si el hermano de Hope no se hubiese hundido solo en las profundas aguas; toda la familia lo había hecho con él. Su padre en el fondo de una botella, su madre en sus propias lágrimas y Hope en el silencio.

Pero ahora tenía a Joseph y me tenía a mí y ninguno de los dos permitiríamos que ella también se ahogara. Aunque nos ahogáramos en el intento.

En todas las historias de Hope, Joseph siempre nos rescataba a ella y a mí; pero en las mías, en las que nadie podía escuchar, era ella la que nos rescataba a nosotros.

CAPÍTULO 9

Lo que fue nunca será

Había una fotografía escondida debajo de la cama de Hope, dentro de un marco plateado que debía de pesar bastante. Fue ella misma quien la puso ahí, como si ese lugar oscuro y olvidado fuese el verdadero sitio donde debía estar.

Más que una fotografía, era un recuerdo. Un recuerdo de algo que ya no existía.

Había estado oculta detrás de varias fotografías en el mueble grande del salón. Casi no se veía pero era un lugar privilegiado. Antes de eso, tal vez incluso hubiese estado a la vista. Quizá por eso Hope la cambió de sitio, porque ya nadie se fijaba en ella. Solo Hope lo hacía. Miraba la fotografía hasta que le dolían los ojos y se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano.

Observarla me producía una sensación extraña, como si contemplase un accidente del que no podía apartar la vista aunque me horrorizara. La familia al completo estaba en la playa, descalzos. El mar parecía revuelto. Hope era muy pequeña, llevaba un vestido blanco y apenas se sostenía en pie. Su padre la sujetaba de las manos mientras ella se encaminaba hacia su hermano, situado justo en medio de la escena, casi dividiéndola, con el pelo revuelto y los ojos entrecerrados. La señora Black, a la derecha de la fotografía, tenía los ojos cerrados y una sonrisa enorme en los labios, y se había llevado las manos a la cabeza para sujetar un sombrero blanco que parecía querer salir despedido hacia las olas. Solo el hermano de Hope miraba a la cámara; daba la impresión de querer disculparse, como si supiera realmente lo que pasaría años después. No podía evitar preguntarme qué había sido de ellos, me lo preguntaba tanto que llegué a obsesionarme.

Seguían allí, en aquella casa, pero se habían convertido en extraños.

A veces, Hope se sentaba a la mesa de la cocina para observar cómo su

madre hacía la comida.

—Mamá me va a enseñar a cocinar —me susurraba.

Mientras la señora Black se afanaba en hacer platos que luego no probaba, Hope anotaba todo lo que hacía en un cuaderno. No había palabras. No había contacto. Por no haber, ni siquiera había un cruce de miradas. Lo que sí había era olor. A comida, a hogar, a madre. Supuse que esa era la razón por la que Hope se sentaba ahí en silencio, su manera de comunicarse con su madre era robar algo de ella a través de cada aroma, de la comida que luego probaba a hurtadillas.

Es triste acabar convertido en un ladrón de cariño a la tierna edad de ocho años.

Yo me quedaba mirando a la señora Black, que nada tenía que ver con la mujer de la fotografía, y me imaginaba cómo sería ella en aquellos tiempos. Cómo era su voz cuando le cantaba a Hope *Lavender's Blue*, qué hacía para consolarla cuando tenía miedo o cuál era su expresión cuando la estrechaba entre sus brazos —si es que lo hacía—. De la sonrisa de la fotografía solo quedaban algunas arrugas que demostraban que había existido. Ahora su mirada era vacía, sin vida, como su manera de observar el mundo.

Pero Hope sí recordaba cómo habían sido bastante bien, quizá por eso todavía conservaba la fotografía. Quizá pensaba que, a base de mirarla, algún día se despertaría y todo estaría de nuevo en su lugar, como pasaba en *Jumanji*, la película que tanto le gustaba aunque no entendiera nada de lo que pasaba en realidad.

Si todo esto fuese *Jumanji*, haría lo posible por sacar un cinco.

CAPÍTULO 10

A veces es mejor ignorar que saber

Durante mucho tiempo pensé que las tragedias unían a las personas, pero en aquellos días comprendí que una vez compartes el dolor, un dolor profundo, con alguien ya no puedes compartir nada más.

Recuerdo una mañana en la que Hope y yo buscábamos a su madre cuando reparamos en algo que ninguno de los dos esperaba. Era una imagen insólita: el señor y la señora Black, juntos, sentados en el sofá del salón. Y dirás, ¿qué tenía de raro? Eran marido y mujer, ¿no? Nadie debería sorprenderse. Pero tú no los conocías, no de verdad. Nunca los oíste discutir, no pudiste percibir la rabia, el dolor, ni tampoco viviste en el silencio que separaba unos gritos de otros. Para ti, lógicamente, solo hubiesen sido palabras. Sin embargo, para la niña que me sostenía entre sus brazos en aquel instante era lo más parecido a una tortura. Por eso fue raro verlos en una misma habitación, en calma. Se les veía juntos, juntos de verdad, no solo el uno al lado del otro.

No tardó en aparecer una sonrisa en los labios de Hope. He de admitir que yo también sentí lo mismo que ella, la esperanza de que alguna de las historias que solía contar se hubiese hecho realidad.

Oí risas, pero no procedían de ellos —eso hubiera sido un milagro—, sino del televisor.

—Acércate, vamos —le pedí a Hope porque no podía ver mucho desde mi posición, apoyado en uno de sus brazos.

Ella permaneció muy quieta, como si estuviera esperando despertar de un sueño recurrente.

Y entonces pude atisbar en la pantalla a un niño de pelo castaño que daba volteretas en una cama elástica y reía como si el aire estuviera haciéndole cosquillas. Era el mismo chico de la fotografía aunque unos años más joven, el hermano de Hope.

—¡Cuidado, James, te puedes caer! —gritaba una versión tierna y

edulcorada de la señora Black.

Cuando supe que se trataba del hermano de Hope, toda mi esperanza se esfumó. Solo estaban jugando al olvido, a fingir que su hijo no estaba atrapado en aquel televisor, que nunca podrían crear nuevos recuerdos.

Hope no lo comprendió, no en aquel momento. Los ojos se le iluminaron y se acercó al televisor, ajena a las protestas de sus padres. Sus dedos manosearon la pantalla, recorriendo el rostro de su hermano, mientras comenzaba a cantar aquella canción.

—*Lavender's blue, dilly dilly, lavender's green. When you are king, dilly di...* —fue lo único que consiguió cantar antes de que su madre se levantara del sofá y la agarrara de un brazo para sacarla del salón.

Me caí durante el forcejeo.

Hope gritó, su madre gritó más fuerte y yo me quedé ahí, tendido en el suelo, observando cómo su padre bebía de una petaca y maldecía a su hija sin ningún pudor.

A veces me alegraba de que Hope no pudiera escuchar.

CAPÍTULO 11

Comprar palabras

—Hoy será distinto, ya lo verás, Wave —me decía cada mañana.

Y yo quería creerla, aunque nunca ocurriese, porque no creer implicaba rendirse y jamás me daría por vencido con Hope. Solo teníamos que esperar, algún día sería verdad.

Lo cierto es que hasta el momento estaba atrapada en una vida que a pesar de ser suya, no lo era. Dentro de aquella casa los minutos se convertían en siglos; las horas, en algo desesperante. Ella quería escapar, yo quería escapar y sé que, de alguna manera, los padres de Hope también querían escapar. Ninguno lo hacíamos. Resultaba extraño que la única persona que todos querían que estuviera en aquella casa era la única que había escapado, aunque hubiese sido en brazos de la muerte.

Después de su promesa, Hope me daba uno de sus babosos besos. Abría las ventanas y tarareaba aquella maldita canción, con el *dilly dilly* del que tardaba horas en desprenderme. Luego me contaba cuáles eran las aventuras para ese día. Una excursión al mundo de los mil mundos —la biblioteca—, una visita inesperada a la guarida de los piratas —la playa—, volar —bajar la cuesta de la colina con la bicicleta— o ir a comprar palabras —visitar a Joseph en Serendipity—. A comprar palabras íbamos casi todos los días y a pesar de que Joseph no disponía de muchas, tenía las importantes, las que marcaban la diferencia.

Solo regresábamos a casa cuando a Hope se le empezaban a cerrar los ojos y su cuerpecito se movía como un autómata. Entonces me permitía contarle un cuento y me daba un beso de buenas noches, menos cuando se olvidaba porque el sueño la vencía.

Me sorprendía descubrirme a mí mismo esperando esos momentos. El cuento, el beso, conocer el mundo a través de esa niña que me había convertido en su mejor amigo. Me había transformado en una marioneta muy

mansa. Tiempo atrás, me hubiera avergonzado de ello, pero ya no era el mismo de ayer y sabía que seguiría cambiando cada día que pasara a su lado.

Una mañana en la que llovía muy fuerte y esperábamos a que amainara para salir, mientras ella dibujaba en uno de sus cuadernos, llegó a decir que si suprimíamos la «s» de *amistad* nos quedaba «a mitad».

—A mitad, a mitad —repetía, mirando el cuaderno con el ceño fruncido, buscando un porqué—. A mitad de los dos, el camino entre tú y yo —rumiaba por lo bajo, mordiendo el lápiz. Borró algo del cuaderno—. No, mejor quitar también la primera «a», porque así quedará la palabra «mitad». —Me miró con una sonrisa—. Eso es la amistad, somos dos mitades. Te doy mi mitad, Wave, y te prometo que siempre, siempre, siempre estaremos juntos.

En ese momento a mí también me habría gustado poder darle un beso baboso y tararear la dichosa canción. Maldita niña, ¿cómo podían no quererla?

El señor y la señora Black nunca se dirigieron a mí. Nunca escuché sus voces más que para oírlos discutir. Ellos hacían como que no me veían, de modo que me convertí en un secreto a voces. Sabían de mi existencia pero me ignoraban. A mí me parecía bien. Yo era el secreto de Hope y Hope el secreto de sus padres.

Solo una persona venía a la casa por el secreto de los Black. Se llamaba Anne y era una señora estirada que te miraba como si fueras de un planeta inferior al suyo. Me cayó mal nada más verla.

Le hablaba en voz alta, aun sabiendo que la niña no podía escucharla, y escribía lo más importante en una pizarra que siempre traía consigo. Y no fueron pocas las veces en las que intentó coger desprevenida a Hope para demostrar que mentía y que, de hecho, sí que podía escuchar las palabras. Claro que nunca le dio resultado porque la niña no mentía. Al menos, no en eso.

Aun así, pese a que la tuviera por una mentirosa, Hope copiaba todo lo que Anne escribía en la pizarra en su cuaderno, aunque yo sabía que no le interesaba. No había que ser adivino para saberlo, ya que cuando Anne le escribía una pregunta, Hope le contaba un cuento.

—¿Sabe usted cuál es el cuento más pequeño del mundo? —le preguntó ese día Hope cuando la profesora escribió la primera pregunta en la pizarra. La mujer ni siquiera se inmutó. Hope tampoco—. «Cuando despertó, el

dinosaurio todavía estaba allí» —le contó.

—Te he hecho una pregunta —insistió la mujer a gritos antes de escribirse en la pizarra.

Quise tirarle un libro a esa cabezota que tenía.

—También me sé uno sobre un caracol que deja su rastro para que sus hermanos pequeños no se pierdan —siguió Hope—. Es un poco raro este cuento porque el rastro de babas seguro que se seca pronto, pero siempre hay que creer aunque los caracoles te parezcan asquerosos.

Anne no siguió viniendo mucho más. Un día se esfumó y no dejó un rastro baboso tras ella. Me alegré. Hope también lo hizo.

Siempre me pareció que si Hope fuera una historia, sería una sin palabras. Y eso que, de palabras, ella iba sobrada. Pero lo importante es lo que siempre se esconde tras las palabras, lo que no se dice, lo que se oculta como un preciado secreto.

La vida no es fácil, suelen decir. Creo que vivir no es difícil, lo difícil es estar vivo.

CAPÍTULO 12

Negación

Cinco son las etapas por las que hay que pasar para afrontar la pérdida de un ser querido: negación, ira, negociación, depresión y aceptación.

Los padres de Hope no habían pasado de la primera.

La manera de negar del señor Black era hacerse invisible. Solo se le podía ver en las fotografías que poblaban las paredes, en alguno de los bares del pueblo o anestesiado en la cama.

La señora Black, en cambio, negaba de otra forma. Negaba lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábado. Solo el domingo se tomaba un descanso para acudir a la tumba de su hijo. *Kyriaki himera*, el día del Señor, era el único día en el que realmente aceptaba que había muerto. Le regalaba flores y todas las lágrimas que guardaba durante la semana. Se pasaba horas delante de la tumba, en silencio, contemplando la fotografía como si la fuerza de su mirada pudiera devolverle la vida a su pequeño, mientras Hope correteaba por la tierra santa sin comprender que a veces se es más feliz viviendo en la ignorancia.

Pero el descanso terminaba el lunes desde muy temprano. La señora Black limpiaba la habitación de su hijo cada mañana. Apilaba sus libros sobre el escritorio, quitaba el polvo, ordenaba los estantes, abría las ventanas para airear la estancia y doblaba meticulosamente cada prenda de ropa. Entonces Hope no existía, había dejado de ser un miembro más de la familia. A veces me preguntaba si a la señora Black le fallaba el sentido de la vista o si había dejado de ver a las personas o a los niños.

Pero no. De haberle fallado no habría intentado vestirla como su hijo; a veces cortaba los pantalones y trataba de ajustarlos al cuerpecito diminuto de la niña e incluso también empuñaba unas tijeras y hacía desaparecer su larga melena. A Hope le divertían esos momentos. «Mamá me está haciendo un disfraz de princesa», decía. No era hasta que se contemplaba en el espejo

cuando se daba cuenta de su error.

Tardó un tiempo en comprender lo que su madre pretendía.

Fue entonces cuando empezó a dormir encerrada en el armario.

CAPÍTULO 13

Monstruos

La mayoría de los niños piensan que los monstruos se esconden en los rincones más insólitos de su habitación: debajo de la cama, dentro del armario e incluso al otro lado de la ventana.

Hope no era una niña como el resto.

Para Hope los monstruos no se escondían, y aquellos rincones que los niños corrientes temían eran para ella una especie de refugio.

Por eso se empezó a encerrar dentro del armario, para huir de los monstruos.

La señora Black entraba cada noche y la llamaba. No con palabras. No. Se paseaba por la habitación, rebuscaba debajo de las sábanas por si su hija hubiese encogido desde la última vez que se fijó en ella y se aseguraba de que la ventana estuviese bien cerrada. Desde el resquicio de la puerta podía verse cómo se quedaba un segundo contemplando el armario, solo un segundo, antes de marcharse por donde había venido.

¿Existe algo que solo tú puedes ver?

Muchos podrían pensar que los monstruos solo existían en la cabeza de Hope, pero yo sabía la verdad. Habitaban en aquella casa, se fundían entre las sombras que proyectaban los muebles, murmuraban palabras que nadie entendía y callaban verdades que podrían salvar un alma solitaria que se hacía añicos al ritmo en el que expiraban los segundos.

Cuando te tratan como si fueras invisible, al final terminas por desaparecer.

Quizá no eran monstruos con grandes zarpas, colmillos afilados y tamaño descomunal. Pero eran monstruos.

Daban miedo.

También hacían daño.

Llevaban su misma sangre.

CAPÍTULO 14

Se buscan preguntas

De no haber sido una marioneta, habría intentado responder a todas las preguntas que amenazaban con adueñarse de mis pensamientos en aquellos primeros años junto a Hope.

La gente suele pensar que una pregunta requiere una respuesta, pero yo siempre he creído que una buena pregunta suscita más preguntas. Las mejores preguntas jamás deben responderse, corres el riesgo de perderlas.

Siempre me gustó coleccionar preguntas pero jamás quise ninguna respuesta.

¿Por qué Joseph me entregó a Hope? ¿Fue el destino o una simple casualidad? ¿No es el destino un conjunto de casualidades?

¿Por qué ella? ¿Por qué yo? ¿Por qué nosotros? ¿Por qué alguien que puede oír no puede escuchar? Y lo más importante: ¿por qué nadie le hacía caso a Hope? Lo que me llevaba a un sinfín de preguntas más: ¿era porque no podía escuchar lo que tenían que decir?, ¿acaso la gente solo escucha por el mero hecho de tomar la palabra, solo esperando a que alguien les dé el pie para poder empezar a hablar?

Buscaba preguntas a todas horas. Me enfurecía que una niña como Hope, tan llena de vida, estuviera rodeada de tantas sombras, de tanto olvido, de tanta desesperanza, de tantos monstruos.

En infinitas ocasiones imploré que en algún lugar de su ser supiera con certeza absoluta que la entendía. No pedía que pudiera escucharme, eso era cosa de humanos, yo solo rogaba para que supiera que estaba ahí, con ella. Ahí de verdad.

A lo largo de mi existencia fueron demasiadas las veces en las que me sentí atrapado dentro de mi propio cuerpo, cataléptico. Una muerte aparente, ficticia, que me tenía encerrado sin posibilidad de huida. Siendo consciente de todo y de todos mientras el resto me creía muerto o me olvidaba. Con

Hope me sentí más muerto que nunca y, a la vez, tan vivo como no lo había estado jamás.

Supongo que eso solo tiene un nombre: amor. Y yo estaba loca e irremediamente enamorado de una niña que crecería y me olvidaría o que, en todo caso, terminaría por morir.

La quería a pesar de todo lo que me costaría olvidarla cuando ya se hubiera ido, a pesar de que su recuerdo acabaría por destruirme. Por todos los momentos en los que me miraba con los ojos abiertos de par en par, como si en lugar de una vieja marioneta fuera la luna o alguna estrella. Por su dulzura e inocencia cuando me contaba historias sin esperar nada a cambio o me llamaba por un nombre que nadie se había molestado en regalarme nunca. Pero, sobre todo, por la calidez que sentía, pese a ser incapaz de sentir tal cosa, cuando me abrazaba muy fuerte por las noches, asegurándose de que estuviera cómodo y arropado en aquel armario en el que dormíamos. En esos momentos no podía evitar prometerme a mí mismo que lo daría todo por ella, incluso los diez hilos que me permitían moverme para fingir que, en realidad, no estaba muerto.

Mi amor por Hope era una carrera de fondo contra el tiempo y la muerte; sabía que jamás podría ganar, pero ese hecho no hacía que no me esforzara en correr cada vez más rápido. Por ella. Por sus palabras. Porque ni siquiera su ausencia podría ensombrecerla.

CAPÍTULO 15

Deseos

Hope se pasaba horas asomada a la ventana.

—Hoy veré una estrella fugaz —me decía—. Y ella cumplirá mi deseo.

Los humanos siempre desean algo, desde cosas inútiles hasta otras que son inconcebibles. Hope no era menos, tenía tantos deseos que me sería imposible enumerarlos. Pero había uno que sobresalía por encima de los demás, ese mismo por el que había dejado de creer en la Navidad, aunque era difícil creer en algo en aquella casa.

Escuchar.

Hope anhelaba ser normal; así podría tener amigos, escuchar lo que gritaba el hombre de los helados cuando pasaba por delante de su casa o saber por qué los ojos de su madre se ensombrecían cuando la miraba.

Normalmente se cansaba antes de ver una estrella fugaz. Y, como no podía verla, se la inventaba.

—¿La has visto? —Señalaba el cielo a la vez que me miraba con una enorme sonrisa dibujada en los labios. Quería parecer contenta. Me habría gustado decirle que conmigo no tenía que fingir, que por más que lo intentara no podría esconder el cansancio ni la decepción que sentía—. Ya he pedido mi deseo. Mañana se cumplirá. Iremos a ver a Joseph y podré escuchar la función de *El hombre elefante*, por la noche veremos una película con mamá y podré entender lo que dicen y lloraremos y reiremos juntas y después le pediré que me dé un beso de buenas noches y que me haga un traje de princesa, uno de verdad. —Volvía a mirar en mi dirección, con un deje de culpabilidad—. No te enfades, la próxima vez pediremos que seas de verdad.

Nada cambiaba con la llegada del día. Hope ya lo sabía, pero la esperanza es algo que se pierde de manera fragmentada. No podía escuchar la obra ni la película, y cuando le pedía a su madre que le hiciera un traje de princesa, esta le respondía con silencio. Y no porque no pudiera escucharla, sino porque la

señora Black había dejado de molestarse en hablar.

Del beso, Hope siempre se olvidaba.

De lo que nunca se olvidaba era de pedir ese mismo deseo, noche tras noche. Ella era de las que preferían lo impensable a lo inútil.

CAPÍTULO 16

Recordar olvidando

A lo largo de los años he visto cómo se perdían infinidad de cosas. Lo que nunca pensé es que yo podría perder algo.

Un día perdí a Hope.

Técnicamente fue ella la que me perdió a mí, por eso de que yo soy una... Ya sabes, una marioneta. Pero yo no lo sentí así. Las personas suelen creer que pierde el que posee, pero yo siempre he creído que pierde el que ama. Y yo amaba a Hope, de modo que aunque fuera incapaz de dejarla olvidada en algún lugar, y que la culpa en realidad fue de ella, sentí que el que la había perdido había sido yo.

Todo empezó un domingo en el que el sol se había ocultado entre las nubes, un reflejo más del ánimo de la señora Black que, como era habitual, se había arreglado para la visita al cementerio. Iba vestida impecablemente de negro y el gesto de su cara expresaba toda la melancolía que llevaba a su espalda.

Una vez lista, miró en dirección a Hope —que no a Hope— para que la siguiera. Ella me cogió de un brazo y salimos detrás de su madre.

Nada más atravesar el umbral de la casa, una ráfaga de viento nos dejó paralizados durante unos segundos. Era de día pero parecía de noche; así es como lo recuerdo. Las olas golpeaban las rocas con violencia, sombras y más sombras cubrían las calles, las hojas caídas crujían tras los pasos apresurados de Hope.

Tuve un mal presentimiento.

—Deberíamos volver a casa —le dije.

—Mamá dice que vamos a ver a mi hermano —comentó ella casi en un susurro, como si me hubiese escuchado—. ¿Tú lo entiendes? No sé cómo no se da cuenta de que no puede estar debajo de toda esa tierra.

Probé de otra manera.

—Hope, te ordeno que me lleves a casa.

—Pero me gusta el cementerio porque allí duermen los ángeles.

Era inútil. Por mucho que fuéramos amigos nunca estaríamos lo suficientemente conectados como para que me escuchara. Tenía que empezar a formular mis propios deseos.

Quise decirle que no solo los ángeles dormían en los cementerios, que también lo hacían los muertos. Negar la verdad era lo que había llevado a su familia al punto en el que se encontraban, no era buena idea que ella imitase los pasos de sus padres. De haber podido hablar le habría explicado cómo funcionaban las cosas, pero inmediatamente detuve estos pensamientos cuando me di cuenta de que no tenía ni idea de adónde iban a parar los muertos. Quizá Hope tuviera razón, quizá un cementerio solo era la excusa de los humanos para retener a sus seres queridos en la tierra. Seguro que Joseph tenía una buena explicación para ello; él lo sabía todo.

La señora Black se pasó horas contemplando el retrato de su hijo, como cada domingo, mientras Hope saludaba a cada ángel de piedra del cementerio, haciendo de las tumbas un laberinto, de las ramas los brazos de un ser que le daba la bienvenida a sus dominios. Cuando se cansaba de correr, lo que más le gustaba era mirar los nombres de las lápidas hasta que una llamaba su atención. Entonces se inclinaba a su lado para leer el nombre incrustado en la piedra y comenzaba a narrarme su historia.

Cuando fuimos a buscar a la señora Black para volver a casa, ya se había marchado.

Sentí que el miedo de Hope reptaba hasta llegar a mí; me empapaba la ropa, la madera, cada hilo y recoveco de mi cuerpo.

—¡Mamá! —gritó mientras corría de un lado para otro—. ¡Mamá, estoy aquí! —siguió gritando mientras varios ojos se posaban en ella. Miradas curiosas, alarmadas, tristes. Miradas que no eran la de su madre—. ¡Mamá! —gritó otra vez, dándose cuenta de que estábamos dando vueltas en círculo.

No sé exactamente cuántos minutos estuvo corriendo, sujetándome muy fuerte. Fueron muchos, muchísimos. Una eternidad.

Su madre se había olvidado de ella.

La había olvidado.

Era horrible. ¿Cómo podía haberlo hecho? Lo sabía, claro. Olvidas cuando recuerdas demasiado. La señora Black había recordado demasiado a su difunto hijo, por eso había olvidado a su hija viva.

Nunca entenderé a los humanos.

Cuando Hope se detuvo, exhausta, delante de la tumba de su hermano, ya no quedaba miedo ni esperanza en ella. Había otra cosa que, de haber podido, me habría puesto la piel de gallina. Rabia. Sí, era fuego eso que habitaba en sus ojos.

No supe qué pensaba hacer hasta que alargó la mano para coger el retrato de su hermano. Se lo llevó al pecho y me aplastó la cara contra el marco antes de echar a correr.

—¡Eh! —grité—. ¡No veo nada!

No me hizo caso. Oía sus pasos, su respiración, el ruido de los coches al salir del cementerio, voces que iban y venían. Calles, calles, más calles.

—¡Me estoy mareando! —me quejé, aunque sabía que solo hablaba por hablar.

Me habría gustado tener un reloj, como el que llevaba Joseph en el bolsillo derecho, para aferrarme a la idea de que el tiempo seguía pasando aunque a mí me parecía que nos habíamos quedado perdidos en la inmensidad de un segundo. Pero no tenía nada, de modo que me quedé quieto, con la cara aplastada, hasta que oí el mar y supe que habíamos llegado a nuestro destino y que, en efecto, el tiempo había pasado.

Hope me dejó recostado sobre una roca.

—¡No hagas eso! —protesté mientras me caía a un lado y mi pie se hundía en un charco—. ¡Mi zapato! —grité, horrorizado.

Apenas podía ver a Hope en la postura en la que me encontraba; las rocas me tapaban gran parte de la vista, pero de refilón pude atisbar que tiraba el marco al agua con fuerza. Se oyó un golpe seco de cristales rompiéndose contra las rocas, y supe que Hope se estaba despidiendo de su hermano. Lo estaba enterrando y, en lugar de regalarle flores, le regalaba la inmensidad del mar. Ahora sí que era un pirata. Me pregunté si encontraría a su sirena.

Esperé a que Hope me recogiera, pero no lo hizo. De la misma manera en que su madre la había olvidado a ella, Hope se olvidó de mí.

Grité y grité hasta que mi esperanza se desvaneció del todo. El cielo se fue nublando y finas gotas de lluvia terminaron por calarme la ropa. Entonces dejé de gritar. ¿Para qué? Estaba perdido, solo, y la oscuridad volvía a cernirse sobre mí.

Por una vez no pertenecía a nadie. Yo y el mundo, solos. Era extraño, desolador. Sentí un crujido en el pecho conforme las gotas de lluvia iban

cayendo con más fuerza y me pregunté si me estaría rompiendo. ¿Era la muerte avisándome de que me había llegado la hora? ¿Iba a morir? De ser así, no me imaginaba ningún lugar mejor que ese. Quizá el hermano de Hope me rescatara, quizá me hundiera con él y reináramos juntos en las profundidades del mar, quizá esa sensación de abandono acabaría pronto.

Me odié a mí mismo por creer. En Hope, en nuestra amistad, en una niña. Todos eran iguales. Me había prometido que siempre seríamos amigos y yo la había creído. Me sentí estúpido, avergonzado, porque a pesar de la evidencia todavía existía una parte de mí que se rebelaba contra el olvido. Sabía que lo decía en serio, igual que sabía que mi cuerpo se hundía cada vez más a medida que la marea iba subiendo. Pero entonces, ¿por qué me había olvidado? No es que fuera ligero, tendría que haber notado mi ausencia.

—¿Dónde estás, Hope? —dije con la fuerza de todos mis pensamientos, tan fuerte que no entendía cómo el mundo no se detenía para buscar a Hope y traérmela de vuelta—. Cada vez está más oscuro.

Fue entonces cuando oí el llanto.

—Se está haciendo de noche —dijo una voz grave que conocía muy bien—. ¿Recuerdas dónde lo dejaste?

La respuesta fue otro llanto, más desgarrador que el primero.

El llanto de Hope.

—¡Estoy aquí! —grité, preso de una sensación extraña.

Habían vuelto a por mí.

—Me olvidé —balbució Hope—. Quería devolver a mi hermano al mar y me olvidé de Wave —dijo, sollozando.

—Y ahora vamos a encontrarlo. —Oí que Joseph avanzaba en mi dirección—. Ten cuidado, esto resbala.

—Wave es mi mejor amigo.

Amigo. En realidad era su único amigo, pero saber que me consideraba el mejor, aunque no hubiese nadie más, hizo que recuperara todo el ánimo que había perdido en las horas que había estado solo a la intemperie.

—Deja de llorar —gruñó Joseph—. Él odia a los niños que lloran.

¿Cómo lo sabía? Estaba pensando que ese viejo iba a contagiarme su locura a mí también cuando sentí que sus manos me sacaban del charco y me estrujaban para secarme.

—Aquí estás.

—¿Lo has encontrado? —gritó Hope, que empezó a correr tan rápido que

tropezó, cayendo de rodillas.

—¿Estás bien? —le preguntó Joseph con preocupación.

Ella asintió y, para demostrarlo, se levantó y siguió corriendo en nuestra dirección.

Cuando llegó hasta nosotros, se detuvo como si un campo de fuerza le impidiera seguir avanzando. Sus ojos se clavaron en mí mientras se limpiaba los mocos con la manga de la camiseta. En otra ocasión le habría dicho algo al respecto, pero la vi tan triste que me contuve.

—No llores, está bien. —Joseph me inclinó hacia Hope para que me cogiera, pero esta no parecía tener intención de hacerlo.

—Está mojado.

—¿Y de quién es la culpa? —refunfuñé.

—Se secará —contestó Joseph.

—Me odia.

—No te odio —repliqué.

—¿Por qué crees eso?

—Lo dejé solo, me olvidé de él —dijo ella, entre hipido e hipido—. Mamá también se olvidó de mí y la odio. Wave también me odia a mí.

Joseph se puso de cuclillas para poder mirarla a los ojos.

—¿Eso crees? —Ella asintió—. ¿Qué hacemos entonces? ¿Quieres que me lo lleve otra vez al teatro?

Hope siguió llorando. Me estaba mirando fijamente mientras meneaba la cabeza hacia los lados y subía el labio inferior. Me pregunté de cuántas lágrimas disponía un ser humano; por todas las que había derramado Hope, supuse que muchas.

—Eso está mejor. ¿Qué hacemos entonces? Tal vez si le pides perdón... —propuso Joseph.

Hope se secó las lágrimas con las manos y me miró muy seria, aunque su voluntad de hierro volvió a flaquear en cuanto empezó a hablar.

—¿Me perdonas, Wave? Nunca volveré a olvidarte. La verdad es que nunca te olvidé, solo te dejé atrás porque tenía prisa. Pero nunca más te dejaré atrás por culpa de las prisas. —Estiró una mano hacia mí para secarme el rostro con suavidad—. Te quiero, Wave, eres mi mejor amigo y no quiero que nos separemos.

—Te perdono —le respondí. Y no me quejé ni una sola vez cuando me estrujó entre sus brazos, llenándome de mocos y lágrimas.

Sentí otro crujido en mi pecho, uno muy diferente del anterior. Esta vez no pensé en la muerte, porque no iba a morirme. No tenía intención de dejar sola a Hope. Nunca. Las marionetas siempre cumplimos las promesas, lo que es verdaderamente difícil dado que siempre es otro, y no nosotros, el que maneja nuestros hilos.

CAPÍTULO 17

Misery y Joy

Hope no volvió a perderme.

Joseph le regaló un cinturón de tela con cuatro tiras de cuero. Dos se amarraban a la cintura de Hope y las otras dos eran para mí; sobresalían justo a la derecha del cinto y me ataban a ella, convirtiéndonos en uno. El cinturón estaba hecho de retazos; un pedazo enorme rojo de una vieja cortina, otro rosa del mantel de una obra que no volvería a representarse, y uno violeta con bordados amarillos de un vestido que nadie había usado nunca.

Hope estaba muy contenta con el regalo. Yo también, aunque no pudiera expresarlo como me habría gustado.

Era una época de cambios.

Hay quien dice que hay que atesorar los recuerdos porque de estos se compone nuestra vida. Supongo que si tuviera que elegir mis recuerdos más especiales, uno de ellos sería aquel en el que cobré vida por primera vez junto a Hope.

Fue una noche despejada de verano en la que subimos a la azotea de su casa. Hope me dejó en el suelo con sumo cuidado antes de hacerse con la cruceta de madera para tirar de cada uno de mis hilos, como si quisiera aprenderse la función que ejercían sobre las articulaciones que me permitían el movimiento. Cabeza, cuello, hombros, espalda, brazos, muñecas, piernas, tobillos...

Mis primeros pasos fueron torpes. Ridículos, seguramente. Pero solo el cielo fue testigo y yo estaba tan absorto mientras me movía e intentaba a la vez mirar a Hope que no tuve tiempo de avergonzarme.

En un momento Hope estaba muy quieta y al siguiente movía una mano y extendía la otra por encima de mi cabeza, haciendo que saliera de mi estado de catalepsia y abriera los brazos mientras bailábamos al ritmo de una melodía que solo nosotros éramos capaces de oír.

De haber sido un ser humano, aquel habría sido nuestro primer vals. Habría cogido a Hope entre mis brazos y habría sido yo el que manejara sus hilos. Pero no era humano y debía poner toda mi confianza en ella; la tenía sin pedirlo siquiera. Aquella mocosa me lo había robado todo y yo no podía sentirme más feliz.

La luna se deslizaba por el cielo y parecía brillar más al ser testigo de aquel baile entre dos seres tan distintos pero a la vez tan iguales. Dos seres solitarios, rotos, unidos por los hilos de un destino común.

No supe cuánto había echado de menos moverme hasta esa noche. Quizá mis primeros pasos fueron los de un bebé a manos de una niña inexperta, pero no tardé en crecer. Crecimos juntos, ella y yo. Solos al principio, en compañía de Joseph después. Primero en silencio y más tarde siguiendo los pasos de esas historias que ella se inventaba sobre la marcha.

Una mañana en la que Hope intentaba un nuevo movimiento delante del mostrador de Serendipity, enredando un hilo entre los dedos de la mano izquierda, Joseph le puso unas llaves delante de la cara. Nos quedamos mirándolo sin saber qué era lo que quería exactamente.

—La sala está libre —murmuró él entre dientes.

Hope abrió los ojos de par en par.

—¿La sala? —Él asintió con un movimiento de la cabeza—. ¿Quieres decir que podemos usarla?

—Pero no puedes tocar nada.

—¿El suelo tampoco? —quiso saber Hope.

—¿Las quieres o no? —gruñó él con un gesto de cansancio mientras agitaba las llaves.

La respuesta de Hope fue quitárselas de las manos y echar a correr hacia las entrañas del teatro.

A partir de ese día se nos permitió entrar en aquella sala llena de historias. A las guardadas durante años y a las que todavía se contaban cada fin de semana, ahora se le sumaban las que dábamos vida nosotros, historias que un viejo escuchaba desde un rincón oscuro del fondo fingiendo que no estaba allí.

—Había una vez una niña llamada Misery que no sabía sonreír —contó Hope una vez mientras yo bajaba la cabeza, entristecido—. No parece gran cosa eso de sonreír, pero intentad no hacerlo nunca. Intentad no sonreír cuando veis a un gatito corriendo para atrapar un ovillo de lana. Intentad no

sonreír cuando os cuentan el chiste más gracioso del mundo o cuando alguien os hace cosquillas. Es difícil no hacerlo.

»Misery no podía sonreír, por eso siempre estaba sola. Cuando los otros niños se enteraban de que no podía hacerlo, se apartaban de ella por miedo a contagiarse. Entonces se quedaba sola. —Hope se movió. Yo bajé los brazos y me quedé mirando al frente—. No entendía qué le pasaba, por qué no podía sonreír. Le faltaba algo, pero no sabía qué. Todos los días se ponía delante del espejo y se estiraba los labios hasta enseñar los dientes —dijo mientras me movía para que mis manos me taparan la boca—, pero su sonrisa de mentira no se parecía en nada a las sonrisas de los otros niños. La suya daba miedo y lo peor era que cuando se soltaba los labios estos volvían a su sitio. Misery sentía un dolor en el pecho y estaba desesperada. Así que un día decidió salir a buscar.

Caminamos por el escenario, lentamente, mientras mi rostro se alzaba ahora hacia el cielo de mentira que era el techo del escenario.

—¿Qué era lo que estaba buscando Misery? Un lugar, una persona... No lo sabía. Miraba las nubes amontonadas en el cielo y le parecía ver nubes de algodón de azúcar. Eso habría hecho sonreír a cualquier niño, pero ella no podía mover los labios. —Cuando llegamos a la esquina, volvimos a dar la vuelta para seguir andando. Sabía que Joseph nos observaba y me preguntaba qué estaría pensando de la historia, si le recordaba a alguien—. Misery miraba la luna y caminaba hacia ella a pesar de que sabía que por mucho que caminara, nunca la alcanzaría. Y estaba tan concentrada en mirar la luna que de repente tropezó con alguien.

—¡Au! —grité yo cuando Hope hizo que me diera de bruces contra la pared al llegar a la otra esquina—. No tienes por qué ser tan literal, ¿eh?

—Misery no podía creérselo cuando vio que había tropezado con una niña que era igual que ella. Aunque no tardó mucho en darse cuenta de que tenían algo distinto. La sonrisa que a ella le faltaba llenaba la cara de la otra niña. «¿Quién eres?», le preguntó Misery. La otra niña le respondió: «Me llamo Joy». —Hizo que diera varios pasos hacia atrás para situarme de nuevo en el centro del escenario—. Misery le contó que no sabía sonreír y que buscaba algo que no sabía qué era y se sorprendió mucho cuando Joy le explicó que ella no podía dejar de sonreír, ni siquiera cuando se murió su mascota ni cuando alguien le contaba algo triste. Ella también buscaba algo.

Hope se tomó varios segundos mientras dábamos vueltas y movía las

manos como si realmente hubiese alguien delante de nosotros.

—Me estoy mareando —me quejé.

Como era de esperar, Hope continuó sin hacerme el menor caso.

—«No tengo amigos», dijo Misery y la forma de sus labios dejaba claro que le causaba una gran tristeza. «¿Quieres ser mi amiga?», contestó Joy y su sonrisa no podía albergar mayor felicidad.

Hope hizo que diera unos pasos hacia delante y levantara una mano.

—Las dos niñas se acercaron para darse la mano y cuando se tocaron ya no pudieron soltarse más. Misery sonrió mucho y entonces toda la cara le dolió, mientras que Joy lloraba como jamás lo había hecho. Ya no tenían que seguir buscando, pues habían encontrado aquello que les faltaba. Cuando se abrazaron, Misery y Joy se fundieron hasta convertirse en esperanza. Podían reír y llorar, estar felices y apenadas cuando quisieran. Así es la esperanza, ¿verdad? Triste y alegre.

Hope quiso que hiciera una reverencia y yo la hice, obediente. Me alegré de que solo yo pudiera oír el crujido de mis articulaciones. Esperanza, ¿eh? Me pregunté si era eso lo que Hope esperaba, un rayo de esperanza para recuperar aquello que había perdido. Pero ¿acaso tenía idea de cuántas cosas había perdido y cuántas más perdería a lo largo de su vida? A veces me alegraba de ser una marioneta, de no poder reír ni llorar. Desde mi posición, todo parecía mucho más fácil.

Aunque, desde luego, no lo era.

CAPÍTULO 18

Perseguir la realidad

Hope solía contarme que el cielo estaba lleno de pequeños faros y que cuando te perdías solo tenías que alzar la vista para encontrar el camino.

Mirábamos mucho el firmamento; subíamos a la azotea de la casa y allí nos quedábamos toda la noche, intentando encontrar el camino. Siempre creí que dentro de esos faros estaban los sueños de Hope y que algún día lograría alcanzarlos. Que quizá un día se despertaría flotando en medio de la habitación y podría llegar a uno de ellos. Incluso podría ocurrir que tuviera razón y que ahí, entre millones de faros, encontrase lo que buscaba.

Sin embargo, dudo que en el caso de haberlo encontrado Hope hubiese sido más feliz de lo que ya era. Sonreía incluso cuando quería llorar, como la niña de su historia. Sonreía mientras sus padres, con el paso del tiempo, se iban desdibujando de nuestras vidas hasta que solo quedaron las huellas de su presencia. «Se están volviendo invisibles», me llegó a decir Hope, «seguro que ha sido cosa de una bruja malvada. ¡Al rescate, Wave!».

Sonreía cuando salíamos subidos en la escoba voladora —también llamada bicicleta— y los esbirros de aquella tenebrosa bruja —también llamados niños— nos tiraban piedras para detener nuestro viaje, pues se habían dado cuenta de que los insultos no servían de nada.

Y seguía sonriendo cuando íbamos a comprar palabras a Serendipity y algunos se cambiaban de acera para alejarse de nuestro camino.

«La bruja les ha hechizado a todos, Wave, hay que encontrarla».

Ella la llamaba bruja, yo siempre creí que su verdadero nombre era otro.

Con el paso del tiempo acabamos viviendo en un eterno cuento. Hope se pasaba el día persiguiendo sueños, quimeras, deseos que nunca se cumplían. Y era feliz. Pero después sucedió lo inevitable: creció y encontró a la otra niña de la historia. Y aunque siguió persiguiendo sueños, por las noches, cuando nos acostábamos en la azotea en verano o dentro de aquel armario en

invierno, la oía sollozar. Incluso cuando lloraba se le escapaban algunas risas al mirarme.

La primera vez que lloró durante la noche solo tenía once años. Habíamos estado en la playa desde el amanecer, yo recostado en una toalla y ella chapoteando en el agua. Era una escena bonita.

Fue entonces cuando llegó una familia que no conocíamos; de haber sido de Folktale no habrían ocupado ese sitio. La extensión de playa más cercana a la casa estaba siempre desierta, pues la gente de Folktale solía creer que la maldición de la familia Black se extendía hasta el mar.

Se instalaron tan solo a unos metros de mí. La madre le ponía crema a un bebé rechoncho sobre una toalla, mientras el padre y otro niño más mayor intentaban hacer volar una cometa. El padre acabó en el suelo y todos rieron. Contemplé a Hope detenida en la orilla y me fijé en cómo miraba la escena: la cometa que empezaba a volar, al niño que daba pequeños saltitos de felicidad por su proeza, al padre que se levantaba e iba hasta él, alzándolo para conseguir que volara junto a su cometa, y a la madre que aplaudía un momento después. Hope se quedó quieta durante tanto tiempo que pensé que no volvería a moverse jamás. Pero regresó a mi lado.

Permanecimos toda la mañana observando a la familia y cuando se marcharon continuamos mirando hacia el mar, solos ella y yo.

No fue hasta por la noche, al subir a la azotea, cuando Hope empezó a llorar.

—Vaya, Wave, debería ponerte un bañador —me dijo llena de lágrimas y con una media sonrisa al percatarse de que me había empapado.

—Puedes mojarme cuanto quieras, Hope.

Desde ese día todas las noches lloraba y yo no hacía más que acordarme de sus historias. Hope se había pasado toda su vida persiguiendo sueños y hasta ese momento creí que estaba bien, que era lo que debía hacer. Pero entonces me di cuenta de que mi amiga necesitaba perseguir la realidad. La realidad queda infravalorada por los sueños, como si apenas importase. Pero la realidad importa.

Importaba porque cuando Hope se despertaba, se pasaba unos minutos tratando de averiguar si lo que había ocurrido había sido real o un sueño. Importaba porque aun alimentándose de mentiras siempre le preguntaba a Joseph si las historias que leía en los libros habían sucedido en la realidad.

Lo real importa incluso cuando persigues sueños.

A mí me hubiera gustado decirle en aquel entonces que persiguiera la realidad, que no la aceptase, que la desafiase, que creyera en ella y que, sobre todo, la viviera. Cuando te pasas demasiado tiempo soñando, corres el riesgo de despertar. Pero cuando te enfrentas a lo real, el único riesgo es vivir. Y yo, por encima de todo, quería que Hope viviese.

CAPÍTULO 19

No cumpleaños

A pesar de haber vivido muchos años y en muchas condiciones, junto a Hope fue la época de mis primeras veces. Creía que ya nada podía sorprenderme, que lo había visto todo —o casi todo—. No suelo equivocarme, pero Hope siempre conseguía desacreditarme.

Maldita niña.

—¡Wave! —gritó nada más levantarse.

—¡No me des esos sustos!

—Lo siento. Perdóname, perdóname.

Me quedé perplejo.

—¿Qué me has hecho? No habrás vuelto a vestirme de princesa, ¿verdad?

—Lo lamento, pero aquel fue un momento que me niego a recordar.

—Perdóname. —Me abrazó, sollozando.

Empecé a preocuparme de verdad.

—¿Qué has hecho, Hope?

Unos minutos después estábamos de camino a Serendipity, y todo el rato me pedía perdón. «Perdón». «Perdóname, Wave». «No sabes cuánto lo siento». «Soy tan egoísta. Entendería que no quisieras perdonarme». «Por favor, tienes que perdonarme». No podía dejar de pensar en qué diantres había hecho conmigo.

Lo supe en cuanto llegamos al teatro. Iba a devolverme a Joseph.

—¿Qué he hecho mal? —le pregunté.

Encontramos a Joseph detrás del mostrador, perdido entre un montón de papeles.

—¡Tenemos una emergencia! —gritó ella para reclamar su atención—. Soy la peor persona del mundo. Deberías castigarme.

—¿Qué castigo propones? —preguntó Joseph sin alzar la vista.

Hope se quedó pensativa. Nunca la habían castigado ni había conocido a

un niño que hubiese sido castigado. Solo conocía lo que leía en los libros.

—Podrías darme unos zapatos de hierro al rojo vivo y obligarme a bailar. O podrías encerrarme en la ratonera durante todo el día y tirar la llave a la alcantarilla. Es un sitio horrible, ¿sabes? Es un armario muy estrecho donde no puedes sentarte ni ponerte de cuclillas y las paredes están llenas de trozos de vidrios incrustados para que no puedas apoyarte. Es el castigo favorito de la directora Trunchbull junto con el lanzamiento de martillo —explicó, refiriéndose a la malvada directora de Matilda.

Joseph elevó la vista.

—¿Qué has hecho? ¿Tan terrible es?

—¡He olvidado todos los cumpleaños de Wave! —confesó antes de volver a pedirme perdón un centenar de veces más.

—Solo es una marioneta.

—¡¿Solo?! —Me sentí indignadísimo.

—¡No es solo una marioneta! —protestó Hope.

En momentos como ese habría dado toda mi madera por poder comérmela a besos.

—Gracias, Hope.

—¿Y qué es entonces?

—Pues es Wave, mi mejor amigo en el mundo, y he olvidado todos sus cumpleaños. Soy la peor amiga de la historia.

—¿Cuántas veces te ha felicitado Wave por tu cumpleaños?

—Ninguna.

—Entonces los dos sois los peores amigos del mundo.

—Wave tiene una maldición y no puede moverse ni hablar, pero seguro que me ha felicitado.

—No puedes saberlo.

—Claro que lo he hecho —repliqué.

—Da igual. Aunque él se olvide yo no quiero olvidarme.

—¡Que no me he olvidado! —insistí.

—No te has olvidado, es que no te ha dicho cuándo es su cumpleaños —dijo Joseph, colocando un fajo de papeles encima de otro.

—¿Y cuándo es?

—No lo sé —confesé, un poco triste.

—No tiene —musitó Joseph.

—Claro que tengo —repuse. Que no lo supiera no significaba que no

tuviera, solo que nadie había tenido el detalle de decirme cuándo era.

Los ojos de Hope se abrieron de par en par.

—¿Wave no tiene cumpleaños?

—Pues no —contestó Joseph en una especie de gruñido—. Pero puedes celebrar su *no cumpleaños*.

—¿*No cumpleaños*?

En lugar de replicar, como yo esperaba que hiciera, Hope respondió con una sonrisa.

Tardaron once días en celebrar mi *no cumpleaños*. Como todos los *no cumpleaños*, tenía bastante poco de cumpleaños. No vi una tarta por ninguna parte, tampoco velas ni regalos, y mucho menos globos. Lo que sí hubo fue una merienda en el mismísimo escenario de Serendipity. «Es una ocasión especial», fue lo que respondió Joseph cuando Hope le preguntó si no le importaba que lo celebráramos allí.

—Gracias por la agradable celebración —les dije con un deje de irritación mientras observaba cómo tomaban chocolate y galletas y contaban historias—. La próxima vez quizá podríais sentarme en una butaca, así podría ver mejor la función.

Estaba molesto, lo admito. No esperaba mucho. Un «Feliz *no cumpleaños*, Wave», «Te queremos, Wave», «Será el primer *no cumpleaños* de muchos», «Siempre estaremos juntos». Por encima de todo, ansiaba una promesa. Tan desesperado estaba que hasta con un estúpido regalo me habría conformado. No es que me fuese a servir de mucho tener uno, pero sería mío y vendría de mis dos personas favoritas en el mundo y eso significaría todo para mí. Pero no me estaban haciendo el menor caso. Reían y compartían historias y yo me sentía cada vez más alejado de ellos a pesar de encontrarme a unos pocos centímetros, apoyado en una caja bastante grande que Joseph había traído consigo.

No tardé en darme cuenta de cuán equivocado estaba.

Como si me hubieran leído el pensamiento, Joseph fue el primero en mirarme. Después lo hizo Hope. A continuación se miraron entre sí y Joseph inclinó la cabeza hacia mí.

Hope se levantó, me dejó en los brazos de Joseph y sacó algo grande de la caja. Un espejo. El espejo más extraño y hermoso que había visto nunca. Era de madera oscura, rodeado de un decorado de latón, con dibujos de estrellas y soles en azul y dorado.

—¿Estás preparado, Wave?

—¿Preparado? ¿Para qué?

—Lo está —contestó Joseph.

—No es cierto. Sea lo que sea que vas a hacerme con esa cosa, será mejor que no lo hagas.

Está bien, a veces me comporto como un crío. Me entró el pánico, lo admito. A mi favor diré que no me lo esperaba para nada. ¿Primero me ignoraban y ahora esto?

Cuando Hope se agachó y Joseph me colocó en el centro del espejo, pude observar mi verdadero regalo.

Unos ojos azules, muy vivos, me devolvieron una mirada inocente, casi asombrada. El pelo rubio rebelde apenas se entreveía debido al sombrero negro que le cubría la cabeza. En el rostro, justo en el pómulos izquierdo, llevaba pintada una lágrima del mismo azul de los ojos. Sus ropas eran majestuosas, señoriales, propias de un rey. Llevaba una camisa blanca, chaleco y casaca de un azul casi negro, un pantalón ajustado hasta las rodillas, con sus medias blancas y sus zapatos negros relucientes. Parecía un caballero recién salido del siglo XVIII.

Pero no era un caballero. Tampoco era humano.

Era una simple marioneta bien vestida.

Era yo.

Mi reflejo.

Un aluvión de emociones me recorrió las articulaciones. De ser humano seguramente podría explicarlo diciendo que me había quedado sin respiración. Así es como me sentía, como si todos mis pensamientos me hubiesen abandonado, como si el amor y la gratitud se concentraran muy dentro de mí y estuvieran a punto de estallar. No es que nunca hubiese visto mi reflejo, lo había observado en multitud de ocasiones, desde en coches relucientes hasta en la misma puerta de Serendipity, pero jamás había tenido la oportunidad de estar frente a frente con el verdadero Wave.

—¿Te gusta, Wave? —Hope había sacado la cabeza delante del espejo para mirarme.

—¿Que si me gusta? —Me alegré de que no oyera la risa nerviosa que se me escapó.

Si la lágrima que llevaba pintada en la mejilla izquierda hubiese sido real,

se habría deslizado hasta mi cuello. ¿Respondía eso a su pregunta?

CAPÍTULO 20

¿Por qué?

Hope solía preguntarme si habría más gente como ella en algún lugar.

Al principio le contestaba que sí, más tarde dejé de hacerlo al darme cuenta de que era una de esas preguntas que lo que persigue no es una respuesta sino esperanza. Dicen que las dificultades preparan a las personas comunes para destinos extraordinarios. Pero Hope no tenía nada de común, era extraordinaria en un mundo anodino y gris que se negaba a aceptar la existencia de más colores.

Conforme más crecía más la señalaban, como si ya no estuviera permitido ser diferente, como si el hecho de crecer llevara implícito el dejar de ser ella. Aquellos que eran cordiales acabaron por unirse al grupo de los que señalaban, pues una rareza como la de Hope podía ser aceptada de una niña pero cuando dejaba de serlo se convertía en locura. Es por eso que con solo trece años Hope ya era toda una apestada.

Lo peor, lo más triste de todo, era su actitud. Por alguna extraña razón, Hope seguía creyendo. Creía en las personas. Le gustaban sus vecinos a pesar de que a sus vecinos no les gustaba ella. Sentía la necesidad de observarlos desde la distancia, a veces incluso les ponía voces imaginando qué diría cada uno. Ella los admiraba, a mí me causaban algo parecido a la repulsión.

Me gustaba más cuando imitaba a las personas de mentira, esas que aparecían en la televisión y que no podían hacerle daño. Me parecía más divertido. Aunque a decir verdad prefería los momentos en los que leíamos. Lo hacíamos a todas horas. Era la única forma de escapar de la maldición y poder escuchar.

Lamentablemente, había muchos días en los que las personas ganaban a los libros y a la televisión. Quizá por ese afán que tenían los humanos de buscarse los unos a los otros, de cubrir los silencios o la soledad. Lo entendía, pero odiaba cuando Hope sufría. Y la experiencia me había enseñado que

siempre que los humanos se acercaban a Hope, de una manera o de otra, ella terminaba sufriendo. Con el único que no sufría era con Joseph, claro.

Hope había aprendido a escuchar lo que no se dice. A ver entre silencios, miradas y gestos. Era toda una experta.

—Está triste —dijo aquel día, refiriéndose a un hombre que reía—. Tiene los hombros caídos, cuando no habla suspira y sus parpadeos son demasiado largos. ¿Qué crees que le habrá pasado?

—Está riéndose, Hope —le contesté yo.

Ella fijó más la vista, arrugando los ojos de una manera que en otro momento me habría hecho gracia.

—¿Crees que deberíamos decirle algo?

—No.

—Podría darle un abrazo, así no estaría triste.

—Hope, déjalo —insistí.

Como venía siendo habitual, ella no me hizo caso.

Íbamos al encuentro de aquel hombre cuando sucedió. Nos cruzamos con un grupo de chicas de la edad de Hope que comenzaron a cuchichear nada más vernos. Hope ni siquiera había reparado en ellas cuando empezaron a llamarla. ¿Eran tontas?

Una de ellas se acercó corriendo a nosotros, gritando el nombre de Hope mientras lo hacía, y cuando nos alcanzó le dio un toque en el hombro. Ella, que no estaba acostumbrada a que alguien se pusiera a su lado, pegó un grito y la chica se apartó un poco asustada.

—Hola, no quería asustarte —dijo esta muy despacio.

De haber podido poner los ojos en blanco, lo habría hecho.

Hope meneó la cabeza.

—¿Puedes escribirlo? —le preguntó con una gran sonrisa que le llegaba a los ojos, sacando una libreta y un bolígrafo que apenas tenía oportunidad de usar—. Toma.

La chica comenzó a escribir mientras sus amigas se acercaban para mirar lo que estaba poniendo. Hope estiró el cuello para intentar ver también, pero no hubo manera.

Cuando la chica terminó, le tendió la libreta.

Hope leyó las líneas varias veces, incrédula.

—¿De verdad? ¿Quieres que vaya a tu cumpleaños?

La chica asintió con una sonrisa que me dio escalofríos. Sus amigas no

dejaban de reír detrás de ella.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Hope.

—Alice —contestó. Hope volvió a pasarle la libreta para que se lo escribiera.

—Menuda idiota —murmuró Alice mientras escribía.

—¿De verdad no oye? ¿Y cómo habla si no escucha? —preguntó una de sus amigas.

—Dicen que siempre está con el viejo de Serendipity —dijo otra.

—Ni siquiera la quieren sus padres —oí que decía otra más.

—Que marioneta más fea —murmuró Alice, que continuaba escribiendo.

No hacían más que burlarse. Una ira ciega se apoderó de mí. ¿Por qué no la dejaban en paz? Si no les gustábamos solo tenían que ignorarnos. Nunca nos metíamos con nadie, tampoco molestábamos.

Alice le mostró la libreta con su nombre, dirección, el día y la hora de la supuesta fiesta. Solo que no habría fiesta, o al menos no la que ella esperaba. Hope no dejaba de sonreír, parecía que en cualquier momento su sonrisa fuera a cobrar vida propia. Entonces me miró y torció el gesto. Durante unos segundos esperé que me hubiese escuchado, que todos los insultos y maldiciones que les dirigía a aquellos demonios hubieran llegado a sus oídos. Pero no.

—¿Te importa si viene conmigo? Se llama Wave. —Alice me miró y dijo que no con la cabeza mientras el resto de chicas estallaban en risas mal disimuladas.

Me di cuenta de que Hope también era humana, como si hasta ese momento no la hubiese incluido en la definición de persona; ella, que era capaz de ver lo que no se podía ver, no había podido —o querido— percatarse de lo que estaba pasando.

Los dos días siguientes fueron una tortura.

Hope estaba emocionada. Había decidido que iba a regalarle a Alice una historia y que se pondría el vestido azul, aunque luego se desanimaba un poco pensando que quizá una historia no fuese suficiente y que el vestido azul era el mismo que usaba para ir al cementerio y que tal vez no fuese lo más apropiado para un cumpleaños.

Parloteaba durante todo el día y atisbé algo en ella que no había visto hasta ese momento: ilusión. Le brillaban los ojos, aunque lo que más brillaba en ella eran sus palabras. Ya no lloraba durante las noches, solo imaginaba.

«Alice será mi mejor amiga», me decía y a mí se me partía el corazón o lo que fuese que tuviera en el pecho. Estaba devastado. Hope iba a sufrir y no había nada que yo pudiera hacer para evitarlo.

Una pregunta me atormentaba a todas horas.

¿Por qué?

—¿Crees que habrá música? ¡Me encantaría bailar!

¿Por qué?

—Le voy a regalar la historia de Misery y Joy. No te pongas así, Wave, era para ella. Estaba esperándola.

¿Por qué?

—¿Se enfadará mamá si me pongo el vestido azul? Es que no tengo más.

¿Por qué?

—Ay, Wave, la maldición se ha roto. ¿Ves? Te lo dije.

¿Por...

... qué?

CAPÍTULO 21

El peor día del mundo

Nunca había experimentado el miedo y no sabía qué hacer con él. Me había dejado paralizado —más de lo habitual—, expectante, anulado. No había nada que pudiera hacer para aplacarlo. Ni gritar ni maldecir ni llorar. Sentía cómo me arrugaba el alma. ¿Cómo podía sacarlo de dentro?

Y hacia allí nos dirigíamos, justo al epicentro de mis temores, a aquella dirección. Hope llevaba consigo el vestido azul, una concha, una marioneta y una bonita historia. Estaba muy callada.

—El corazón me va rápido y lento a la vez —me dijo cuando apenas estábamos a unos metros de la casa.

—Vámonos, por favor, vámonos.

Hope respiró hondo y llamó al timbre. Miré hacia otro lado. No podía verla caer. Ese era mi miedo, que ella se rompiera, que jamás pudiera superarlo. Dicen que el tiempo todo lo cura, pero yo me preguntaba cuánto tiempo necesitaría Hope para olvidar todo el dolor que habitaba en ella y si ese tiempo podría contabilizarse. Si alguien sería capaz de vivir tanto.

¿Hay un máximo de dolor que alguien puede soportar antes de oscurecerse, antes de dejar de sentir? ¿Cuánto le quedaba a Hope para rebasar el límite? ¿Cuándo se quebraría todo?

«Plof».

«Plof».

«Plof».

Caían globos azules llenos de un líquido viscoso que olía fatal, impactando contra nosotros. Después vinieron los huevos, seguidos de más globos. En las ventanas de la planta superior estaban asomadas las chicas, que se peleaban por ver quién ocupaba la ventana y tiraba más cosas. Reían mientras destrozaban las ilusiones de Hope y supe que nunca podría olvidar las expresiones de sus rostros.

No tuve fuerzas para indignarme ni decir una palabra, estaba derrotado. Solo podía pensar en que Hope no se rompiera. No quería que dejara de ser ella.

Hope alzó la vista y las miró con los puños apretados.

—¿Por qué? —preguntó, aun sabiendo que no podría escuchar una respuesta.

Miré hacia ellas. Yo me preguntaba lo mismo. Por una vez en mi vida quise una respuesta. Un porqué. Siempre imaginé que cuando quisiera de verdad una respuesta tendría que venir de una pregunta perfecta, bien estructurada. Y solo me salía un maldito «¿Por qué?». «¿Por qué ella?». «¿Por qué Hope?». «¿Por qué le hacéis eso?». «¿Por qué queréis humillarla?». Quise decirles muchas cosas, pero me ahorré todas mis palabras. No se las merecían y tampoco creí que llegasen a entenderlas jamás. Estaban dispuestas a romper a Hope, pero las que estaban rotas eran ellas.

Hope se dio media vuelta y caminó lentamente, alejándose de aquella casa, mientras seguían tirándole más huevos y globos. Se alejó con la cabeza muy alta, los puños apretados y la respiración contenida hasta que giramos a la izquierda en una calle y las perdimos de vista.

Entonces comenzó a correr.

Corrió tan rápido que agradecí que el cinto me sujetara firmemente para no perderme.

Cuando llegamos a la playa, el mar estaba calmado, apacible, y eso fue lo que acabó de romperla. Se acercó a la orilla y se derrumbó. Sus lágrimas se confundían con el agua que iba y venía empapándole la cara, el pelo se le pegaba al rostro y sus sollozos contrastaban con el graznido de las gaviotas. Me abrazó muy fuerte, rodeándose el estómago, y siguió llorando.

—Me duele —dijo, sin apenas conseguir que las palabras no se ahogaran entre todas sus lágrimas.

—A mí también, Hope, a mí también.

—Me duele —volvió a decir, apretándome todavía más fuerte.

—Algún día, todo esto solo será un recuerdo.

CAPÍTULO 22

Cuestión de lugar y momento

La luz de Hope se apagó. Ya no brillaba, ni sonreía a todas horas, ni le interesaba imaginar qué dirían los demás. Sin embargo, sus historias no se desvanecieron. Aquellas chicas robaron lo que era, pero no su esencia.

Hope era una luchadora. Tenía trece años y todo el mundo encerrado en sus historias. Pasábamos mucho tiempo en Serendipity después de aquel día. Nunca llegó a contarle a Joseph lo que ocurrió.

—¿Se te han acabado las palabras? —le preguntó Joseph unas semanas después del incidente.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—El hombre elefante.

—¿Sabías que existió de verdad?

—¿En serio?

Joseph asintió y Hope se quedó sumida en sus pensamientos.

—Es una cuestión de lugar y momento —musitó él al cabo de un rato, sin levantar la vista—. Nadie es diferente, las diferencias no son una parte de una persona. Ni siquiera son las mismas siempre. Lo que hoy te hace diferente, en otro lugar o en otro momento te haría normal. ¿Entiendes? Cuestión de lugar y momento.

—¿Crees que encontraré mi lugar y mi momento?

—Todos lo encontramos, tarde o temprano. Solo hay que creer.

—¿En qué?

—En uno mismo.

Y algo en Hope parpadeó, recuperando parte de aquel brillo.

A veces me pregunto cómo lo consiguió. Cómo salió de todas aquellas ruinas que eran sus recuerdos. Cómo siguió creyendo en sí misma cuando nadie más lo hacía. Cómo aguantó sin rendirse. Cómo aquella sonrisa

perdida, poco a poco, volvió a esos labios que apenas habían aprendido a vivir. Supongo que simplemente siguió adelante.

No es que pudiera hacer otra cosa.

Siguió avanzando, esperando ese lugar y ese momento.

CAPÍTULO 23

La promesa

El día en que los padres de Hope se marcharon ambos lo notamos, la pérdida. Habían estado en nuestras vidas de manera intermitente, pero fue ese día cuando desaparecieron definitivamente. Se apagó el sonido del televisor, la luz de la cocina y la habitación del hermano de Hope por primera vez tenía la puerta cerrada.

No había caído la noche todavía cuando me ató a su cintura y corrimos hacia Serendipity.

—Mis padres se han vuelto invisibles —le contó a Joseph, que estaba de espaldas limpiando el polvo del estante.

Cuando se volvió no la miró a ella sino a mí, como si buscase una respuesta de verdad.

—No se han vuelto invisibles, solo nos han abandonado —expliqué yo.

—¿A qué te refieres con invisibles? —preguntó Joseph.

—No lo sé. —Hope arrugó el ceño—. Solo sé que han desaparecido.

—¿Has comprobado si han desaparecido también sus cosas?

—Todo sigue ahí. —Él asintió, revolviéndose el pelo—. ¿Y si no vuelvo a verlos?

—Buscaremos una solución.

—¿Me lo prometes? —Ella levantó el meñique y lo dejó ahí, en suspenso, a la espera de que Joseph aceptara su promesa.

Había visto hacer esa promesa otras veces, pero estaba claro que el viejo no tenía ni la menor idea. Lo único que hizo fue asentir con un gesto.

—Te lo prometo.

—Tu dedo —insistió Hope, moviendo el meñique—. Es para cerrar la promesa.

Joseph levantó el meñique y siguió sus instrucciones. Quizá no había podido salvarla en ese momento, pero le había hecho el mejor regalo que se

podía hacer.

Una promesa.

CAPÍTULO 24

Nunca regresamos

Pasaron días, semanas, meses en los que Hope esperó. Seis meses largos, lentos, angustiosos. Una espera vacía, emborronada por la firme realidad de que esa espera solo llevaría a más espera.

Pero sus padres no regresaron.

Ya solo íbamos a la casa para que Hope se aseara o se cambiara de ropa; a veces, ni siquiera dormíamos allí, sino que lo hacíamos encogidos sobre las butacas del teatro.

El día en que Hope cumplió quince años llovía tan fuerte que el impacto de las gotas contra la azotea y las ventanas se parecía al sonido de las pisadas de un ejército corriendo hacia el enemigo. El mar revuelto, furioso, estallaba contra las rocas y estas desaparecían por unos instantes en un manto blanco y burbujeante.

No era un buen día para cumplir años; tampoco lo era para mudarse. Quizá por eso Hope lo eligió. Llenó su mochila con ropa y sus tesoros más preciados —libros, sobre todo, y aquella fotografía llena de polvo que seguía debajo de la cama—, y nos marchamos. Cada vez que recordáramos aquel día oiríamos el bramido de las olas, veríamos el agua bajando en pequeños riachuelos por las calles, la lluvia que nos golpeaba mientras atravesábamos la plaza, pedaleando en la bicicleta cada vez más deprisa. Pero sobre todo el frío. El frío que nos calaba desde la madera de mi cuerpo hasta los huesos de Hope.

En el momento en que atravesamos el umbral de Serendipity para reclamar una promesa, Joseph parecía haber estado esperando ese momento. Lo vi en sus ojos.

Con un gesto nos condujo por una puerta secreta que llevaba al piso superior del teatro, directamente a su despacho, donde dejó que Hope se cambiara de ropa mientras él iba a por un chocolate caliente que ella se bebió

muy despacio.

—Ha dejado de llover —murmuró Hope con la nariz pegada a la ventana, empañándola con el vaho de la taza humeante.

Eché un vistazo al cielo, despejado de nubes, y de no ser porque las calles seguían mojadas habría llegado a pensar que no había sucedido nunca.

Joseph se acercó a nosotros para observar el exterior.

—Tenía que parar —dijo él en un susurro que no llegó a oídos de Hope.

Quizá fueran las emociones de ese día o el hecho de que me estaba haciendo viejo, pero me dio por pensar en la posibilidad de que todo estuviese orquestado. La lluvia, las estrellas perdidas en el firmamento, la tristeza en el mundo, las decepciones, las preguntas sin respuesta, los silencios eternos, el amor..., todo eso que los humanos llaman destino.

¿Estaría todo orquestado? ¿Estaría escrito que el hermano de Hope moriría? ¿Que ella dejaría de escuchar? ¿Que sus padres la olvidarían, poco a poco, hasta desaparecer? ¿Habría alguna razón para que decidiera dejar de esperar el día de su cumpleaños?

¿Por qué se había detenido la lluvia?

Decidí que era mejor, y menos agotador, no pensar en nada más por esa noche.

La habitación que Joseph había preparado para Hope estaba lista para ser usada. No se parecía en nada a la habitación antigua de Hope. Esta era austera y muy amplia, lo que le daba un aire todavía más lúgubre, y las paredes estaban desnudas y mal pintadas. No había más muebles que una cama enorme arrinconada en una esquina y una cajonera que se tambaleaba a los lados cuando la tocabas.

—La arreglaremos —murmuró Joseph con un gruñido mientras observaba incómodo cómo ella lo toqueteaba todo, desde las paredes hasta los amplios ventanales donde se veía el cielo infinito.

Las vistas eran magníficas y supe que Hope se había enamorado de su nuevo hogar. Lo supe como si pudiera sentir a través de ella.

—Es perfecta. Muchas gracias.

—Te hice una promesa —le recordó.

—Gracias —volvió a repetir ella con un hilo de voz al tiempo que una lágrima solitaria se deslizaba por su rostro, seguida de muchas otras.

—No me las des. Vas a tener que ganártelo. Este sitio ha estado demasiado tiempo descuidado; yo ya soy viejo y necesitamos a alguien que se encargue

de limpiar, de hacer recados, de arreglar el escenario para las funciones...

—Será un placer —lo interrumpió ella, que ahora lloraba con todas sus fuerzas. Tenía las manos aferradas al alféizar de la ventana y miraba al cielo sin verlo.

Yo estaba bien pegado a su cintura y, aunque se podía decir que la abrazaba, sentía que la rigidez de mi cuerpo no era suficiente para ella.

—Es un trabajo duro —musitó él, que no sabía qué hacer para que dejara de llorar.

—Joseph.

—¿Qué?

—¿Me harías otra promesa?

—¿Qué promesa?

—Prométeme que tú nunca desaparecerás.

El silencio reinó en la estancia. Por un momento me pregunté si las palabras de Hope lo habían hecho desaparecer, pero poco después vi que había atravesado la habitación y había colocado sus manos sobre los hombros de Hope.

—Lo que puedo prometerte es que estaré aquí hasta que dejes de necesitarme.

—Siempre voy a necesitarte —replicó ella, sorbiéndose la nariz.

—No, no siempre. —Joseph alzó la mirada hacia el mismo cielo que contemplaba ella y permaneció a su lado hasta que el cuerpo dejó de temblarme, al mismo tiempo que el de Hope, y los sollozos cesaron. Entonces, y solo entonces, levantó el índice y le preguntó—: ¿Cerramos el trato?

Hope se echó a reír, tan fuerte que parecía que llevara horas conteniéndose. A mí también me hizo gracia contemplar al viejo loco levantando el meñique para hacer una promesa de niños. Fue ridículo y también hermoso.

Era una nueva etapa para Hope, para Joseph, y también para mí.

Incluso para Serendipity.

Al antiguo hogar de Hope nunca regresamos.

SEGUNDO ACTO

«Saborea cada palabra, Meggie —susurraba en su interior la voz de su padre—, deja que se deshagan en tu lengua. ¿No saboreas los colores? ¿No saboreas el viento y la noche? ¿El miedo, la alegría y el amor? Saboréalas, Meggie, y todo despertará a la vida...».

[...] Las palabras no adquieren vida hasta que las saboreas en tu boca».

Corazón de tinta,
CORNELIA FUNKE

CAPÍTULO 25

Un mundo de lágrimas

A primera vista Serendipity no tenía nada que recordase a un hogar. Era demasiado grande, ruidoso y destartado; lleno de huecos por todas partes. Y luego estaba esa soledad que flotaba por los pasillos, empañando paredes y techos, madera y cristales, cuando los actores se marchaban y los aplausos terminaban por diluirse.

Una niña cualquiera se habría sentido intimidada en el interior de aquellas paredes. Sola con sus sombras, con el susurro de viejas historias, con el peso del tiempo que se negaba a avanzar. Pero para Hope, que había olvidado lo que era un hogar, cuya familia estaba ahora compuesta por un viejo loco y una marioneta todavía más vieja, aquel lugar era su sitio. Había dejado la soledad atrás y había hecho de Serendipity una parte de su nueva familia, como si el viejo teatro tuviese corazón, huesos y alma.

Su habitación, antes sin vida, se convirtió en su segundo lugar favorito en el mundo. Cubrió las paredes desnudas y mal pintadas con carteles de viejas obras que se encontraban apilados en el despacho de Joseph. Y con olas, olas grandes como edificios pintadas sobre cartulina blanca, con su espuma de mar de colores imposibles. Joseph encargó a dos de los actores que pintaran un cielo de color rosa en el techo de la habitación, como ella había pedido. Luego colgaron estrellas y nubes hechas de corcho. A todo esto le siguió una estantería, un escritorio y una silla que Joseph talló en su tiempo libre.

Fue un trabajo lento que requirió de varios meses hasta que la habitación se convirtió en el sueño de cualquier niña; y aunque todo el mundo sabe que los niños —salvo uno— se hacen mayores, el paso de los años no consiguió arrancarle a Hope la chispa que había en su interior.

Le encantaba que el eco de su voz le devolviera sus preguntas, amortiguadas, cuando hablaba en voz alta mientras barría los suelos y soñaba despierta. Se convirtió en una experta en contar historias, en mover mis hilos.

No solo Joseph nos venía a ver actuar sobre el escenario, también lo hacían los actores, amigos o familiares de estos y algún extraviado que pasaba por allí de vez en cuando.

Así llegó ella a nuestra vida. Por casualidad, destino o como queráis llamarlo.

Nos encontrábamos en el borde del escenario. Yo de pie, estirando un brazo mientras me llevaba el otro a la cara para cubrirme el rostro. Hope, situada detrás de mí, terminaba de narrar la historia de una piedra que creía ser estrella, con esa voz soñadora que ponía cuando se hallaba en completo trance.

Contuve el aliento, a la espera de las últimas palabras que no llegaron.

—¿Hope? —la llamé. No podía ver nada con la mano en la cara y el cuerpo inclinado hacia delante.

—No pares por mí —dijo una voz desde el fondo de la sala.

Con un movimiento rápido, Hope bajó mis manos y me sostuvo para que no me cayera.

—Gracias. —Suspiré, aliviado.

La desconocida se acercaba por el pasillo. Percibí cómo Hope se tensaba. Sus ojos estaban abiertos de par en par y sus manos temblaban, haciendo que la madera de mi cuerpo crujiera de un modo que no me resultaba nada agradable.

—Me encantaría saber qué sucede al final con la piedra —dijo la chica—. O mejor, llamémosla estrella. Porque es una estrella, ¿verdad?

Se había detenido delante del escenario y por fin conseguí verla bien. Me habría gustado poder parpadear para comprobar si era real. Era muy hermosa. Tenía uno de esos rostros simétricos con forma de corazón, unos ojos azules muy claros que contrastaban con el rojo intenso de su pintalabios, las uñas pintadas de un azul intenso y una sonrisa sincera que te hacía querer sonreír a ti también. Pero era algo que no tenía nada que ver ni con su cara ni con sus largos cabellos castaños, y mucho menos con su cuerpo, lo que te hacía pensar en un ser irreal, de otro mundo.

—No puede escucharte —le dije sin poder contenerme, pues no quería que pensara que Hope era una maleducada.

La joven se cruzó de brazos.

—¿No piensas decir nada? —Miró hacia los lados, como si buscara a alguien—. Cualquiera diría que has visto a un fantasma.

—Es imposible. —La voz de Hope era apenas un susurro.

No tengo una idea clara de lo que ocurrió a continuación. Lo único que sé es que un momento antes estábamos en el escenario, actuando para un público inexistente, y al siguiente nos encontrábamos delante de aquella chica y Hope actuaba de una manera muy extraña. Como las primeras veces en las que nos metíamos dentro del armario y se ponía a cuchichear sobre los monstruos y yo pensaba que se había perdido, que había dejado de ser Hope.

—¿Puedes hacerlo otra vez? —le pidió a la desconocida, acercándose tanto que parecía que iba a besarla.

—¿Perdón? —La joven aparentaba indiferencia, pero el color de sus mejillas denotaba sorpresa y una pizca de incomodidad.

—La estás asustando —le advertí.

—Eso —dijo Hope con voz ahogada, consiguiendo que la chica retrocediera un paso—. Vuelve a hacerlo.

—Ahora me estás asustando a mí —insistí.

—Sea donde sea que te encuentres lo siento, pero soy incapaz de seguirte.

—Oh, Dios mío. —Hope colocó las manos en los hombros de la joven, emocionada—. Estás hablando.

—Un momento. ¿Hablando? ¿Eso quiere decir que...? —No pude terminar la frase.

—¿Qué tiene de sorprendente? Ni que fuera la primera vez que oyes hablar a alguien. Ya sé que mi voz suena como el canto de una sirena pero... Espera, ya sé —dijo, elevando las cejas. Esta vez fue ella la que avanzó un paso hacia Hope y esta última la que retrocedió—, eres un fantasma encerrado en este teatro y yo soy la primera que puede verte. —Sus labios se curvaron—. El fantasma de Serendipity. Suena bien para el título de una obra, ¿eh? —Su sonrisa se hizo todavía más amplia—. Si no fuera por esa ropa que llevas, pensaría que Wilde se basó en ti para escribir su historia. —Eché un vistazo a la vieja sala—. Seguro que este sitio le habría encantado.

Hope se había quedado absorta mirándola. Yo también, la verdad. Por tres razones. No estaba acostumbrado a que alguien hablara más que Hope ni a que hablara con Hope, y mucho menos a que Hope escuchara a ese alguien.

—Vale, estoy hablando de más. Pero es que odio los silencios. Si no hablas me veo obligada a hablar por las dos y eso es una tragedia porque cuando no tengo nada que decir tiendo a decir más cosas y esas cosas rara vez tienen sentido. ¿Estás llorando? —Parpadeó varias veces.

—¿Estás llorando? —repetí yo, atónito—. ¡Por Dios, Hope!

—¿Sabes que existe un mundo de lágrimas? —le preguntó la joven, acercándose todavía más a nosotros—. Todas las lágrimas del mundo están ahí, todas. —En un rápido movimiento acercó el dedo índice al rostro de Hope y se llevó consigo una de las lágrimas para probarla. Así es, se la bebió. Que alguien me arranque los ojos si miento—. Sabe a azúcar, es una lágrima dulce.

Hope guardó silencio. Seguía temblando. Jamás la había visto tan callada.

—¿Hope? —la llamé, preocupado—. Le has robado todas las palabras y encima te has bebido sus lágrimas —le recriminé a la desconocida.

No me hizo ningún caso. Por el contrario, se inclinó hacia Hope para preguntarle:

—¿Por qué lloras?

—Es que... —Hope quiso decir algo más pero el llanto se lo impidió.

—Eres rara —comentó la intrusa, observándola detenidamente—. Me gustas.

Hope se limpió la cara con el dorso de la mano y le devolvió la mirada. Se quedaron unos segundos observándose. La chica con la cabeza bien alta, el porte recto y el vestido de seda rojo agitándose con suavidad sobre su cuerpo; y Hope con la cara llena de lágrimas, la espalda encorvada y la ropa desgastada varias tallas más grande. Cualquiera habría apostado todas sus posesiones a que no pertenecían al mismo mundo.

Entonces hubo algo —una mota de polvo, una lágrima con sabor a esperanza o un mero quizá— que hizo que Hope reaccionara. Se tomó unos segundos para respirar hondo antes de empezar a mover mis hilos para contar la historia, su historia, nuestra historia.

Así fue como Hope narró la historia de una niña que había perdido la capacidad de escuchar palabras. La misma niña que había crecido con el recuerdo de viejas voces que se diluían conforme se iba haciendo mayor. La niña que vivía de historias de mentira para no pensar en las que nadie le contaba.

Cuando terminó, el silencio reinó durante unos segundos hasta que la joven se levantó de la butaca donde se había acomodado en mitad del relato y se acercó hacia nosotros. Cerré los ojos, pensando que iba a reírse, pero en cuanto mi curiosidad fue más grande que el miedo y los volví a abrir fui testigo de cómo la desconocida abrazaba a Hope y cómo las lágrimas de

ambas se confundían desde donde yo miraba.

Y me quedé ahí, observándolas en silencio como un buen ladrón de instantes, reflexionando sobre la posibilidad de que existiera ese mundo de lágrimas del que hablaba la desconocida. De ser así, me preguntaba si las lágrimas que no se derraman, todas las que viven encarceladas, también irían a parar allí. Sobre todo, me preguntaba si estarían las mías.

CAPÍTULO 26

Marianne

La joven resultó ser todo un descubrimiento. Se llamaba Marianne y lo había abandonado todo para perseguir su sueño. Se podría decir que ya estaba a mitad de camino; era actriz en una compañía ambulante y soñaba con brillar, con que su nombre estuviera por todas partes.

«Quiero ser inmortal», le había confesado a Hope. Quise decirle que ya lo era, que yo no la olvidaría, pero no habría valido la pena. Primero porque no me habría escuchado y segundo porque estaba seguro de que para Marianne no hubiese sido suficiente que una vieja marioneta la recordara.

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntó Marianne a Hope una mañana en la que esta barría el escenario de Serendipity.

—Terminar de barrer.

—Con tu vida, Hope. ¿Qué piensas hacer con tu vida?

—Nada.

—¿Nada? —Marianne se acercó al escenario y tomó asiento en primera fila.

Hope detuvo la escoba, apoyando las manos sobre ella mientras estudiaba la expresión de Marianne con detenimiento.

—¿Vivirla? —añadió Hope.

—¿Y ya está?

—¿Qué más quieres que haga? —quiso saber, elevando los hombros en un gesto casi imperceptible.

—Desafiarla.

—¿A la vida?

—A todo. Puedes vivir o puedes limitarte a sobrevivir.

—¿Y si solo quiero sobrevivir?

—El problema de sobrevivir es que no tiene el más mínimo sentido. ¿Sirve de algo pasarte cincuenta años en una tabla de madera flotando sobre el mar?

Solo te sirve para que los demás vean que estás viva y quizá para que tú misma te lo creas, pero no para estarlo. La gente se pasa la vida temiendo a la muerte, lo que no entienden es que hay cosas peores.

—¿Cómo qué?

—Como limitarse a estar vivo.

El rostro de Hope se endureció.

—Las cosas no siempre son fáciles.

—Si lo fueran no tendrían sentido.

De los labios de Hope salió una risa que me supo amarga.

—¿Y qué propones?

—Podrías venirte conmigo.

—¿Adónde?

—Con mi compañía. —Marianne se levantó. Su sonrisa era transparente, como su rostro. Me recordó a Hope cuando era niña y no había terminado de comprender lo dura que era la vida, así como todo lo que aún le quedaba por luchar—. Viajaremos por todo el mundo y encontrarás más gente a la que escuchar.

Hope meneó la cabeza en señal de negación. Sus labios se curvaron en una sonrisa triste.

—Serendipity es mi hogar.

—No es cierto. Serendipity es tu escondite, pero ya no tienes edad para juegos. —Marianne le dio dos toques a su reloj de muñeca—. Tictac. La vida está pasando y tú te la estás perdiendo.

Hope apartó la mirada. Siguió barriendo y no volvió a decir una palabra más hasta que Marianne se marchó. Solo entonces dejó la escoba a un lado para sentarse al borde del escenario.

—No tiene ni idea —me dijo con una sonrisa que me pareció una lágrima—. Dice que estoy dejando pasar la vida, pero no es verdad. La estoy persiguiendo. Llevo persiguiéndola todo este tiempo, solo que es más rápida que yo y si no paro de vez en cuando me ahogo. Por eso he dejado tantas cosas atrás. Antes creía que si cerrabas los ojos todo se detenía, pero la vida sigue ahí cuando los abres, sigue aunque tú no quieras seguir con ella. —Fijó la vista en las sombras de la sala—. Aquí todo parece en pausa, ¿verdad? Tal vez por eso piensa que me escondo. Aunque Serendipity haya cerrado los ojos, yo siempre los tengo abiertos. No dejo pasar la vida, solo la vivo como puedo al ritmo que puedo. ¿Lo entiendes, Wave?

—¿Que si lo entiendo? Voy atado a tu cintura, Hope —le recordé—. Si corres, yo corro. Si paras, yo paro. Y si te ahogas, yo me ahogo contigo.

—Tengo miedo de que Marianne quiera ir más rápido que la vida.

—Yo tengo miedo de que algún día la vida se te escape —le susurré.

Nos quedamos un rato en el escenario, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Supongo que todos estábamos muertos de miedo y rebosantes de vida.

CAPÍTULO 27

Creer

La primera vez que escuché el silbido, Hope no reparó en él, estaba concentrada pintando una piedra más alta que yo. Había cubierto el suelo de su habitación con viejos periódicos y daba largas y lentas pinceladas a la superficie rugosa de la piedra con diversos tonos de azul.

No me molesté en intentar adivinar de qué se trataba. Sabía que era algo relacionado con el mar. Desde que vivíamos lejos de la playa, Hope echaba de menos las olas; no le bastaba conmigo, de modo que se las arreglaba para traerse el mar a su habitación.

Los grandes ventanales estaban abiertos de par en par y la luz entraba a raudales, acompañada de una brisa que, si te encontrabas a nuestro lado y estirabas el cuello hacia el cielo despejado, podías imaginar que al otro lado te esperaba el mar.

El silbido llegó claro en la distancia pero se marchó demasiado rápido, dejando tras de sí una estela apenas perceptible. No le habría prestado atención de no ser porque minutos después Hope comenzó a tararear *Lavender's Blue*, como si en su mente se hubiese proyectado la melodía con total nitidez y necesitara seguir los acordes de aquel rastro.

—*Lavender's Blue* —dijo Marianne irrumpiendo en la habitación, costumbre que había adquirido y que a mí me parecía de muy mala educación—. Hacía tiempo que no la oía.

Observé cómo Hope daba un brinco por la sorpresa, aunque supo disimularlo bastante bien para que no se le notara.

—¿Te gusta?

—Solo como método de tortura —contestó Marianne—. Las canciones infantiles son todas horribles.

—A mí me gusta.

—Tú eres rara —repuso con una sonrisa, dándole un toquecito en la nariz

—. ¿Estás pintando una piedra?

—Son olas —aclaró Hope mientras se afanaba por ocultar un pequeño orificio a base de capas y capas de pintura.

Marianne se sentó junto a ella.

—Me gusta el azul.

—Es mi color favorito —confesó Hope—. El color de las olas.

—Y de los sueños.

—¿Los sueños son azules?

—Solo los bonitos. Las pesadillas son todas rojas.

Hope dejó de pintar para observarla.

—Nunca he pensado en los sueños como colores.

Marianne sonrió.

—Pues piénsalo ahora. Cuando tienes un sueño que ansías mucho, o cuando duermes y estás soñando algo que te gusta y no quieres despertar, ¿qué color se te viene a la cabeza? La gente no se fija, pero tiene un ligero tono azulado. Solo hay que prestar atención.

—Creo que los míos también son azules —murmuró Hope tras pensárselo unos segundos.

—¿Y sabes de qué color son los deseos? —preguntó Marianne, animada. Hope negó con la cabeza—. Pues depende del deseo. Ya sé que todavía quedan unos días para tu cumpleaños, pero quiero que pidas un deseo, así te podré decir el color. Pero no me lo digas —se apresuró a pedirle—, solo piénsalo.

Hope esbozó una enorme sonrisa. Sabía que estaba contenta porque Marianne hubiese recordado su cumpleaños.

—Vale.

Ni siquiera le dio tiempo a cerrar los ojos cuando Marianne chasqueó los dedos delante de su cara y sacó un sobre del bolso.

—Deseo concedido.

—¿Pero...? —Hope se limpió los dedos manchados de pintura en el pantalón desteñido antes de coger el sobre—. ¿Qué es?

—Ábrelo —la instó Marianne.

Ella obedeció. Se tomó varios segundos para abrir el sobre con suma delicadeza, y otros más para asimilar lo que había en su interior.

—¿Qué es? —pregunté. Me mataba la curiosidad.

—Una entrada —musitó Hope con un hilo de voz.

—Sabía que te morías por verme actuar, sobre todo porque por fin vas a poder enterarte de algo, así que ahí está tu deseo. —Lo dijo como si no significara nada, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia.

—¿Existe de verdad? —quiso saber Hope.

—¿El qué?

—Un mundo de lágrimas.

—Es como la magia, solo tienes que creer.

—Yo creo en ti.

Marianne posó una mano en su hombro y se quedó mirando al infinito, como si de verdad pudiera acceder a cualquier lugar, incluso a un mundo de lágrimas.

CAPÍTULO 28

Entonces sucedió algo maravilloso

El silbido regresó cuando Hope cumplió dieciséis años, el mismo día en que íbamos a ver a Marianne actuar por primera vez.

Esta vez la melodía se lo llevó todo. Fue como unos altavoces estallando, ensordeciendo todos los ruidos del universo de Hope. El reloj que había encajado en la estantería entre los lomos gruesos de *David Copperfield* y *Anna Karenina* dejó de marcar los segundos. *Lavender's Blue* arrasó con todo.

Hope apenas tuvo tiempo de salir disparada hacia la ventana para comprobar quién silbaba. Tuvo que sacar medio cuerpo para lograr ver a un chico que se alejaba con la funda de una guitarra a la espalda.

—¡Hope, vamos a caernos! —grité, alarmado con el modo en que se inclinaba hacia el vacío.

Gracias al cielo, no duró mucho. Le llevó unos pocos segundos correr escaleras abajo para seguirlo. Joseph ni siquiera nos vio cruzar la entrada.

—No puedes perseguirlo —la regañé—. ¡Hope! —insistí mientras empujábamos a una mujer y casi nos atropelló un niño en bicicleta—. Por el amor de Dios, vamos a tener un accidente.

—¿Dónde está? —dijo Hope, sin aliento, deteniéndose en una esquina. Miró hacia los lados y se pasó una mano por el pelo revuelto—. ¿A la derecha o recto? —me preguntó.

—Media vuelta, Hope.

En lugar de hacerme caso, se sacó una moneda del bolsillo.

—Cara, recto. Cruz, derecha —dijo antes de lanzar la moneda al aire. Salió cruz—. Pues no me gusta la derecha, así que seguimos recto.

Suspiré. Echó a correr como si el peor de los demonios la persiguiera, como si la vida dependiera de encontrar o no a aquel chico, como si *Lavender's Blue* le fuese a devolver a su madre.

Lo encontró en el semáforo. Digamos que casi se chocó contra él. Nos paramos para disimular y para que Hope respirara. El chico se la quedó mirando de reojo. Tenía el pelo oscuro, los ojos castaños y me dio la impresión de que no le importaba el hecho de que pareciera que a su ropa le había pasado un camión por encima.

No sé cuánto rato estuvimos siguiendo a aquel chico. Lo suficiente como para dejar atrás Folktale y llegar a la ciudad más cercana. Era la primera vez que Hope salía de Folktale y ni siquiera se dio cuenta. Intenté advertirla, pero no me hizo caso. Algunas veces incluso olvidaba el motivo por el que avanzaba y se quedaba unos segundos quieta, mirando a su alrededor, hasta que volvía a escuchar aquella melodía y continuábamos nuestro camino. El chico parecía el flautista de Hamelín; solo esperaba que no nos condujera hacia ninguna cueva.

Al cabo de un rato llegamos a la Avenida Collodi —un letrero azul gigantesco colgado entre dos edificios así lo indicaba—, que era una calle alargada y peatonal, rodeada de coloridas tiendas, bancos y artistas ambulantes. De las farolas colgaban figuras, desde hadas a personajes de cuentos, que se iluminaban al caer la noche. Era una avenida de ensueño, llena de gente, rebosante de vida.

Ahí se detuvo el chico, junto a un banco.

Hope no sabía bien lo que debía hacer, si sentarse cerca, dar vueltas o acercarse a él.

—¿Qué hago, Wave?

—Yo que tú me sentaría, debes estar cansada de tanto caminar —contesté.

—No sé por qué lo he seguido.

—Yo tampoco —admití, muy bajito por si le daba por escucharme.

—Por *Lavender's Blue* —dijo de repente, como si se le hubiera iluminado una de esas bombillas que colgaban sobre nuestras cabezas.

Hope observó cómo a unos metros de distancia el chico dejaba la funda de su guitarra en el suelo y se sentaba a tocar.

Y entonces sucedió algo maravilloso.

Inesperado.

Asombroso.

Por primera vez, Hope pudo escuchar más allá de la melodía, escuchó la letra de una canción. Qué digo una, de muchas canciones. Fueron tantas que perdí la cuenta.

No es que yo prestara demasiada atención a las canciones, pues era Hope la que me preocupaba. La tarde pasó sin que se diera cuenta, igual que lo hizo la hora a la que debíamos estar en el teatro para ver a Marianne. De nada sirvieron mis advertencias.

No sabía qué hacíamos allí, o quizá porque lo sabía prefería estar en cualquier otro lugar. No quería ver cómo Hope se hacía mayor. El tictac avanzaba cada vez más deprisa y ella aprendía a caminar en su dirección.

Lo que vendría después, eso aún no lo sabía.

CAPÍTULO 29

El Chico Azul

Era un milagro.

Otro más.

El chico. Las canciones. Las palabras.

Un milagro cualquiera de la vida, diminuto, en el que nadie repararía. El milagro de Hope. ¿Qué podía hacer yo? ¿Quién se atrevería a quitárselo?

La noche, con todas sus sombras, trajo consigo un despliegue de luces, colores y formas. Las estrellas se veían lejanas, distantes, como purpurina en la negrura. Hope engulló todas las palabras hasta que no quedó nadie más que el chico y ella, contemplándose en la distancia. Y yo, que no quería mirar pero no podía dejar de hacerlo.

El chico esperó varios segundos en los que se dedicó a observar a Hope, con la guitarra en la mano, con la expectativa de que dijera algo. No lo hizo, quizá porque ella también esperaba.

No me gustó la media sonrisa que se dibujó en los labios de él, ni la manera en que se echó el pelo hacia atrás y soltó una risotada, como si diera algo por sentado.

—Hope, levántate —exigí—. Es hora de volver a casa.

Observé cómo el chico se aproximaba, lentamente, y rogué que desapareciera. En lugar de eso, se sentó a nuestro lado.

—Bueno, ¿qué? Después de cuatro horas creo que al menos me merezco unas monedas.

—No veo por qué tengo que echarte unas monedas —le dijo Hope, muy seria.

El chico se inclinó hacia nosotros.

—Eh, tú, apártate de ella —espeté.

—¿Qué es lo que no ves? Yo toco, la gente me escucha durante un rato y luego me echa alguna moneda. Así es como funciona.

—¿Solo tocas para que te paguen?

—Pues sí. —Los ojos del chico recorrieron el rostro de Hope con extrema lentitud.

—¿Dejarías de hacerlo si no te pagara nadie?

—Probablemente —contestó él, encogiéndose de hombros.

Hope se lo quedó mirando. Sus rostros estaban muy cerca pero no parecía afectada, ni por su actitud chulesca ni por el análisis al que la estaba sometiendo.

—No te creo.

Él soltó una carcajada vacía.

—Está bien, quédate con tu dinero —dijo antes de levantarse.

Estaba guardando las monedas en una bolsa de tela cuando Hope se acercó a él.

—Eran muy bonitas las canciones —se apresuró a decir al ver que el chico había dejado de prestarle atención—. Pero ninguna era para mí.

El comentario consiguió que él sonriera.

—Ya. —Había terminado de guardar las monedas y ahora colocaba la guitarra dentro de la funda.

—Te pagaré si me cantas una canción.

El chico sonrió, sin mirarla, y se colocó la guitarra a la espalda.

—Lo siento, se acabaron las canciones por hoy.

—¡Espera! —exclamó Hope, corriendo tras él—. Deja que antes te cuente quién soy y qué hago aquí. Luego podrás decidir si quieres cantarla o no.

No es que el chico tuviera grandes opciones. Hope se había colocado delante de él y prácticamente se le había echado encima.

—Hope, va a pensar que eres una acosadora —le advertí—. Y ya te mira muy raro.

El tiempo que tardó Hope en contar su historia —y con su historia me refiero a toda su historia, empezando con la peculiaridad de que no podía escuchar palabras y terminando con ella siguiéndolo desde Folktale hasta la Avenida Collodi para que le cantara *Lavender's Blue*— se me hizo eterno. No podía taparme los oídos, de modo que me puse a cantar.

—*Lavender's blue, dilly dilly, lavender's green. When you are king, dilly dilly, I shall be queen.* —Ya puedes imaginarte lo incómodo que me sentía como para tener que recurrir a la dichosa cancioncita.

Para cuando Hope se calló, el chico había cambiado su expresión chulesca

por una de perplejidad.

—Eso te pasa por imbécil —le dije.

—*Lavender's Blue* fue la última canción que escuché. Por eso esperaba que pudieras cantármela.

—*Lavender's Blue*, ¿eh? —Una sonrisa se asomó a los labios del chico—. Tengo que reconocer que me has sorprendido. Aunque habría sido más fácil que me pidieras mi número de teléfono. Te lo habría dado —le aseguró antes de guiñarle un ojo.

—Genial, ahora piensa que te gusta. —Resoplé.

El rostro de Hope se encendió.

—¿No has escuchado nada de lo que te he dicho?

—Te he escuchado tan bien como tú a mí —contestó él con un deje de burla, pasando por delante de ella.

—¡Es mi cumpleaños! —gritó a sabiendas de que se aferraba a la última posibilidad que le quedaba—. ¡Solo una canción! —le pidió.

—Feliz cumpleaños, Dilly —dijo él sin volverse, levantando una mano a modo de despedida.

—Adiós, Chico Azul. —La voz de Hope sonó exhausta, como si todas las emociones del día se hubiesen desinflado y de ellas solo quedara un vago recuerdo.

Si hubiera podido pedir un deseo, habría pedido unos pocos minutos para que Hope me escuchara. Porque esa noche alguien había cantado *Lavender's Blue* bien alto. Y ese alguien había sido yo.

CAPÍTULO 30

Garfio

Dos días.

Dos días llenos de suspiros. De «¿Y si...?». De frases inacabadas y murmullos ininteligibles. Pero, sobre todo, de:

«Sí».

«No».

«Tal vez».

Dos días en los que permanecemos encerrados en Serendipity, en los que Hope se convirtió en una sombra de lo que era. Y todo por culpa del Chico Azul, como ella había decidido llamarle.

A Hope le picaban las plantas de los pies por salir detrás de él cada vez que oía el silbido desde su ventana. Salía disparada para verlo alejarse por las calles, cargando su guitarra a la espalda. Era entonces cuando me preguntaba si debía seguirlo o no.

—¿Qué hago, Wave? No debería ir, piensa que estoy loca.

—Tienes razón, deberíamos quedarnos —respondía yo con resolución, a la espera de que cambiara de tema, que pusiera en orden las cuentas o barriera el teatro de punta a punta, como hacía cada vez que no quería pensar en nada más.

—Pero es que no todos los días conozco a alguien a quien pueda escuchar. Sé que luego me arrepentiré —decía con un largo suspiro.

—Pues entonces ve —le contestaba yo, armándome de mucha paciencia. Solo quería lo mejor para ella, aunque no me gustara nada ese chico.

—No quiero ir —era su último comentario antes de suspirar y fingir que se enfrascaba en la actividad de Serendipity.

Entonces me tocaba a mí suspirar, porque empezaba todo eso de los suspiros, las miradas hacia ninguna parte y la melodía de *Lavender's Blue* que se escapaba de los labios de Hope.

No podía quejarme. En el fondo la entendía. Había personas y personas en el mundo; todo dependía de cómo estuvieran diseñadas. Por un lado estaban los escépticos y por otro los que creían sin condiciones. Desgraciadamente, Hope había conocido a ambos grupos y había vivido en carne propia lo que era capaz de hacer el ser humano cuando no comprendía. No importaba que la verdad se alzara ante ellos como un muro de ladrillos invisible, los escépticos se chocarían y culparían al viento con tal de no aceptar lo que no podían ver. Porque lo que no se puede ver o entender no existe.

Hope todavía tenía muy presente los golpes que había recibido de aquellas niñas, golpes que iban más allá de toda la porquería que nos echaron encima, golpes que tenían como objetivo quebrar su confianza, la esperanza que se hallaba encerrada muy dentro de ella. Puede que no consiguieran su objetivo pero sí que sembraron en Hope un miedo que antes no había conocido, el miedo a hacerse visible.

Esa era la razón por la que Hope no había vuelto a la Avenida Collodi a pesar de que no dejaba de pensar en otra cosa. Tenía miedo al rechazo.

Por eso, cuando Marianne llegó aquella tarde me puse a dar saltos de alegría, metafóricamente hablando, claro. Estábamos sentados en una de las últimas butacas de la sala, viendo cómo los actores ensayaban *Peter Pan*. Imagina qué absorta estaba Hope que había dejado pasar la oportunidad de inventarse una buena historia a través de las expresiones de los actores, el vestuario y esa manera de abrir los labios que encajaba tan bien con las voces que ella les ponía. No prestaba mucha atención porque, aunque sus ojos estuvieran fijos en el escenario, su mente estaba en algún mundo lejos de allí.

—¡Ya era hora! —le grité a Marianne en cuanto se sentó a nuestro lado.

—Feliz cumpleaños —susurró ella al oído de Hope con retintín.

—Lo siento —se disculpó Hope, avergonzada.

Marianne no dijo nada durante un rato en el que se limitó a analizar la actuación de los actores.

—¿De verdad hay gente que paga por ver esto? —Arrugó la nariz.

—A mí me parecen buenos —contestó Hope.

—Tú no puedes escucharlos.

—Ya.

—He conocido a alguien —soltó Marianne, cambiando de tema.

Hope ladeó la cabeza para mirarla con interés. Fue curioso porque estaba convencido de que ella llevaba dos días deseando verla para hacerle el mismo

comentario.

—¿Cuándo? —quiso saber.

—El viernes por la noche. La misma noche en que me dejaste plantada. Más te vale que tengas una buena excusa.

—La tengo. —A Hope le brillaban los ojos por la curiosidad—. ¿Cómo es?

—Es... —Marianne se dio un toquecito en la barbilla, pensativa—. Un reto.

—¿Un reto?

—Sí, todo él es un reto. Por eso me gusta. —Sonrió—. Me cuesta muchísimo conseguir que se ría y cuando no me mira pone cara de estar pensando en algo muy serio. Él dice que es un defecto de su trabajo.

—¿A qué se dedica?

—Es escritor.

Hope abrió mucho los ojos.

—Me gustan los escritores.

—Este no te gustaría —aseguró Marianne.

—¿Por qué?

—La gran mayoría de la gente no puede separar lo que es de lo que hace. Al final te quedas atrapado en todo lo que creas. Tú cuentas tus historias siendo tú, él escribe siendo él. Al final siempre acabas latente en lo que haces. —Miró hacia el escenario y sonrió al ver cómo Garfio perseguía a Peter Pan—. Y aunque apenas lo conozco creo que es más Garfio que Peter Pan. Tú eres de las de Peter Pan.

—¿Y tú eres de Garfio?

—Siempre he sido de imposibles —contestó Marianne, encogiéndose de hombros.

—No existen los imposibles. Estás hablando con una chica que no escucha palabras.

Marianne sonrió y le acarició el pelo con aire maternal.

—Me da un poco de miedo —confesó.

—¿Garfio? —preguntó Hope.

Marianne rio.

—Nunca le diré que le llamamos así. —Suspiró—. Lo que me da miedo es cómo soy cuando estoy con él.

—No te entiendo.

—Yo tampoco, la verdad. Solo hemos quedado un par de veces, pero

siento que sé mucho de él aunque en realidad no sepa nada.

—Eso suena bastante bien.

—Sí. El problema es que él no sabe nada de mí. Cuando estoy con él es como si estuviera sobre el escenario actuando, como si fuera el mejor papel que pudiera representar. —Marianne sonrió al ver la cara que ponía Hope—. A veces me da la sensación de que él me está escribiendo y yo solo estoy actuando bajo el hechizo de su pluma.

—Es una buena historia.

La actriz que interpretaba a Campanilla se incorporó y les señaló la puerta. Hope se puso roja, pero se levantó enseguida y prácticamente salió corriendo de la sala. Marianne, en cambio, se tomó varios segundos para levantarse. Les dedicó una sonrisa nada amable y salió como si tuviese todo el tiempo del mundo para hacerlo, sabiendo que todas las miradas estaban puestas en ella. Más que incomodarla, le encantaba.

CAPÍTULO 31

La magia de la música

Puedo escuchar a alguien más —le confesó Hope una vez estuvieron en su habitación, sentadas en la cama con las piernas cruzadas.

El comentario captó la atención de Marianne.

—¿Me dejaste plantada por unas palabras? —Hope puso cara de sentirse culpable y ya estaba a punto de disculparse cuando Marianne agregó—: Eso es fantástico. Y ahora, cuéntamelo todo.

Y Hope lo hizo. Empezó con su historia de *Lavender's Blue*, cuando aún tenía una familia, para seguir con el silbido que oía cada día. Le habló de la Avenida Collodi, del Chico Azul y su guitarra, de todas y cada una de sus canciones.

—Fue una sensación... increíble —dijo con los ojos llenos de esa esperanza que a veces afloraba de ella, saliendo de su escondite—. Cuando lo escuchaba sentía como si estuviera dentro de mil historias. Iba de una a otra y nunca me cansaba. Creo que nunca me cansaría de escucharlo.

—Esa es la magia de la música —afirmó Marianne—. ¿Y él?

—¿Te refieres al Chico Azul?

Marianne asintió.

—¿Cómo es? Aparte de azul —musitó a la vez que sus labios se curvaban.

—No me fijé.

—Pero, bueno, ¡no puedes no haberte fijado!

—¡Buena chica! —exclamé yo. Me preocupaba bastante que Hope empezara con todo eso de los chicos. Prefería su versión de mocosa gritona, la verdad.

—Prueba a estar casi toda tu vida sin escuchar nada y entonces podremos tener esta conversación —dijo Hope—. Solo podía escuchar. No merecíamos la pena ninguno de los dos porque lo único que importaba eran las canciones y los lugares a los que me llevaban.

—Pero ¿es que no has vuelto a ir?

Hope clavó la vista en un hilo suelto de su camiseta, del que empezó a tirar para no enfrentarse a las preguntas de Marianne, a sus propios miedos.

—Piensa que estoy loca.

—¿Y eso qué importa?

—No estoy loca.

—Claro que lo estás. —Marianne cogió su barbilla para hacer que la mirara—. Todos lo estamos, es la única manera de sobrevivir en este mundo de locos.

—Tú no lo entiendes.

—Por supuesto que sí.

—No, no puedes entenderlo. No has visto cómo me miran ni cómo se ríen ni lo feas que se ponen sus caras cuando hablan de mí.

Marianne sonrió, aunque no supe interpretar qué tipo de sonrisa era. A veces era difícil saber qué pensaba Marianne.

—Lo he visto, Hope, muchas veces. Porque yo también lo he vivido. ¿Y sabes cuál es la diferencia? —Hope negó con la cabeza—. Que tú tienes la suerte de no escucharlos. Si yo pudiera dejar de escucharlos a todos, lo haría. —Cogió una de sus manos—. Son escoria, Hope. Somos mejores que ellos, nunca lo olvides.

Hope se echó a reír ante su último comentario.

—Escuchándote parece fácil.

—Porque lo es. Y ahora dime, ¿a qué hora pasa tu Chico Azul?

Ella comprobó la hora en el reloj de la estantería.

—Pasó hace un rato, cuando todavía estábamos abajo.

—Pues entonces vamos —apremió Marianne, levantándose de un salto.

—¿Adónde?

—Pues a la Avenida Collodi. Vamos a verlo.

Hope meneó la cabeza.

—No pienso hacerlo.

—¿Quieres canciones o no?

—Sí.

—¿Te mueres o no te mueres por volver a escucharlas?

—Sí, pero...

—Pero nada. Levántate —exigió Marianne, encaminándose hacia la puerta—. ¿Sabes qué diferencia hay entre arriesgarse y no hacerlo? La vida —

contestó sin esperar a que Hope dijera nada.

—A veces la vida duele.

—Eso ya lo sé. Supéralo y sigue adelante. —Al ver que Hope no hacía nada, añadió—: Vamos, Hope, no puedes quedarte ahí pensando en lo que habría sucedido si no le dieras tantas vueltas a todo. Si quieres algo pues hazlo, y si no olvídalo y ya está. Pero olvídalo de verdad.

—La cuestión es que no quiero olvidarlo.

—Eso no es una cuestión, es un hecho. Y ahora levántate —ordenó Marianne con voz tajante antes de salir de la habitación.

Hope sonrió, con los labios y con todo el rostro.

—Puedes dejarme aquí si quieres, ¿eh? —le propuse a Hope cuando vi que se levantaba—. No voy a enfadarme. —Tenía miedo de lo que pudiera pasar, a que saliera herida otra vez.

En lugar de dejarme sobre la cama, me cogió entre sus manos y me plantó un beso en la mejilla antes de ajustarme bien a su cintura.

—Deséame suerte, Wave —me dijo antes de salir corriendo para reunirse con Marianne.

Esta vez el camino hacia la Avenida Collodi se me hizo mucho más cortado dado que Marianne no dejaba de hablar sobre ese Garfio al que había conocido, sobre sus próximas actuaciones y los días en los que Hope podría ir a verla y sobre cualquier otra cosa que se le ocurriera, que eran muchas. El parloteo nos mantuvo a Hope y a mí bastante entretenidos hasta que la voz del Chico Azul nos detuvo en seco.

—Tiene algo —comentó Marianne mientras lo observaba.

—Canta muy bien.

—No me refiero a eso. —Hope la miró de soslayo—. Tu problema es el miedo, pero el miedo solo es una excusa. Siempre está ahí, le tememos a todo. Pero lo peor es cuando tienes miedo de algo que está dentro de tu cabeza. Si hay que temer, que sea a algo sólido y si tiene que doler, pues que duela. ¿Qué más da?

—¿Qué quieres decir?

—Está loca, Hope —resolví.

—El mundo está lleno de señales. Las hay por todas partes; en personas, en lugares, en objetos. —Marianne suspiró—. Las señales mueven el mundo, Hope. Si tienes que temer a algo, es a verlas y pasar de largo, porque una vez que las dejas atrás desaparecen. Y ahora ve allí y no dejes que tu señal se

escape.

—Pero... ¿y tú? ¿Te vas?

Marianne la empujó con suavidad.

—Yo también tengo una señal que atrapar.

Así fue como Marianne se fue en busca de su señal, y como Hope regresó al mismo banco que había ocupado dos días antes, dispuesta a no dejar escapar una señal en la que ni siquiera se había fijado. Pero así son las señales, ¿verdad? A veces, de tanto que quieren esconderse, se vuelven invisibles y acabas por pasarlas de largo; otras te ciegan, impidiendo que puedas verlas bien hasta que estás cerca y ya no te queda más remedio que mirar, y mirar, y mirar.

Hope miraba y yo tenía miedo de que se quedara ciega de tanto hacerlo.

CAPÍTULO 32

El color de las lágrimas

Si la vida de Hope pudiera resumirse en un color, sería en azul.

El azul cobalto que se llevó a su hermano.

El azul cian de su habitación en aquella casa de la que nos fuimos sin mirar atrás.

El azul variante —de turquesa a medianoche— del mar que susurraba a Hope y que siempre creí que fue su primer miedo y su primer amor.

El azul malva de los ojos de Joseph.

El azul pastel de los míos.

El azul índigo de la mayoría de los globos que nos arrojaron.

El azul marino de las uñas de Marianne.

El azul oscuro, casi negro, que impregnaba a aquel chico.

Lo único que nunca tuvo color fueron las lágrimas de Hope. Eran invisibles; susurros, retales. Solía preguntarme qué habría pasado si sus lágrimas hubieran tenido color, si ese hecho habría cambiado algo. De qué color serían o si todas serían de la misma tonalidad.

Azul.

En el azul pensaba mientras escuchábamos al chico sentados en un banco y mis ojos taladraban aquel letrero azul de letras blancas en el que rezaba «Avenida Collodi». Me preguntaba si ese azul también sería una parte importante de los recuerdos de Hope, si acabaría significando algo.

Y fue en ese mismo instante, tumbado en el regazo de Hope y todavía mirando el azul del letrero, cuando alguien lo cambió todo.

A unos centímetros de nosotros, una niña con dos trenzas desechas me miraba intensamente.

—¿Hace algo? —escuché que le preguntaba a Hope.

Ella ni siquiera desvió la mirada, inmersa como estaba dentro de «Eleanor Rigby», de The Beatles. Para ser justo, ni aun prestando atención habría

podido escucharla. La sonrisa de la niña poco a poco se desinfló, como un globo que a cada palabra perdiera el aire.

—Es bonito —dijo la niña, que apoyó una mano en la pierna de Hope e hizo que esta diera un brinco—. ¿Cómo se llama tu muñeco? —continuó.

Había olvidado lo tercos y bobalicones que podían llegar a ser los niños.

—No soy un muñeco, soy una marioneta. Hay una gran diferencia.

Hope negó con la cabeza, señalándose la oreja derecha. La niña me miró para inmediatamente volver a mirar a Hope, sin entender qué era lo que sucedía.

En ese momento su madre, que había estado ocupada hablando con otra señora, se acercó corriendo. Se agachó delante de la niña para regañarla por haberse alejado de ella, tras lo cual le dio un sonoro beso en la frente.

—¿Mamá, hace algo? —volvió a preguntar, señalándome, mientras su madre insistía en que la siguiera.

—¿Te crees que soy un payaso?

—No molestes —le dijo su madre, cogiéndola de la mano para tirar de ella.

—Haz caso a tu madre, niña.

Hope se levantó con decisión. Dos segundos después empecé a notar cómo mis hilos se movían y mi cuerpo cobraba vida. Por más veces que lo repitiéramos jamás estaría preparado para la sensación de vértigo y libertad que me provocaba.

—Existe un lugar en el que todo es al revés —dijo, dándome vida y voz—. Las personas nacen siendo adultas y a medida que crecen se van convirtiendo en niños. —Tanto la niña como la madre se habían vuelto hacia nosotros y nos miraban con curiosidad. Hope movió uno de mis hilos para que mi mano derecha señalara a la niña—. Tú debes ser muy vieja, ¿cuántos años tienes? ¿Qué? ¿Noventa? —La niña rio. La madre también lo hizo—. En ese extraño lugar se dicen mentiras cuando se quiere decir la verdad y se dicen verdades para ocultar las mentiras. Qué locura, ¿no? Los payasos dan miedo y las marionetas están vivas. El chocolate sabe a brócoli y las espinacas a azúcar.

A medida que Hope iba descubriendo más cosas sobre aquel lugar más personas se fueron uniendo a la niña y a su madre. Pronto nos vimos rodeados por un pequeño grupo de curiosos. Me sentí una estrella a la que todos admiraban. Me miraban, sonreían ante las ocurrencias de Hope y permanecían allí parados como si estuvieran presos de un hechizo del que no querían escapar.

Cuando terminamos nuestra historia, la gente aplaudió e hice una torpe reverencia ante la cual el público estalló en carcajadas.

—Vas a tener que practicar más para no dejarme en ridículo —le dije a Hope, avergonzado.

Se acercaron para dejarnos monedas pero, al comprobar que Hope no quería aceptarlas, el lugar se fue despejando hasta que volvimos a quedarnos solos, sentados en aquel banco con una sonrisa en la cara y otra en el alma. En mi caso, solo en el alma.

—Ha estado bien —murmuró Hope.

—Mejor que bien.

—Ha sido una pasada. —Buscó con la mirada al Chico Azul, pero no había ni rastro de él.

La sonrisa de Hope no se borró. Ya no se trataba de él o de poder escuchar. Lo que hizo que su corazón se acelerase fue saber que había gente que quería escucharla. A ella. A sus historias. A mí. A nosotros. Fue, quizá, comprender que había vida más allá de Folktale.

CAPÍTULO 33

Un extraño baile

Ya no necesitábamos esperar al silbido del Chico Azul, que de azul no tenía más que una vieja canción. Éramos los primeros en llegar a Collodi. Éramos felices. Libres, tal vez. Éramos, sin más.

Hope guardaba dentro de sí las mejores historias. No había día en que no consiguiera sorprenderme. Y, aun así, lo mejor no eran sus historias sino cómo las vivía, cómo se exponía en ellas y movía mis hilos como si fueran una extensión más de su cuerpo, cómo escogía cada palabra como si estas no fueran inmortales. Conseguía que quisiera dejar de ser el centro de atención para convertirme en espectador, por el simple placer de poder escucharla sin que mis movimientos ni el peso de las miradas me distrajeran.

En la Avenida Collodi descubrimos que una chica, unas palabras y una marioneta podían fundirse en un solo ser, en una historia.

Una tarde, tras acabar una de nuestras actuaciones, nos sentamos a descansar en nuestro banco mientras escuchábamos al Chico Azul, que tocaba apoyado en una farola, pero fingíamos que no lo hacíamos. De repente, la guitarra dejó de sonar.

—No me mires así —dijo, señalándola con la guitarra.

—No te estoy mirando —contestó Hope, que había empezado a atarme a su cintura.

—No dejas de hablar.

—Pues no he dicho nada.

—Pero lo has pensado.

Hope se echó a reír.

—¿Escuchas pensamientos?

—Lo veo en tu cara de sabelotodo.

—Entonces el que estaba mirando eras tú.

—Buena chica, Hope, buena chica. —Me habría gustado aplaudirle o darle

un premio.

—Me robas clientela con tus cuentos. Búscate otro sitio —dijo él en un tono que no me pareció nada amable.

—Búscatelo tú, idiota —le contesté.

—Me gusta este —aseguró Hope.

—No te lo estaba preguntando.

—Todo tiene un precio —dijo ella tras pensárselo un instante.

El Chico Azul recogió la funda y se dejó caer en nuestro banco.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé. —El Chico Azul se había recostado en el asiento, abriendo las piernas para colocar la guitarra entre ellas.

—Claro que sí.

Nos levantamos para regresar a casa y ya estábamos dándole la espalda para alejarnos cuando lo oímos. *Lavender's Blue*. Hope se detuvo en seco, paralizada por los recuerdos que no podía alcanzar. La voz del Chico Azul sonaba cada vez más cercana a medida que la canción avanzaba, lo que hizo que Hope se alejara unos pasos para poner distancia. Levanté la vista al notar las pequeñas gotitas que caían sobre mi cuerpo. Odiaba las lágrimas de Hope. No podía hacer nada por detenerlas aunque lo deseara con todas mis fuerzas.

Cuando la canción terminó, a Hope le llevó varios segundos poder hablar.

—Está bien, nos iremos a otro sitio —dijo sin volverse antes de emprender nuestro camino.

A la mañana siguiente regresamos y Hope cumplió su trato. Al menos, en parte. No ocupamos el mismo banco de siempre sino que esta vez nos situamos justo enfrente de él.

—Esto es muy mala idea —le advertí.

En cuanto el Chico Azul apareció vino directo hacia nosotros.

—¿Qué haces aquí? Te canté la maldita canción.

—Me he cambiado de sitio, como te prometí.

—Ya veo.

Hope no se inmutó ante su mirada cargada de irritación. Todo lo contrario, se la devolvió con un brillo desafiante que no le había visto nunca.

—¿Quieres algo más?

El Chico Azul chasqueó la lengua y se marchó calle arriba, maldiciéndonos. Hope esbozó una sonrisa.

—Vamos a buscarle, Wave —me dijo al cabo de una hora, tras haber concluido nuestra primera historia del día.

Tuvimos que caminar diez minutos hasta dar con él. Se había situado casi al final de la avenida, donde los sitios estaban más codiciados y había artistas a cada paso.

Hope se puso a un lado del Chico Azul y comenzó a contar una historia. Para mi sorpresa, en lugar de enfadarse o de soltar algún comentario mordaz, esta vez el Chico Azul sonrió y se acercó aún más a nosotros, compitiendo por la atención de los transeúntes. Era una guerra.

Sin embargo, en algún momento de la historia el Chico Azul introdujo una canción y lo que había comenzado siendo una batalla acabó por convertirse en un extraño baile. Cuando terminamos, arrastró la funda de la guitarra en medio de los dos y en unos pocos segundos se llenó de más monedas y billetes de los que podía ganar en una semana él solo.

—Vaya, Dilly, somos una mina de oro.

—¿Tanto te importa? —quiso saber Hope.

—¿El qué?

—El dinero.

—No, lo que no soporto es perder. Si no puedes con tu enemigo, únete a él.

—No es una competición.

—Todo lo es —repuso el Chico Azul antes de guiñarle un ojo.

—Has ganado la competición al más imbécil. Enhorabuena —mascullé, aborreciendo que no pudiera escuchar tan buena contestación.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Hope al cabo de unos segundos.

—¿Y tú?

—He preguntado yo primero.

—¿Ves cómo tenía razón? —contestó irónico el Chico Azul.

Ella resopló y un momento después salió disparada calle abajo, llevándome entre sus brazos con la cabeza muy alta y los puños apretados.

—¡Hasta mañana, Dilly!

—Idiota —dije.

—Idiota —dijo Hope.

CAPÍTULO 34

Un mundo de marionetas

Los sábados en la Avenida Collodi eran especiales.

Nada más despuntar el alba, el sol comenzaba a caer sobre las luces de colores proyectando reflejos dispares en las figuras que refulgían como si alguien hubiese pulsado el botón de encendido. Todo empezaba entonces. Las tiendas abrían, los artistas ambulantes traían aprendidos sus mejores números, el ambiente se llenaba de olores a comida que venían de los carritos bien dispuestos en cada esquina donde la calle se cruzaba con otra perpendicular.

Pero lo que hacía especial a Collodi era la gente.

La avenida tenía un ambiente festivo, casi familiar, que hacía que la gente no solo quisiera estar ahí sino que, además, tuviera prohibido no pasárselo bien. Era como estar en Navidad pero sin las prisas ni los nervios de última hora ni la sensación de estar corriendo contra reloj hacia el esperado final de año.

Por primera vez en su vida, Hope no se sentía como pez fuera del agua rodeada de tanta gente. Nadie se acercaba a preguntar, tampoco la juzgaban. En realidad, a nadie le importaba quién era o qué hacía fuera de la Avenida Collodi. Allí era una artista más.

Ese sábado habíamos quedado para cenar con Joseph, de modo que recogimos antes de las cinco de la tarde. La funda de la guitarra se había llenado de billetes y monedas que Hope rechazó.

—Vamos, te lo has ganado —insistió el Chico Azul.

—Yo no lo siento así —respondió ella.

—¿Qué es lo que sientes?

—Soy yo la que gana con todo esto. —Hope señaló la calle—. Tú no lo entenderías.

—Lo haría si me lo explicaras.

Hope suspiró, hundiendo los dedos en mi pelo.

—¡Au! —me quejé cuando uno de sus dedos se quedó enredado en un mechón y mi cabeza giró en un ángulo imposible—. Deja de hacer eso, Hope. ¡Me vas a dejar calvo!

Hope lo miró y, durante los segundos en los que duró el contacto visual, comprobé que algo había cambiado. Me temblaron las articulaciones y tuve que apartar la mirada.

—Deberíamos irnos —le dije a Hope.

—¿Sabes cómo debe sentirse Wave? —preguntó ella, mirándome—. Nadie puede escucharle, ni siquiera yo. No puede moverse ni ser quien es. Solo puede ser quien yo le dejo ser, quien creo que es. —Suspiró y me acarició levemente el pelo—. Pero eso es porque está en el mundo de los humanos. Si estuviera en el mundo de las marionetas podría ser quien realmente es. Aquí me siento en mi propio mundo de marionetas. Siento que encajo, que a nadie le importa quién he sido, quién soy o quién seré. Solo importan mis historias. Aquí puedo ser yo —explicó—. A nadie le preocupa que no pueda escucharlos. Me sonríen y veo que son felices mientras hablo y muevo los hilos de Wave. Nadie se ríe y lanzan monedas en lugar de... —No terminó la frase. No hacía falta—. Yo gano.

—Vaya —le dije, cuando en realidad lo que quería expresar era que la quería. Que la querría siempre y que me daba igual que hubiera un mundo de marionetas, que me quedaría en este solo por estar con ella.

—En todo caso, ellos también ganan —repuso el Chico Azul.

—Entonces quizá deberíamos devolverles el dinero. —Hope señaló la funda ya cerrada.

—Eso sería de mala educación. Con eso de no escuchar seguro que te saltaste la clase de modales en el colegio.

—Muy gracioso.

—Lo dices en serio, ¿eh? —El Chico Azul entrecerró los ojos—. Todo eso de que no escuchas.

—No tienes por qué creerme.

—Es de locos.

—Quizá es que estoy loca.

Pasaron varios segundos antes de que él volviera a hablar, pero lo hizo tan bajito que solo yo pude oírlo.

—Ojalá el mundo entero estuviera tan loco como tú.

Por una vez, no podía estar más de acuerdo con él.

CAPÍTULO 35

Hablar sin palabras

Esa vez ninguno de los dos intentó descubrir el nombre del otro. Que fuera sábado también implicaba una especie de tregua muda.

Ya nos habíamos despedido del Chico Azul y estábamos justo en medio de la Avenida Collodi, de camino a casa, cuando lo descubrimos.

—¿Qué pasa? —quise saber, observando al grupo de personas que nos impedían el paso.

Tardamos toda una eternidad en abrirnos camino entre los curiosos hasta que por fin pudimos verlo.

Un mimo.

No es que no hubiese visto nunca a un mimo, solo que ese era diferente de los otros. Sus ropas eran muy parecidas a las mías, aunque un poco más vulgares y escandalosas desde mi punto de vista, ya que en lugar de azul oscuro eran de un azul turquesa, con botones dorados que brillaban bajo la luz del sol. Y en cuanto a sus zapatos, eran del mismo blanco que los guantes y el sombrero. Tenía la cara pintada de blanco a excepción del rojo de los labios y del negro que creaba líneas alrededor de los ojos.

Nos quedamos mirándolo embelesados. Sus gestos, su manera de moverse, las expresiones de su cara. Contaba historias sin contarlas. Se movía con elegancia, estirando las extremidades que luego reducía con parsimonia.

—¿Estás viendo, Wave? Es como tú, pero de carne y hueso.

—Y sin esos dos bultos de ahí —repuse yo. Por el amor de Dios, que era una chica. Odiaba que me comparasen con una chica.

Sin embargo, no podía negar que era cierto. Un mimo era lo más parecido a una marioneta, aunque en su caso no había nadie que manejara sus hilos.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí, haciendo nuestras aquellas historias. Una niña que había regalado su corazón. Una joven que bailaba bajo la lluvia. Una chica que iba dejando piedras allá donde iba para que su amor pudiera

encontrarla. Una niña hambrienta. Una señora que había olvidado algo importante.

Cuando levanté la mirada hacia Hope, comprobé que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No necesita palabras para hablar —me dijo como si hubiese sentido el peso de mi mirada—, y aun así la gente la entiende.

—Te prohíbo que llores, Hope —le ordené—. Tampoco es tan buena.

Pero lo era. Su escenario era un banco del que se había adueñado para su función, así como el suelo de la avenida. No había música ni objetos. Solo ella era su función; sus manos enguantadas, sus labios rojos, sus ojos rasgados alineados y sombreados de negro. El lenguaje corporal era su mayor estrategia, su arma más valiosa.

Los humanos tienen esa habilidad para comunicarse, nacen con ella, pero la olvidan en cuanto las palabras toman forma, haciéndose con el control absoluto. Olvidan todo lo que puede llegar a esconder un gesto, una mirada o la manera en que una sonrisa puede albergar mil significados. A veces, un gesto dice más de una persona que miles de palabras.

Cuando Hope comprobó la hora, resultó que solo eran las seis y media. Qué engañoso puede llegar a ser el tiempo. Un segundo puede durar una vida y una vida cambiar en un solo segundo. Algo en la vida de Hope cambió aquella tarde. Yo me di cuenta, y el Chico Azul, que la observaba a unos metros de distancia sin que ella advirtiera su presencia, también fue consciente de este hecho. Incluso la mimo se percató de todo y se acercó a nosotros para decir algo.

Hope fue la única que no quiso darse cuenta. El miedo volvió a ella y la instó a alejarse lo más rápido que le permitieron sus pies, dejando atrás a la mimo y a todas las palabras que guardaba en su interior.

Entendí que no quisiera romper la magia. Porque ¿qué era un mimo cuando empezaba a hablar? Supongo que lo mismo que una marioneta sin hilos.

Un simple mortal.

Un humano más.

CAPÍTULO 36

El hombre que dijo toda la verdad sin decir palabra alguna

Llegamos justo a tiempo para ayudar a Joseph con la cena.

La cocina, situada justo encima del teatro entre un cuarto lleno de trastos que no servía para nada y la habitación de Joseph, era vieja y diminuta. Había manchas en los azulejos y en los muebles que no se quitaban por más que frotaras. La nevera estaba repleta de zonas oxidadas que Hope ocultaba con fotografías o notas donde iba escribiendo citas de sus libros favoritos.

Dada la estrechez de la estancia, los movimientos debían ser calculados con precisión para que no hubiera tropiezos. Por eso Hope siempre me dejaba sentado sobre la mesa esquinera, con la espalda apoyada en la pared mientras ella comenzaba un baile de abrir y cerrar cajones, pelar verduras y encender fogones.

Cuando Joseph estaba con ella todo se complicaba más, de modo que se habían dividido las tareas. Joseph apenas hablaba; y era Hope la que cubría los silencios. Pero en esa ocasión Hope no había abierto la boca más que para saludar, lo que hacía que Joseph no dejara de mirarla de reojo, con esa expresión evaluadora que te hacía preguntarte si estaba preocupado o si lo que intentaba era descifrarla a base de leerla.

—¿Has vuelto a ir a aquel sitio?

Hope ya le había hablado de sus excursiones a la Avenida Collodi, donde pasaba últimamente su tiempo libre. Se lo había mencionado entre comida y comida, sin dar demasiados detalles. Imaginé que quería guardárselo para ella por miedo a lo que Joseph pudiera decirle, a que quisiera que dejara de soñar con imposibles.

Ella asintió en respuesta, lo que hizo que Joseph arrugara la frente todavía más.

—¿Y qué? ¿Has contado muchas historias?

—Unas cuantas.

—Eso está bien —musitó con voz grave—. ¿Y qué tal se ha portado Wave?

—Maravillosamente bien. Qué pregunta —farfullé.

Hope no dijo nada y Joseph parecía cada vez más incómodo.

—Hoy hemos visto a una mimo —confesó Hope al cabo de un rato, una vez sentados a la mesa. No me sorprendió el comentario. A Joseph sí, aunque supo disimularlo bastante bien—. Es el segundo mimo que veo. No recuerdo cuántos años tenía cuando vi al primero, pero no se parecía en nada a este. Estaba con mis padres y con mi hermano, sentados en el césped de un parque fuera de Folktale, y el mimo apareció y se puso a simular que había una pared con la que no dejaba de chocarse. —Revolvió la comida con el tenedor como si removiera sus recuerdos—. Me pareció tan gracioso que pensé que me haría pis encima. Después de un rato le pregunté a James que por qué no hablaba. «Porque no lo necesita», me dijo. «¿A que has entendido todo lo que ha estado haciendo?», me preguntó. Le dije que sí y entonces él me dijo que eso era porque los mimos no necesitaban las palabras, que las palabras no eran tan importantes como creíamos. No lo entendí entonces. —Hope seguía sin probar bocado—. La mimo de hoy era distinta. Decía tantas cosas, Joseph. Tantas... —dijo con un hilo de voz—. Me sentí un poco tonta a su lado porque ella era capaz de decir todo lo que yo a veces no puedo decir con todas mis palabras.

—No digas bobadas. Tus palabras son perfectas, Hope —le dije para animarla.

Joseph, que había terminado de comer, apartó el plato a un lado y sacó del bolsillo del pantalón un pedazo de madera y su navaja. A continuación, comenzó a despedazar la madera. De alguna extraña manera, sabía que Hope no había terminado de hablar.

—¿Crees que les damos a las palabras más importancia de la que tienen?

Joseph sopló la madera para apartar los restos y pasó la yema del pulgar con suavidad antes de contestar.

—Yo creo que las palabras son armas de doble filo. Puedes usarlas de muchas maneras. Tú decides que lleguen correctamente a su destino, aunque a veces no depende de ti. —Levantó la vista para mirarla—. Jean Gaspard Deburau fue un mimo muy famoso y en su tumba hay un epitafio que dice: «Aquí yace el hombre que dijo toda la verdad sin decir palabra alguna».

—Es bonito —dijo Hope.

—Me gusta —afirmé.

—Pero la verdad tiene muchas formas, al igual que las palabras —siguió Joseph para estropearnos la frase—. Por muy bonito que te parezca, no se puede ser un mimo toda la vida. Algún día habrá algo que necesites decir por medio de las palabras. Y no importa que no puedas escucharlas, basta con que las comprendas.

—Entonces, ¿no crees que si un mimo habla pierde la magia? —le preguntó ella observando su comida, ya demasiado fría.

—¿Y quién dice que las palabras no tengan magia?

CAPÍTULO 37

Un reto y un secreto

Al día siguiente buscamos a la mimo por todo Collodi, sin resultado.

Volvimos a intentarlo al siguiente.

Y al siguiente.

El miércoles Hope todavía seguía buscando, pero quedaba muy poco de aquella excitación que la había asaltado la tarde del sábado. Hacía lo posible por que no se le notara mientras me llevaba de un lado para otro y narraba historias de extraños seres que solo podían provenir de su inagotable imaginación, pero se la veía distraída. Estaba y no estaba.

No solo yo lo noté, el Chico Azul también lo hizo.

—Si me dices lo que buscas, a lo mejor puedo ayudarte —se ofreció.

—¿No te parece que hay muy poca gente hoy?

—Lo mismo que todos los miércoles.

—Ya.

El chico se sentó a su lado, recostándose en el banco de esa manera despreocupada que me ponía tan nervioso, con un brazo estirado en el respaldo a la altura de los hombros de Hope.

—Como la toques, te comes mis hilos —le dije en un tono de lo más amenazador. Lástima que solo se oyera dentro de mi cabeza.

De un momento a otro, como si hubiese tenido lugar un extraño suceso paranormal, la avenida se quedó completamente desierta, aunque lo único que ocurrió es que empezó a lloviznar. No se oía ni se veía vida más allá de los dependientes, escondidos tras los mostradores de las tiendas.

—Hoy será mejor que cojamos el autobús —propuso el Chico Azul, guardando la guitarra y colgándosela al hombro.

—¿Te da miedo la lluvia? —le preguntó Hope.

—No seas ridícula.

—Yo odio la lluvia, por si te interesa —le recordé.

Hope se sentó otra vez en el banco.

—Entonces no te importará quedarte aquí.

—Nos vamos a mojar —repuso él, haciendo una mueca en cuanto vio la expresión burlona en el rostro de Hope.

—Tu guitarra no se mojará. —Señaló la funda impermeable.

—Pero tu marioneta sí.

—¡Menos mal que alguien se da cuenta!

La lluvia tímida inicial había dado paso a gruesas gotas que caían con furia, dejando pequeños charcos en el suelo de piedra irregular.

—A Wave le encanta el agua. De lo contrario, no se llamaría así.

—No es que tuviera mucha opción —repliqué.

—Una vez leí un libro donde un sabio decía que la lluvia concede deseos, como las estrellas. También decía que solo se cumplen los que son especiales —enfaticó Hope. El Chico Azul alzó una ceja, incrédulo—. Ya, esa cara puso el protagonista cuando se lo contaron. No se lo creyó hasta una noche en la que salió a dar un paseo porque estaba muy triste y empezó a llover. Se moría de frío pero siguió caminando, pidiendo el mismo deseo una y otra vez. Y se cumplió.

—¿Y qué pidió, que dejara de llover? —se burló el chico—. Menudo libro más malo.

—Cállate —le ordené.

—Todo lo contrario. Pidió que lloviera tan fuerte que las calles se llenaran de agua, como si fuera un río, y que la corriente se lo llevara a un lugar lejos de allí. A un sitio como Nunca Jamás.

Él soltó una risotada. El pelo se le había pegado a la cara y tuvo que peinárselo con los dedos para quitárselo de los ojos.

—Te lo acabas de inventar.

Hope sonrió. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás para que su cara quedara expuesta a la lluvia.

El Chico Azul torció el gesto y observó la inmensidad de la calle. Pude ver un interrogante colgando sobre su cabeza, que se disipó en cuanto volvió a mirar a Hope.

—Te reto a una carrera hasta la parada del autobús.

—No, gracias.

—El que gane le cuenta un secreto al otro.

Hope abrió los ojos.

—¿Un secreto? —preguntó, limpiándose la cara con una mano. Él asintió —. ¿Y cómo sé que es un secreto?

—Porque no lo sabes.

Esta vez fue ella la que dudó. Solo un segundo, porque al siguiente salió disparada sin importarle el suelo mojado y resbaladizo; los gritos del Chico Azul, que la llamaba tramposa unos metros por detrás; o los dependientes que se asomaban a las puertas para ver quién se atrevía a interrumpir el sonido de la lluvia.

Ganó Hope.

Durante el trayecto hasta Folktale, él cambió de tema un sinfín de veces con tal de no desvelar su secreto.

Cuando el autobús se detuvo a unos metros del teatro, Hope ya se había cansado de preguntar. Estaba bajando las escaleras, más enfadada que resignada por haber caído en su trampa, cuando él la sostuvo por detrás y le susurró al oído:

—Solo actúa los sábados. —Y la soltó.

Ella bajó el último escalón y se volvió para mirarlo con una mezcla de sorpresa y confusión.

—Te vi —dijo alzando la voz antes de que se cerraran las puertas.

Entonces comprendimos. El sábado. La mimo solo actuaba los sábados. Los ojos de Hope se llenaron de gratitud y sorpresa mientras veía cómo el autobús y el Chico Azul se alejaban hacia lugares que ella desconocía.

CAPÍTULO 38

Raven

Los siguientes días transcurrieron como de costumbre. Nada más terminar sus tareas en Serendipity, Hope me ataba a su cintura y nos íbamos al que se había convertido en nuestro segundo hogar.

Conforme se iba acostumbrando a estar rodeada de gente, la voz de Hope fue adquiriendo una firmeza que nunca pensé que llegaría a tener. Atrás quedaron los días en los que su voz sonaba temblorosa. Su tono iba subiendo cuanto más gente se acercaba a vernos, a escucharnos, y la esperanza que anidaba dentro de ella se dejaba entrever cuando miraba a su público con timidez, en su forma de mover mis hilos o sonreír a ese Chico Azul que se había aproximado a ella a pesar de que aún les separaba la misma cantidad de metros.

—Tal vez solo necesito buscar a alguien que pueda arreglarme. ¿Crees que habrá un Gandalf por ahí con tiempo libre que pueda ayudarme? —dijo Hope el sábado tras acabar la última historia del día—. A lo mejor acepta que le pague con historias. O podría empezar a ahorrar. —Sus ojos se posaron en las monedas que él ya había guardado en la funda.

—Lees demasiado. —El Chico Azul meneó la cabeza y consultó el reloj antes de coger la guitarra—. Vamos, la nueva actuación está a punto de empezar.

Hope prácticamente echó a correr tras él.

—Es una pena que Ged no me sirva, pero si sigo el camino de baldosas amarillas seguro que encuentro las respuestas.

—¿Quién es Ged?

—¡Pues el mago de Terramar! —contestó Hope, decepcionada de que no lo supiera.

—No sé de qué te asombras. Es un idiota —le dije.

Él se limitó a poner los ojos en blanco.

Como la vez pasada, en el momento en que la mimo comenzó a moverse el mundo entero desapareció para Hope. La miré detenidamente durante todo el rato, sin perderme ni un solo detalle de sus expresiones. A través de su rostro pude ver reflejadas la alegría, la felicidad, la rabia, el dolor o la tristeza más descorazonadora, todo ello iluminado con ese rayo de esperanza adherido a cada uno de esos sentimientos. Porque no hay tristeza, ni dolor, ni rabia, ni felicidad, ni alegría, que no tenga esperanza. No en Hope.

Me fijé en que el Chico Azul también había dejado de mirar a la mimo para observarla a ella, tal vez porque el espectáculo de su rostro era de esos que no podías perderte una vez te sumergías en él. En ese momento no me importó compartir un pedacito de Hope; por las emociones que me desbordaban, por la mirada limpia que vi en él o por lo infinito que me sentía siendo un pedazo de madera en medio de aquel mar de gente.

En el momento en que la actuación terminó y todos comenzaron a dispersarse, Hope estaba lista para marcharse cuando la mimo le plantó la palma de la mano enguantada, abierta, delante de su cara para pedirle que esperara.

El rostro de Hope enrojeció, pero no se movió. La mimo sonrió e hizo un gesto con los dedos para acentuar la enorme sonrisa que se formaba en sus labios. A continuación, sacó una hoja doblada del bolsillo y la abrió muy despacio, con los ojos bien abiertos y los labios formando una mueca de sorpresa. La colocó delante de Hope y ambos leímos «Raven».

La mimo señaló al papel y luego a sí misma.

—Encantada, Raven —dijo Hope con una sonrisa que no le cabía en el rostro—. Yo soy... —empezó a decir, pero en cuanto se dio cuenta de la cercanía del Chico Azul y su sonrisa triunfante, se lo pensó mejor—: Dilly.

La mimo extendió la mano y Hope le devolvió el saludo. Lo siguiente que hizo fue expresarle a Hope lo agradecida y feliz que estaba de que hubiese visto su función. Lo hizo por medio de varios gestos, señalándose a ella misma, a sus labios y a la propia Hope.

—No me cansaría de verte —le contestó Hope.

En ese momento, la mimo reparó en mí y se agachó para poder verme mejor.

—Hola —la saludé para demostrar lo educado que era.

Ella inclinó la cabeza y le hizo varios gestos a Hope para indicarle lo maravilloso que era y la suerte que tenía de tenerme. Vale, eso me lo he

inventado, pero te prometo que le dijo algo parecido.

Después de eso Raven se despidió de Hope.

—Hasta el sábado —dijo Hope y pareció una promesa.

Antes de darnos la espalda, los ojos de la mimo se posaron un segundo, tan solo un segundo, en el Chico Azul, al que había ignorado durante la conversación. Ni siquiera había dado un paso cuando oí que le decía:

—Me debes una.

Él no dijo nada. Solo agachó la cabeza y sonrió. Y justo en ese momento comprendí que nunca me libraría de él.

CAPÍTULO 39

El ladrón de magia

A veces no sabes que buscas algo hasta que lo tienes delante. En ocasiones sucede porque lo que buscas te parece una tontería, un imposible. Otras porque ni siquiera sabías qué estabas buscando.

Eso último era lo que le sucedía a Hope. Buscaba sin buscar por aquella avenida interminable. Y todo el mundo sabe que cuando buscas, aunque no lo sepas, acabas por encontrar. Claro que nadie nos preparó para lo que encontramos ese día.

Magia.

Puede que Hope y yo fuéramos dos seres extraños que habíamos ido a parar a un mundo igual de extraño, dos seres unidos por algo que algunos señalarían como magia. Puede que fuera así o puede que no. La cuestión es que si alguna vez habíamos perseguido la magia había sido a través de los sueños, de la imaginación, de todas esas historias encerradas en los libros que habíamos devorado a lo largo de los años, pero nunca en la vida real. En la vida real no creíamos que fuese posible.

Hasta ese día.

Habíamos decidido marcharnos pronto y el Chico Azul nos seguía a unos metros, casi como una sombra, mientras Hope observaba a cada artista. Malabaristas, estatuas humanas, bailarines, cómicos... Había de todo.

Fue entonces cuando distinguimos a un grupo de personas formando un semicírculo casi perfecto alrededor de una pared desnuda que había entre una tienda de golosinas y una heladería. Nos acercamos con la idea de encontrar a alguien como la mimo.

Y ahí estaba él, de pie, al lado de una mesa plegable negra con un tapete blanco y una baraja de cartas. Nos abrimos paso entre la gente para poder ver mejor.

—Todos creen que cuando despiertas —decía el chico a la vez que

levantaba una de las cartas de la baraja que resultó ser la reina de tréboles—, los sueños simplemente desaparecen.

Movió la carta con un gesto rápido y comprobamos que se había transformado en otra totalmente blanca.

—Ilusos. La magia es una ladrona de sueños. Repta por el mundo —había comenzado a mezclar la baraja mientras seguía hipnotizando con su voz— haciendo creer que solo es una ilusión, que todo es siempre igual.

Se tomó su tiempo para extender las cartas en el tapete con extrema precisión y cuando terminó nos mostró cómo se habían convertido todas en el dos de corazones.

—Pero es una gran mentira. —Cogió la baraja y la abrió en abanico. Esta vez las cartas se habían convertido en El Joker—. La magia se ríe de los mortales porque a pesar de tenerla tan cerca —dijo a la vez que cerraba los ojos y soplabla sobre la baraja, ahora cerrada— no sois capaces de verla.

Se inclinó y fue colocando cartas, una a una, sobre el tapete. En cada una de ellas pudimos ver que había escrita una letra y solo se detuvo cuando la frase que quería mostrarnos estuvo formada.

—Y es que a veces nos pasamos la vida buscando cosas que siempre hemos tenido delante. —Se apartó para mostrarnos la frase al tiempo que hacía una reverencia.

La gente prorrumpió en aplausos y apenas podíamos ver al mago esbozar una sonrisa. Hope tuvo que ingeniárselas para llegar hasta la primera fila, entre empujón y empujón, y conseguir leer la frase que había escrito:

El que no cree en la magia nunca la encontrará.

Abrió los ojos desmesuradamente, mirando al chico y a las cartas de manera alternativa, como si acabase de ver a un fantasma. Supe lo que estaba pensando por cómo sus ojos brillaron y su boca se abrió ligeramente en una palabra que no acabó de emerger.

Y lo lamenté. Ese chico no tenía magia, quien la tiene no necesita trucos. Había pasado unos cuantos años junto a un mago y sabía todo lo que se esconde tras unas manos ágiles y una voz hipnótica.

En cuanto la gente se dispersó, Hope se acercó a él.

—Eres mago —aseveró. Él le dedicó una media sonrisa y asintió—. ¿Puedes hacer magia de verdad o solo trucos?

Esta vez el mago, que se había agachado para recoger la mesa plegable, la observó con verdadera curiosidad.

—Los trucos son magia —dijo, incorporándose. Como Hope no reaccionaba y solo le miraba los labios, explicó—: Durante un rato, aunque la gente sepa que la magia no existe finge que sí, ¿no es eso magia también?

—No escucha palabras —explicó el Chico Azul, adelantándose unos pasos para dejar de ser sombra.

—¿Es sorda? —quiso saber el mago.

—No, lo único que no escucha son las palabras. —El Chico Azul puso los ojos en blanco.

Eso captó la atención del mago, que le tendió la mano a Hope pese a las miradas de advertencia que le dedicamos el Chico Azul y yo.

—Diggs —se presentó haciendo una reverencia teatral que le quedó bastante estúpida. Hope ladeó la cabeza para mirar al Chico Azul, momento que el mago aprovechó para acercarse a ella sin que nos diéramos cuenta—. ¡Abracadabra! —le gritó al oído, haciéndome viajar a través del tiempo y del espacio hasta el día del maldito cumpleaños, con todos los globos y todas las lágrimas.

—Cabrón —espeté.

Hope no se inmutó, pero el Chico Azul retrocedió unos pasos.

—¿Estás loco? —Tenía la mandíbula apretada y un atisbo de furia en los ojos.

—Tranquilo —contestó Diggs, alzando las manos—. Solo quería comprobarlo por mí mismo. Me gusta resolver los trucos.

—No es ningún truco —dijo el Chico Azul, aunque parecía que no se lo decía a nadie más que a sí mismo—. No es ningún truco —repitió.

—Te ha costado —susurré.

—¿Qué pasa? —preguntó Hope. La pobre no se enteraba de nada.

El Chico Azul negó con la cabeza.

—No es mago de verdad, la magia no existe.

—Pues claro que sí —replicó ella.

—¿Cuántos años tienes? ¿Cinco? —contestó el Chico Azul, molesto.

—¿Puedes hacer que vuelva a escuchar palabras? —le preguntó Hope al mago, ignorándolo.

En respuesta, Diggs se frotó las manos, sopló y de ellas salieron pétalos blancos. Hope no podía estar más maravillada. Lo miraba como si él mismo

fuera la magia cuando, de repente, unos hombres se acercaron corriendo.

—¡Ladrón! —gritaron.

Diggs le guiñó un ojo a Hope, plegó la mesita con un movimiento rápido y salió corriendo.

—¡Encantado! —se despidió mientras corría calle abajo ante la estupefacción de Hope y la sonrisa del Chico Azul.

CAPÍTULO 40

No se puede arreglar algo que no está roto

Hope había leído mucho desde que llegamos a Serendipity, buscando una forma de escapar de lo que una vez pensamos que era una maldición. Solo que Hope había crecido y ya no creía en cuentos de hadas ni en brujas malvadas. Tenía que haber algo más. Una razón lógica. Una explicación. Pasaba tanto tiempo entre libros y artículos que pensé que iba a ahogarse entre tantas palabras y aun así no encontraba las que buscaba.

—¿Conoces a alguien que pueda ayudarme? —le preguntó una noche a Joseph mientras este tallaba un trozo de madera y Hope se perdía entre libros que no tenían ninguna respuesta.

—¿Ayudarte con qué?

—Con mi problema.

—¿Qué problema?

—¿Por qué puedo escuchar a Marianne, al Chico Azul y a ti pero no al resto? Tiene que haber un motivo.

—¿Por qué la gente se enamora de una persona entre millones de ellas? ¿Por qué esa y no otra?

—Pero lo de escuchar no es algo que pueda elegir —repuso Hope.

—Igual que el amor.

—Te estás riendo de mí.

—¿Dónde debería ir un pájaro que solo puede volar cuando hay viento? — Joseph siguió tallando la madera con la navaja. Al cabo de unos segundos de silencio, dijo—: A Wellington.

—¿Dónde debería ir yo?

—A dormir, te vas a quedar ciega de tanto leer.

—Joseph.

—Hope.

Transcurrieron unos segundos en los que ninguno de los dos dijo nada. Fue

Joseph quien rompió de nuevo el silencio mientras pasaba el pulgar por la madera para limpiarla.

—Puedes pasarte la vida buscando un motivo, un porqué, una explicación, y hasta puede que la encuentres. ¿Y entonces qué? ¿Cambiaría eso algo? ¿Sería más justo? ¿Serías más feliz?

—Solo es el primer paso.

—¿El primer paso para qué?

—Para arreglarlo.

—No se puede arreglar algo que no está roto.

—¿Cómo sabes que no estoy rota?

—¿Cómo sabes que lo estás?

—Porque no soy como el resto. La gente normal puede escuchar.

—Lo normal está sobrevalorado. —Joseph respiró hondo—. Verás, si tallase cincuenta elefantes idénticos con sus trompas y después tallase uno sin ella, ¿pensarías que está roto?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no tiene trompa.

—¿Y qué?

—Que los demás sí tienen.

—¿Y qué?

—No puede ser un elefante si no tiene trompa.

—¿Y eso quién lo dice?

—Todo el mundo.

—Todo el mundo se equivoca. Puede ser un elefante o puede no serlo.

—¿Y qué es?

—No lo sé. Que no tengas una palabra para algo no quiere decir que no exista. Lo único que significa es que debes seguir buscando y si no la encuentras, puedes crearla.

—Soy un elefante sin trompa.

Joseph compuso una mueca, aunque tanto Hope como yo nos dimos cuenta de que tras ella se ocultaba una sonrisa.

—Solo si dejas que las diferencias te definan. Puedes ser un elefante sin trompa o un... —se quedó pensativo— *falente*. El único ejemplar de *falente* conocido hasta la fecha, todo un hallazgo.

—Eso no existe.

—Ahora sí.

CAPÍTULO 41

Los verdaderos magos

—No te cree. —La voz del Chico Azul sobresaltó a Hope, que dio un respingo al sentir su aliento pegado a la nuca.

—No hagas eso.

—¿El qué? ¿Vigilarlo? Es lo mismo que haces tú. —Señaló a Diggs, que en ese momento le lanzaba un beso en la distancia al mismo tiempo que una lluvia de confeti salía disparada de su manga, cayendo lentamente sobre nuestras cabezas.

—No lo vigilo. Solo lo miro, como hace todo el mundo.

—Nos roba clientela.

—Es muy bueno.

—Es un ladrón.

—¿No has leído Robin Hood?

—¿Tu cabeza también está hecha de madera? —le preguntó el Chico Azul mientras me miraba.

—Tú no lo entiendes.

—Eres tú la que no lo entiende. —El Chico Azul soltó un hondo suspiro—. No te cree —repitió—, solo está intrigado. Dudo que ninguna chica haya intentado ligar con él de una manera tan... —la evaluó con la mirada— extraña.

—No quiero ligar con él —replicó Hope.

—Pues eso es lo que él cree.

—¿Cómo lo sabes?

El Chico Azul se encogió de hombros.

—Porque yo pensé lo mismo —lo dijo con una tranquilidad pasmosa que me indignó.

—Ligar contigo. —Resoplé—. Como si Hope no tuviera nada mejor que hacer.

—Hay cosas más importantes en la vida, ¿sabes? —le espetó Hope.

—¿Como qué? —se burló él.

—Como poder escuchar.

—En eso él no te puede ayudar.

—¿Y tú sí?

El Chico Azul tardó unos segundos en contestar. Cuando lo hizo, no había ni un atisbo de burla en su mirada.

—Quién sabe. A mí puedes escucharme. Tal vez no necesites a nadie. — La manera en que lo dijo me hizo pensar que llevaba tiempo planteándose esa cuestión. Hope lo miraba sin comprender—. Tal vez solo se trate de quererlo, de quererlo de verdad. No lo sé. Pero él —señaló de nuevo al mago— no va a hacer que vuelvas a escuchar. No es esa clase de magia la que necesitas.

—¿Y qué magia necesito?

El Chico Azul ladeó la cabeza. Luego suspiró y, a continuación, la cogió del brazo y se la llevó de allí. Hope no protestó, la curiosidad era más grande que ella. Pronto nos dimos cuenta de que no íbamos a ninguna parte, solo caminábamos por la extensa avenida.

—Mi abuela me contó que siempre que mi padre tocaba la guitarra parecía que yo volaba. Mi padre era mi mago. —El Chico Azul meneó la cabeza—. Era muy pequeño y no me acuerdo de nada, pero sí recuerdo la voz de mi abuela contándomelo mientras me enseñaba fotografías. Desde entonces, cuando las veo mi padre vuelve a ser un mago y mi abuela también. —Se fijó en que seguía sujetando a Hope y en lugar de apartar la mano la dejó ahí, como si ese fuera su lugar. Hope le miraba en silencio, temerosa de que cualquier palabra pudiera alejarlos—. Cuando cumplí seis años, mi tía me sentó a su lado en el piano para enseñarme a tocar *Cumpleaños feliz*. Ella fue mi mago en ese momento. Y lo volvió a ser cuando cumplí los siete y me regaló la guitarra de mi padre. —Mientras hablaba, acariciaba la funda con la mano libre como si los recuerdos pudieran alimentarse a base de caricias—. El día en que mi tía dio a luz a su primer hijo y vi la cara de mi tío, supe que ella se había convertido en mago también para él.

»Lo que te quiero decir es que todos somos magos. Todos, sin excepción. —La miró con una sinceridad que me turbó—. Solo tienes que encontrar a quien sepa hacer magia para ti. —Esbozó una sonrisa—. ¿Ves a esa niña de ahí? —Le señaló a una niña que lloraba porque el ala de su disfraz se había caído. Su madre se agachó y consiguió colocarla de nuevo en su espalda. La

niña no cabía en sí de alegría cuando se lanzó a sus brazos—. Su madre ahora es su maga.

—Me gusta cuando hablas —dijo Hope, sorprendiéndonos a él y a mí.

El Chico Azul meneó la cabeza con incredulidad.

—¿Has oído algo de lo que te he dicho?

—Yo también tengo un mago, lo llevo atado a mi cintura.

Los ojos del Chico Azul se dirigieron a mí. Me ruboricé, no por él sino por las palabras de Hope. Lo que mi amiga no sabía era que de existir un mago de verdad, no podía ser otro que ella.

CAPÍTULO 42

Lo que no se puede ver

Hay cosas que se ven a simple vista, basta con prestar atención. Otras, en cambio, solo las ves al cerrar los ojos. Y, por último, están las que solo puedes ver cuando nadie más está mirando.

Pocos son los que suelen tenerme en cuenta tras el primer vistazo. Pero la novedad, tarde o temprano, termina por caer en el pasado por su propio peso. Dejo de importar, incluso dejan de verme. Por eso mismo he visto cosas que jamás podrías imaginar. Siempre he pensado que las personas son verdaderamente libres solo cuando nadie está mirando. O cuando creen que nadie está mirando. La libertad no siempre es dulce ni liberadora ni bonita. En ocasiones es cruel, retorcida y salvaje.

Conocí la libertad de Marianne una mañana en la que se encontraba sentada en la cama de Hope, esperando a que esta regresara de hacer un recado. Yo estaba recostado en el armario, pero la puerta estaba entreabierta. Atisé a ver sus piernas balancearse sobre el suelo, sus dedos largos acariciando las sábanas y unos mechones de su cabello. Cuando se cansó de esperar, sacó un cuaderno de cuero en el que se puso a garabatear deprisa mientras murmuraba cosas que no llegué a comprender. Y cuando también se cansó de eso, lo dejó a un lado y respiró hondo.

—Cállate ya, no puedo más —dijo.

Me quedé paralizado. ¿Hablaban conmigo? Por mucho que pasaran los años seguía perdiendo el aliento cada vez que creía que alguien podía oírme. Iluso.

—No te estoy escuchando, eres un mentiroso. ¿Por qué iba a querer hacerme daño? —Marianne se inclinó hacia delante y la vi frotarse los tobillos de manera compulsiva.

—¿Marianne? —la llamé.

—¡Cállate! —gritó, llevándose las manos a la cabeza para masajearse las sienes.

—¿Me escuchas? —insistí.

—No voy a hacerlo —gimió ella.

Cogió su bolso con brusquedad, sacó un bote de pastillas que resonó por toda la habitación y se llevó varias a la boca de una sola vez. Luego cerró los ojos y respiró hondo. Comprendí en ese momento que Marianne no hablaba con nadie más que con sus propios demonios.

Pasaron varios minutos hasta que volvió a abrir los ojos y cuando lo hizo, giró la cabeza a un lado y me vio.

No me gustó la mirada que me dedicó. No vi a Marianne en ella y eso me asustó. Echó un vistazo a la puerta de la habitación para comprobar que estábamos solos y se levantó para venir hacia mí con una lentitud que me puso los pelos de punta. Oí cada crujido de la madera del suelo que se quejaba del avance de Marianne. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Fue horrible, porque con cada uno atisbaba sus ojos, la frialdad de su mirada, la oscuridad que anidaba dentro de ella.

El armario chirrió y me quedé al descubierto, indefenso ante la que una vez había sido Marianne.

—Wave —dijo con voz grave.

No sonrió cuando se agachó y me clavó una uña en el pecho, deslizándola por mi camiseta hasta detenerse en la costura de mi chaleco. El crujido de la tela te habría hecho estremecer.

—*Shhh*. —Marianne acercó su rostro a la oscuridad del armario.

—No he dicho nada —contesté muy bajito. Estaba verdaderamente asustado.

El dedo de ella continuó descendiendo por mi pecho unos centímetros más y, como si algo hubiese llamado su atención, me miró a los ojos antes de tirar con fuerza de uno de los botones de mi chaleco. Me lo habría arrancado del todo si no me hubiera caído de bruces al suelo.

—Oh, no. —Marianne se apresuró a levantarme y me colocó de nuevo sobre la colcha en la que Hope me había dejado—. Lo siento. —Intentó que el botón volviera a su sitio, pero no había manera. Necesitaba aguja e hilo si quería arreglarlo—. ¿Me perdonas? No volveré a hacerlo, te lo prometo.

Yo me había quedado mudo. Marianne había vuelto, o eso era lo que sus ojos me decían. Entonces me dio un beso en la mejilla.

—Será nuestro secreto, ¿vale?

Con una sonrisa que no se parecía a ninguna de las que le había visto hasta

entonces, se alejó de mí y salió de la habitación.

CAPÍTULO 43

Abracadabra

—¿Alguna vez has hecho una locura? —preguntó el Chico Azul mientras descansábamos en un banco después de nuestra primera actuación del día.

—Seguro que tienes alguna preparada.

—Qué bien me conoces, Dilly. He estado pensando y creo que tengo la solución para tu problema.

La mirada de Hope se iluminó. Yo presté atención, estaba intrigado.

—Verás, es sencillo. Solo necesitamos una máquina de clonación y a mí. Me clono a mí mismo un montón de veces, poblamos el mundo con mis dobles y podrás hablar con todos ellos —argumentó sin poder contener la risa.

—¿De verdad eres tan idiota? —quise saber.

El Chico Azul seguía riéndose cuando un avión de papel aterrizó a unos metros de nosotros. Hope se volvió hacia la derecha para mirar en la dirección de la que provenía. Sonrió al descubrir al mago contemplándola desde la distancia, que hizo una reverencia con su sombrero y le guiñó un ojo.

Hope se agachó para recoger el avión y en el momento en el que desplegó el papel, la risa del Chico Azul, así como todo atisbo de broma en su rostro, cesó.

«A - B - R - A - C - A - D - A - B - R - A
A - B - R - A - C - A - D - A - B - R
A - B - R - A - C - A - D - A - B
A - B - R - A - C - A - D - A
A - B - R - A - C - A - D
A - B - R - A - C - A
A - B - R - A - C
A - B - R - A
A - B - R

A – B
A

Que las palabras sean tu amuleto.
Diggs».

Cuando vi la cara que puso Hope, supe que tampoco iba a librarme de él. No tenía suficiente con el dichoso Chico Azul que ahora también teníamos un mago ladrón.

El Chico Azul se inclinó para intentar leer lo que ponía pero ella se llevó la nota al pecho.

—¿Lleva dentro un conejo blanco o algo así? —preguntó él.

—No, tiene algo mejor.

—¿El qué?

—No lo entenderías.

—Lo corroboro —añadí.

—Me infravaloras —señaló el Chico Azul.

—Me lo pones muy fácil —aseguró Hope.

—No te lo creas tanto —musitó él antes de alcanzar su guitarra y ponerse a tocar.

CAPÍTULO 44

De charco en charco

—Hoy no vamos, Wave —anunció Hope el sábado. Asomada a la ventana de su habitación, contemplaba la lluvia con un brazo extendido, viendo cómo las gotas resbalaban por él.

—Me parece bien —contesté, pues no me hacía ninguna gracia pasarme el día en remojo.

Dos horas después, tras limpiar la sala y revisar butaca a butaca, como si de ello dependiera que el sol saliese al día siguiente o, mejor aún, que la lluvia cesara, Hope buscaba alguna excusa para salir a la calle y comprobar que no podía luchar contra la naturaleza.

—Sí que vamos —me avisó una de las veces.

No dije nada. ¿Para qué? Por más vueltas que le diera, estaba seguro de que ya había tomado una decisión. Así funciona el cerebro humano. Duda y duda y cree tener en sus manos el poder de cambiar de opinión cuando ya se ha aferrado a una idea. Hope iría, porque así lo había decidido. Y ni la lluvia ni las dudas podrían cambiar ese hecho.

—¿Crees que estará allí?

—¿Quién? ¿El Chico Azul? ¿El mago? ¿La mimo? —pregunté. Acostumbrado como estaba a que fuéramos ella y yo, todavía no me hacía a la idea de estar rodeado de tanta gente.

Ante la atenta mirada de Joseph, que fingía que rellenaba unos documentos desde el mostrador, Hope atravesó la puerta principal y se detuvo en medio de la acera, ajena a los pocos transeúntes con inmensos paraguas que la esquivaban con un gesto de irritación.

—Claro que estará, siempre está. —Hope cerró los ojos y dejó que la lluvia acariciara su rostro y el mío.

No tuve dudas de a quién se refería. Me resultaba extraña esa capacidad que tenían los humanos de crear lazos invisibles cuando el tiempo en ellos era

tan efímero, cómo una persona podía pasar de ser un completo extraño, un enigma entre enigmas, a un indispensable.

—Iremos —decidió tras unos segundos y esta vez su voz sonó más decidida.

Suspiré. Odiaba el tacto del agua sobre mi madera, porque por mucho que después me secaran, la humedad se quedaba ahí, impresa en mi cuerpo durante días. A veces ni siquiera se iba, solo me acostumbraba a ella. Aun así, no me quejé. No podía negar la transformación que había sufrido Hope desde que hacíamos aquellas excursiones, de modo que aceptaba su felicidad como parte de la mía.

—Necesitaremos un paraguas —le informé.

Como si me hubiera leído el pensamiento, sonrió. Pero no era a mí a quien iba dirigida su sonrisa. Era una sonrisa buscadora de magia, no la magia de un mago de mentira sino la magia pura, la que te cambia cuando lo único que haces es sentir el mundo a través de ti.

Con una alegría renovada, Hope entró de nuevo en el teatro y casi se lanzó sobre el mostrador.

—¿De verdad no me necesitas para nada? —le preguntó a Joseph.

—Dudo que la tranquilidad vuelva a este sitio hasta que no te marches —gruñó él.

El rostro de Hope se llenó de felicidad. Subimos para que se cambiara y cogiera un abrigo y, tras volver a despedirse de Joseph, que la vio marchar con algo parecido a la nostalgia, corrimos hacia el autobús que se había detenido en la parada.

—Así no llegaremos tarde —me explicó Hope.

Sin prestar demasiada atención al autobús abarrotado, Hope encontró un hueco libre en el que apoyarse, pegada a la ventana. En el pasado solíamos evitar los autobuses. Eran lugares hostiles en los que la gente se acercaba a Hope con la intención de hablar por hablar, gente que sabiéndose ignorada se alejaba de ella como si hubiese cometido el peor de los crímenes o como si su extraña enfermedad pudiera contagiarse por el aire.

De repente, alguien nos aplastó contra el cristal de la ventana al ocupar un lugar a nuestro lado. Levanté la vista para ver al intruso y ahí estaba el Chico Azul, inclinándose hacia ella.

—¿En qué piensas?

Los ojos de Hope se abrieron a la vez que sus labios se curvaban. Hizo un

gran esfuerzo por no apartar la mirada del cristal para que él no viera eso que yo podía ver, la mezcla de sorpresa y alegría que se había expandido dentro de ella.

—Cuando era una niña le tenía miedo a los charcos —confesó—. Pensaba que si los pisaba me caería dentro de un mundo terrible y ya no podría volver a salir. Hasta que mi hermano me dijo que no debía tener miedo, que solo había un mundo dentro de los charcos, el mismo que veíamos en los espejos. El mundo del revés.

—¿Como la historia que contaste? —preguntó el Chico Azul.

—Algo así. Aunque entonces yo pensaba más en *Alicia a través del espejo*. —Sonrió—. Dejé de tenerle miedo a los charcos y, cuando mi hermano se marchó, cada vez que llovía salía a la calle y me pasaba horas saltando de charco en charco. Estaba segura de que en algún momento había caído en el mundo del revés y que debía buscar la manera de volver al otro lado, a mi verdadera vida. Allí estarían mi hermano, y mis padres, y yo podría volver a escuchar.

—Tiene sentido —musitó el Chico Azul, cuya mirada se hallaba también perdida al otro lado de la ventana.

Hope ladeó la cabeza para mirarlo.

—No lo tiene —repuso—. ¿Ahora te dedicas a darme la razón como a los locos?

—¿Y desde cuándo te molesta que piense que estás loca?

—No me molesta —aseguró, aunque ni ella misma se lo creyó—. Y deja de reírte —le advirtió al descubrir la sonrisa que se asomaba a sus labios.

—Solo sonrío.

—Ya.

—A mi tía le encantarías —confesó él.

—¿Y eso por qué? ¿Ella también está loca?

—Un poco —asintió el Chico Azul—. Dice ser psicóloga e incluso cobra por ello, pero no me lo trago. —Su sonrisa se ensanchó y esta vez Hope se la devolvió.

—A lo mejor ella puede arreglarme —sugirió, volviendo la vista de nuevo a la ventana.

Él fue a decir algo, pero la réplica murió en sus labios. Me imaginé qué era lo que quería decir, quizá algo como «No puedes arreglar lo que no está roto» o «No hay nada que arreglar, Hope», con esa voz rasgada que ya me

resultaba familiar.

En su lugar, lo que dijo fue:

—¿De verdad era eso lo que estabas pensando?

Hope curvó los labios y supe que estaba esforzándose para no mirarlo.

—Y tú, ¿qué piensas ahora? —contestó ella con otra pregunta, aunque yo sabía que la respuesta correcta sería «En ti».

—En ti —admitió él con un hilo de voz.

Todo se detuvo —los coches, el autobús en nuestra parada y las manecillas del reloj— cuando Hope alzó la vista para mirarlo. Lo sé, porque a pesar de no tener corazón, lo sentí como si también se hubiera detenido.

CAPÍTULO 45

Cuéntame una historia

Cuando bajamos del autobús y llegamos a la Avenida Collodi, nos dimos cuenta de que ese sábado la calle sería casi al completo para nosotros. La lluvia no solo tenía el poder de ahuyentar a una simple marioneta, también podía con las personas, que preferían refugiarse en sus casas o en centros comerciales, sintiéndose a salvo con un techo sobre sus cabezas.

—¿Crees que hoy vendrá? —le preguntó Hope al Chico Azul.

Él se encogió de hombros.

—Supongo, ese tío es como un chicle. Una vez se pega ya nada consigue que se vaya —dijo con acritud.

—Me refiero a la mimo —aclaró ella, no sin antes esbozar una sonrisa—. ¿Por qué te cae mal?

—Está celoso —contesté.

—No me cae mal. —El Chico Azul vio que Hope ponía cara escéptica, de modo que añadió—: No demasiado.

—No lo conoces.

—Tú tampoco.

—No puedes entenderlo —murmuró Hope a la vez que pisaba un charco.

Sin poder evitarlo, los tres recordamos la conversación que habían mantenido en el autobús. Supongo que fue ese recuerdo el que llevó al Chico Azul a cambiar de actitud.

—¿Sabes qué? Tienes razón. A lo mejor él puede hacerlo, a lo mejor su magia puede hacer que vuelvas a escuchar. Creo que deberíamos buscarlo.

Hope no fue la única que se quedó descolocada ante semejante propuesta.

—¿Lo crees en serio?

El Chico Azul, que había comenzado a buscar con la mirada al mago, se detuvo en seco. Cogió a Hope por ambos brazos e hizo que se diera la vuelta, de espaldas a aquello que quería ocultarle.

—¿Importa lo que yo crea? —El brusco movimiento me dejó colgando a un lado, con la cabeza girada en un ángulo que habría sido mortal para cualquier humano.

—Eh, se me va a caer la cabeza —me quejé.

—¿Importa o no importa? —insistió él al advertir que Hope seguía mirándolo con el ceño fruncido.

Estaba claro que quería acaparar su atención y gracias a la posición en la que me encontraba pude fijarme en lo que estaba sucediendo. A unos metros de nosotros el mago discutía acaloradamente con una chica de ropas llamativas que reconocí como la mimo. Discutían como si se conocieran.

—Pues no —contestó Hope. Sin embargo, su afirmación no fue nada convincente. Hope no estaba hecha para las mentiras, tampoco para herir a nadie con sus palabras. De ser otra persona habría actuado con indiferencia, con burla, pero era Hope y en el fondo temía que sus palabras pudieran ser malinterpretadas, que la verdad quedara atrapada en ese «no»—. Vale, sí, me importa. No sé por qué, pero me importa.

—¿No sabes por qué? —El Chico Azul esbozó una media sonrisa.

La expresión de Hope se endureció mientras yo escuchaba que la mimo llamaba al mago cobarde y alguna cosa más que no llegó a mis oídos. No sé cómo lo hacen los humanos, pero para una marioneta es bastante difícil estar en dos conversaciones a la vez.

—No lo sé. Lo único que sé es que si no me importara no te escucharía. —Él se la quedó mirando de una manera que me hizo querer coger a Hope de la mano y salir corriendo, como corría ahora la mimo, lejos del mago—. ¿Qué? —espetó cuando vio que el Chico Azul no tenía intención de hablar.

—¿No lo ves? Ahí tienes la respuesta.

—¿Qué dices? No tengo nada.

—Claro que sí. —El Chico Azul estiró el brazo y me recolocó en la cintura de Hope. Si pensaba que le daría las gracias, lo llevaba claro—. ¿Sabes adónde va la magia los días de lluvia?

—¿Adónde?

—A la playa.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque nadie se acerca —contestó él con una sonrisa. Aguantaba con entereza la manera en que Hope lo evaluaba y eso me hizo respetarlo un poco—. ¿Vamos? —propuso.

—¿A la playa?

—Si quieres, claro. Si lo prefieres, puedes quedarte aquí y buscar a tu mago —lo dijo señalando al lugar vacío en el que segundos antes había estado este. Luego echó a andar, dejando a Hope paralizada en el sitio.

—¡Espera! —gritó ella cuando por fin logró reaccionar, corriendo tras él hasta alcanzarlo.

—Hola de nuevo, Dilly.

—A veces no te soporto.

—Tarde, ya has dicho que te importo.

—¡No he dicho eso! —replicó ella.

Con toda la naturalidad del mundo, el Chico Azul le pasó un brazo por encima de los hombros, como si lo hubiera dejado caer ahí por casualidad, y acercó su rostro al de ella para hablarle al oído.

—Eh, ¡esas confianzas! —Cerré los ojos. No podía mirar.

—Cuéntame una historia, Dilly.

—¿Una historia?

—Una historia de verdad.

—Todas las historias son de verdad —repuso Hope.

—No me digas.

—Te lo digo.

—Entonces cuéntame una de mentira.

CAPÍTULO 46

Una sorpresa

El día de mi *no cumpleaños* había llegado. Como todos los años desde aquel primero, sentía una extraña excitación. Por un día, un día entero, yo era el protagonista. Y eso me gustaba, no puedo negarlo. Pero este año era diferente. Ya no éramos Hope, Joseph y yo. Ahora estaba Marianne y también el Chico Azul, quien había preparado una sorpresa.

Él.

Una sorpresa.

Para mí.

Sí, a mí también me sorprendió. Pero es de mala educación rechazar una sorpresa, y más si esa sorpresa proviene de un *no cumpleaños*.

Y ahí estaba el Chico Azul, esperando al otro lado de la puerta, donde el tiempo corría ajeno a lo que Serendipity escondía dentro de sus viejas paredes. Había pasado casi una semana desde el sábado en que terminamos en la playa, Hope y él con los pies hundidos en el agua, debatiendo acerca de los lugares en los que escuchar era innecesario, como el fondo del mar, y yo rezando para no caerme al agua. El Chico Azul nos había acompañado hasta la puerta del teatro y, ahora que sabía dónde vivíamos, había tomado por costumbre el plantarse delante de la puerta y llamar a Hope de la única manera en que podía hacerlo: silbando la canción que había dado comienzo a su historia.

Él nunca entraba. Quizá porque veía aquella puerta como uno de los charcos que a Hope le gustaba pisar, la entrada a un mundo del que seguramente ya nunca más podría salir. Entrar o no entrar, una cuestión difícil. Lo entendía, cualquier ser humano se habría acobardado.

Cada vez que Hope oía su silbido sacaba medio cuerpo por la ventana y sonreía al verlo. Luego me ataba a su cintura, bajaba corriendo y se despedía de Joseph antes de reunirse con él para hacer frente a un nuevo día en

Collodi.

Pero ese día el destino era otro, así se lo había hecho saber él la noche anterior cuando nos dejó en la puerta del teatro. Tenía un regalo para mí y no veía la hora de saber lo que era.

Hope, más emocionada que yo cuando oyó que el Chico Azul la llamaba, me había dejado en el mostrador con Joseph al percatarse de que con las prisas había olvidado cambiarse de zapatos. Cuando regresó y me ató a su cintura, le recordó a Joseph que Marianne vendría a cenar.

—No llegues tarde —le pidió él, pues esa noche había función y no tenía tiempo para encargarse de la cena.

—No te preocupes, solo serán un par de horas. —Hope se volvió para comprobar que el Chico Azul tenía la mirada perdida en algún punto de la calle.

—Podría entrar —gruñó Joseph.

—Creo que te tiene miedo —confesó Hope en un susurro, como si él pudiera oírla.

—Quien algo teme, algo oculta.

Hope sonrió. Sabía que solo se preocupaba por ella.

—A mí también me gustaría saber lo que oculta. —Soltó un hondo suspiro. Luego elevó las cejas y se quedó mirando a Joseph, esperando algo.

—¿Vas a quedarte ahí todo el día?

—No lo has felicitado. —Hope me señaló.

—Lo he hecho. —Apartó la mirada y eso fue lo que lo delató—. Esta noche —prometió. Ella se lo dejó pasar.

—Te lo recordaré —le grité mientras Hope salía del teatro y se acercaba al Chico Azul.

—¿Y bien?

Él no pudo contener una sonrisa.

—¿Listos? —nos preguntó, mirándonos a Hope y a mí alternativamente.

Al ver que pasaba un autobús, el Chico Azul no esperó a que Hope respondiera. En su lugar, la cogió de la mano y echó a correr.

—Vamos, ese mismo nos sirve.

—Pero ¿adónde vamos? —quiso saber Hope.

—A la playa.

—¿Por qué a la playa? —me quejé yo—. No hay nada en la playa que pueda sorprenderme.

No tardé en darme cuenta de cuán equivocado estaba.

El trayecto fue muy rápido, apenas cuatro paradas y bajamos de nuevo. Era el mismo lugar al que habíamos ido la vez pasada, muy cerca de un parque infantil habilitado en la arena, con vallas de colores, toboganes, la taza que daba vueltas y vueltas, los juegos de balanceo en forma de animales y los columpios oxidados. La misma playa a la que íbamos cuando Hope era niña, pero bastante alejada de la zona rocosa en la que se encontraba su casa. Ella lo agradecía y yo también. Ir allí significaba enfrentarse a viejos fantasmas y Hope todavía no estaba preparada para ello.

Desde la calle, el Chico Azul divisó algo en el parque vacío a esa hora y se puso delante de Hope para que no lo viera.

—Ahora tenéis que cerrar los ojos. Los dos —nos dijo a la vez que me señalaba con un dedo.

—¿Por qué?

—Es una sorpresa.

—Pero si al final la vamos a ver, no será menos sorpresa por verla antes, ¿no?

—¿Los cierras o no? —insistió él, irritado.

—Vale —se rindió Hope cuando vio que él se había cruzado de brazos. A continuación cerró los ojos.

Aunque hubiese querido no habría podido cerrarlos, de modo que tuve que contenerme para no mirar hacia el parque. Yo también quería sorprenderme. Me concentré en mirarlo a él, que ahora se acercaba a Hope y la cogía de las manos.

—Prométeme que no los vas a abrir.

—Te lo prometo —dijo Hope.

—Bien.

El Chico Azul nos condujo por la arena muy despacio, hizo que nos detuviéramos para abrir la puertecilla que daba al interior del parque y siguió guiándonos en dirección a los columpios.

—Todavía no los abras. —Le pidió a Hope que se sentara en uno de los columpios, sin soltar su mano, y luego se colocó detrás de ella. Y esperó.

Me esforcé mucho por no mirar, pero los ojos se me escaparon y pude ver a la mimo, justo delante de nosotros, que se ponía los guantes y sacaba algo de su mochila. Aparté la mirada y vi que el Chico Azul se había agarrado a las cadenas del columpio y acercaba los labios al oído de Hope.

—Hoy no necesitarás escuchar —le susurró—. Y Wave tampoco.

Ella se volvió hacia el Chico Azul y los rostros de ambos se quedaron tan cerca que a punto estuvieron de besarse. Descubrí la turbación en los ojos de él, que por un instante —muy breve— la miró a los labios y sé que quiso hacerlo, que casi estuvo a punto de cubrir la distancia que los separaba para besarla. Sé que piensas que debería haber dicho algo, haber intentado pararlo, pero no se puede detener un huracán, de la misma manera que no se puede pedir a la lluvia que cese. Esas cosas solo pueden detenerse cuando son volátiles, cuando no despierta nada más que un sentimiento frágil llevado por la curiosidad. Y yo sabía que había más, mucho más. Me daba miedo, pero también esperanza. Y si algo quería para Hope era que nunca, jamás, le faltara la esperanza. Puede que el chico fuese un entrometido, pero también era una fuente de esperanza para ella. Y contra eso yo no podía, ni quería, luchar.

Sin embargo, contra todo pronóstico, algo le hizo cambiar de idea en el último momento. El Chico Azul se apartó unos centímetros y comprobó que la mimo estaba lista y le hacía señas. La forma en que se aferraba al columpio me demostraba que no me lo había inventado, que le había costado resistirse.

—Cuenta hasta cinco y ábrelos —le dijo a Hope un momento antes de hacer que el columpio se balanceara.

Después, se marchó sin mirar atrás.

Mientras veía cómo el Chico Azul se alejaba, mientras Hope contaba y mientras la mimo pisoteaba el suelo para calmar los nervios, me pregunté qué era lo que lo había detenido. Si fue ella, si fue él o si fue una mezcla de los dos quien puso final a algo que aún no había comenzado.

CAPÍTULO 47

Kafka y la marioneta perdida

Mi regalo era una historia. Una actuación de Raven. El parque era todo su escenario y se notaba que había pasado tiempo en él, ensayando los pasos, aprendiéndose cada uno de los rincones para conocer sus límites y la libertad de la que disponía para moverse. Sus ropas, que esta vez consistían en un traje oscuro y desgastado de pantalón y chaqueta, me recordaban a las de un vagabundo.

Los movimientos y gestos de Raven estaban acompañados por un enorme cuaderno de dibujo anillado en el que había anotado parte de la historia que quería contar. Frases, palabras e incluso dibujos tan torpes que podrían haber pasado por míos. Es difícil explicar cómo lo hizo, cómo desgranó lo que quería contar, los sentimientos allí escondidos, sin necesidad de articular una sola palabra. Hope me abrazaba con fuerza y percibí su estremecimiento como una extensión de mi propio cuerpo. La mimo reía, lloraba e incluso cantaba sin necesidad de hablar. Pero lo más sorprendente de todo es que podíamos escucharla como nunca habíamos escuchado a nadie. Aprendí ese día que hay muchas formas de hablar, de contar una historia, y no hay nada más mágico que cuando se hace con el alma y con todo el ser; no caben ahí las dudas, las mentiras ni los malentendidos.

Era la historia de una marioneta que un día fue olvidada en un parque por una niña. Una niña que, sin saberlo, había dejado de necesitarla. Al principio, la marioneta se sintió frustrada, al borde de la desesperación. Sin embargo, conforme pasaban las horas y el parque se iba quedando desierto, una extraña calma se fue abriendo paso en ella. Y comprendió que había llegado el momento. Con todas las fuerzas que tenía, y con las que le faltaban, consiguió ponerse en pie y tomar sus hilos como muchos otros lo habían hecho por ella anteriormente. Tras lo que le pareció un largo viaje lleno de obstáculos, se hizo con papel y lápiz y escribió una carta que dejó donde

había sido perdida. Y se escondió bien, esperando a que pasara lo que sabía que tendría lugar de un momento a otro. La niña, su fiel compañera, regresó. Lloraba, desesperanzada, cuando encontró la carta. La primera de muchas cartas.

Las lágrimas dieron paso a una sonrisa llena de más lágrimas, pero lo que la marioneta vio en el fondo de los ojos de la niña le hizo comprender que no se equivocaba. Había llegado la hora de partir. Pero primero tendría que despedirse y esas cartas, escritas de su puño y letra, eran su manera de hacerlo.

Dos semanas duró aquella insólita pero bonita correspondencia en la que la marioneta le contaba sus aventuras por el mundo. «He aprendido a manejar mis hilos, pequeña. No debes temer por mí», le dijo en una de sus últimas cartas, animándola a que siguiera sus pasos. En la última de todas no escribió un «adiós», porque una marioneta nunca podría decir «adiós» al que había cargado con su peso, manejado sus hilos, con tanto cariño. Solo cuando la marioneta vio desaparecer a la niña por última vez, salió de su escondrijo y una lágrima se deslizó por su mejilla, tan inesperada, tan pesada y dolorosa, que se quedó allí, impresa para siempre.

Sentí en ese momento que me inundaba un desasosiego inmenso en el corazón, porque hablaba de mí. No pienses que era una historia triste. De serlo, no estaría aquí ahora. La marioneta encontró un nuevo hogar, al lado de otra niña que, para no separarse de ella, la llevaba siempre atada a su cintura.

Raven me había regalado algo más que una historia; me había regalado un pasado. Ciertamente es que no se parecía en nada a ninguno de mis pasados reales, pero lo agradecí. ¿Importaba acaso que fuera inventado? Hope tenía razón. Todas las historias, todas, tienen algo de verdad. Y ese día, el día de mi *no cumpleaños*, aquella historia se me quedó grabada a fuego en el corazón. Era mía. Y ya nadie me la quitaría.

Cuando la mimo terminó su relato, Hope aplaudió con lágrimas en los ojos.

—Es como la historia de Kafka y la niña que perdió la muñeca —le dijo.

Raven asintió, inclinándose en una reverencia para dar las gracias. Recordé entonces la historia del escritor que Joseph nos había contado antes de mudarnos al teatro y comprendí que la joven se había basado en ella para contar la mía. Pero no me importó.

—Ojalá alguien hubiera encontrado esas cartas —añadió Raven, que no

tardó en darse cuenta de su despiste al ver que Hope no la había escuchado.

Guardó el cuaderno y se sentó en el columpio libre.

—Gracias, de parte de los dos —le dijo Hope, apretándome contra ella.

—Feliz *no cumpleaños*, Wave —me dijo Raven.

—Gracias —le respondí, no sin cierta timidez. Me gustaba esa chica.

A continuación, se digirió a Hope y le hizo un par de señas a su espalda. Hope se volvió, pero no vio a nadie. La mimo se rascó la cabeza y puso cara de estar pensando a toda velocidad. Los ojos le brillaron cuando cogió el cuaderno que había usado para su representación y un rotulador azul con el que escribió:

«Le importas». Señaló el lugar por donde el Chico Azul había desaparecido.

—¿Hablas del Chico Azul? —preguntó Hope. La mimo asintió—. Antes no me creía.

Raven abrió las manos e hizo un gesto con los hombros para expresar que eso daba igual.

«Yo tampoco», escribió.

Mientras pasaba la página del cuaderno para escribir me di cuenta de que la voz de Raven sí que era azul.

«Lo importante no es que te crea o no, lo que importa es que quiera hacerlo».

—¿De verdad crees que le importo? —La voz de Hope era apenas un susurro.

La mimo asintió con una sonrisa.

«Por eso estoy aquí», escribió. Cuando vio que Hope se quedaba mirando la frase sin decir nada, añadió: «¿Y a ti?».

Las mejillas de Hope se encendieron.

—Estoy tan acostumbrada a estar sola con Wave que a veces no sé qué decir ni qué hacer cuando estoy con él. Siento que en cualquier momento puede desaparecer. —Miró a Raven—. Y no me parecería raro. Es más, creo que estoy esperando a que lo haga —confesó.

A pesar de la pintura, de la falsa sonrisa de labios rojos de la mimo, pude ver la angustia al escuchar las palabras de Hope. Y me gustó más, porque no era lástima sino un sentimiento sincero, desinteresado, de ayudarla.

«¿Quieres que desaparezca?», le escribió la pregunta aunque todos sabíamos la respuesta.

Hope meneó la cabeza. Raven la cogió de la mano y le dio un apretón.

—Entonces díselo —le dijo en voz alta. Y Hope no necesitó que se lo escribiera, lo leyó en sus labios.

CAPÍTULO 48

Matrioska

—Jaque mate —anunció Joseph horas más tarde.

—Pero bueno, ¡no me ha dejado llegar al otro lado! —se quejó Marianne, que miraba el tablero con impotencia.

—Pensaba que sabías jugar al ajedrez.

—Claro que sé.

—No solo es llegar al otro lado.

—¿Y qué es?

—Estrategia, concentración —explicó Joseph con el mismo tono paciente que usaba con Hope cuando era una niña.

—Estoy concentrada —aseguró Marianne.

Hope disimuló una sonrisa. Había terminado de retirar los platos de la cena, mientras Marianne y Joseph jugaban una partida de ajedrez en medio del escenario del teatro, que había terminado tan rápido como había empezado.

Yo lo observaba todo desde la silla diminuta que Joseph había hecho para Hope cuando todavía era una niña, y que estaba colocada entre los dos.

—Estrategia —repitió él.

—Sé jugar al ajedrez. Mi padre me enseñó —aseguró con orgullo.

En ese momento Joseph ya había perdido la poca paciencia que le quedaba. Colocó las fichas dentro de su caja mientras asentía sin escuchar ni uno solo de los reproches que le hacía Marianne. Miré a Hope y supe que estaba pensando lo mismo que yo. Los humanos tenían la suerte, y la desgracia, de poder elegir cuándo escuchar y cuándo no. Hope era la única que no la tenía.

Frustrada, Marianne clavó los ojos en las últimas butacas del fondo y respiró hondo, como si tuviera que concentrarse para no hacer volar el tablero por toda la sala. La oíamos susurrar palabras que no llegaban a nuestros oídos. Hope dio unos pasos hacia ella y estiró la mano para tocarla, pero algo

la detuvo a medio camino; un presentimiento de que todo se desmoronaría si se producía ese contacto.

Cuando Marianne se calmó, sacó de su bolso varias entradas y me las puso en el regazo.

—Son para mañana —le dijo a Hope—. Hay una para tu Chico Azul, así no tendrás que darme plantón. —Le guiñó un ojo.

Hope cogió las entradas.

—También hay una para usted —le explicó Marianne a Joseph. El tono de su voz dejó claro que seguía resentida con él.

—Gracias, pero jamás le sería infiel a Serendipity.

Marianne se encogió de hombros.

—¿Vendrás? —le preguntó a Hope.

—Sí —prometió ella.

Marianne comprobó la hora en el reloj y enseguida se levantó.

—Tengo que irme ya. Estará fuera.

—¿Te refieres a...? —Hope no terminó la frase, vio la respuesta en el gesto esquivo de su amiga—. Te acompaño.

—Cierro la sala —les informó Joseph, entregándome a Hope—, llévate a Wave.

Hope me envolvió con un brazo y acompañamos a Marianne hasta la puerta. La miraba de soslayo, intentando adivinar qué era lo que estaba cambiando en ella.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Claro —contestó Marianne.

Pero todos sabíamos que no era cierto. Marianne no era la misma que habíamos conocido. En realidad, nunca había sido la misma. Era como si estuviera hecha de cientos de *Mariannes* y cada día se mostrara con un disfraz diferente. Recordé que el mago con el que había vivido antes tenía una de esas muñecas rusas horribles que escondían muchas otras en su interior y no pude evitar comparar a Marianne con ella.

—Te he echado de menos —le confesó Hope.

Últimamente, la amistad que compartían se había vuelto endeble, inestable, como la propia Marianne. Comprendí entonces que Marianne tenía mucho que ver con el hecho de que Hope pensara que el Chico Azul también iba a desaparecer de su vida tarde o temprano. Como su hermano, como sus padres. Era lo que estaba haciendo Marianne, desapareciendo tan despacio,

tan de puntillas, que apenas se advertía.

La expresión ausente de Marianne mutó como si se hubiese desecho de una de esas muñecas que la cubrían. Su rostro se endulzó cuando la rodeó con los brazos y la estrechó contra su cuerpo, que los dos sentimos frágil y quebradizo.

—No me he ido a ninguna parte. —Se apartó para darle un beso en la frente.

Una sombra al otro lado de la puerta nos anunció que alguien nos observaba desde el exterior. Estaba oscuro, salvo por la escasa iluminación de la farola, pero gracias a ella pudimos advertir la figura masculina, imponente por su presencia y su traje impecable, que esperaba de espaldas.

—Da un poco de miedo —bromeó Hope.

Marianne sonrió.

—Es un pirata —le advirtió con una sonrisa. Acarició su mejilla y le dio un beso—. Sigo aquí —le dijo antes de marcharse.

Y Hope no pudo hacer más que mirar hacia la puerta y verlos marchar. Él, un pirata tan solemne y seguro de sí mismo, podría causar pavor. Pero era Marianne, y solo ella, la que llevaba el timón de su barco.

—Por ahora —susurró Hope a la noche, deseando que su amiga estuviera bien.

CAPÍTULO 49

Solo una vez

Nada se repite. Ningún cumpleaños —mucho menos un *no cumpleaños*— es el mismo dos veces. Un suspiro nunca suena igual, el dolor nunca se siente de la misma manera.

Con todo, a veces tienes la sensación de estar viviendo un momento por segunda vez. Esa misma noche, pese a que nada tenía que ver con las anteriores, sentí que estábamos ahí, Hope y yo, como otras muchas veces, rogando silenciosamente al cielo. Tal vez fue Marianne y el pesimismo que nos embargó con su marcha. O tal vez no. Pero faltaba algo, mi *no cumpleaños* se acababa y sentía que faltaba algo. Me di cuenta de lo que era cuando miré a Hope, que me tenía abrazado para que yo también pudiera ver el cielo. Me faltaba su sonrisa, ver la esperanza reflejada en su rostro.

Quise decirle que no estuviera triste, darle un abrazo, prometerle que todo iría bien y escribirle tantas cartas como había escrito Kafka a la niña para ayudarla a comprender que la soledad pesaba menos cuando se afrontaba en compañía y que jamás volvería a estar sola. Mas no le dije nada; a veces las palabras no bastan, a veces solo el silencio es capaz de llegar donde nada más lo hace. Eso era algo que también había querido decirle desde el momento en que la conocí.

Suspiré. Aunque no me creas, aunque te parezca absurdo, mis silencios nunca eran los mismos.

Y aquella noche, mi silencio, que decía tanto, fue roto por un silbido.

Hope bajó la mirada, sorprendida.

—¿Vas a bajar o te vas a quedar admirándome desde la ventana como Julieta? —preguntó el Chico Azul con una sonrisa socarrona.

Era evidente que no se esperaba para nada la visita, pues en lugar de protestar Hope se apartó de la ventana y bajó al piso inferior, que estaba a oscuras. Con cuidado de no despertar a Joseph, buscó las llaves y abrió la

puerta del teatro.

—Entra. —Le hizo una señal con una mano.

Él dudó, miró hacia los lados y luego le devolvió el gesto.

—Ven tú.

—No te vamos a comer.

—Eso no puedo saberlo —contestó con una media sonrisa.

Hope puso los ojos en blanco y salió a la calle, con su pijama de gatitos. El Chico Azul arqueó las cejas al contemplar su atuendo.

—Vaya, qué sexi.

—¿Qué quieres? —preguntó ella, irritada.

Él compuso una expresión seria, casi indiferente, aunque su rostro dejaba claro que trataba de contener la risa.

—Me olvidé de algo. —Se inclinó hacia mí y me puso un collar con una piedra rosa que no me pegaba para nada—. Felicidades, Wave.

—Gracias, pero ¿una piedra rosa? Por favor —me quejé.

—Trae buena suerte —me informó.

—Me da igual.

—Mi tía las deja por toda la casa. Le van esas cosas. Ya sabes... —Ahora se le veía incómodo, así que no volví a protestar. Me había regalado una historia aquel día y no soy un desagradecido.

—¿Solo has venido para eso? —preguntó Hope.

—Sí, bueno. Yo... —Se pasó una mano por el pelo, todavía más incómodo—. Creo que debería irme.

—Acabas de llegar.

—Lo siento, no tendría que haber venido.

Me habría gustado taparme la cara con ambas manos. A veces no entendía por qué a los humanos les gustaba dar tantas vueltas. Hacen que la verdad parezca un imposible, casi una carrera de fondo.

—¿Por qué? —Hope trató de ayudarlo para que se sincerara, pero no era fácil. Tampoco lo era para ella.

—Da igual, ¿vale? —El Chico Azul se dio la vuelta para marcharse—. Mañana te recojo a la hora de siempre.

—¡Espera! —se apresuró a decir Hope—. Tú también me importas.

El Chico Azul se detuvo en seco. Cuando se dio la vuelta, vi alivio en su rostro y algo que me niego a decir porque no me corresponde a mí hacerlo. Ahora era Hope la que me preocupaba.

—Lo de Raven hoy... —balbució ella—. Gracias.

—Era un regalo para Wave —le recordó él, acercándose de nuevo a nosotros.

—Ya. —Hope esbozó una sonrisa tímida.

—Me equivoqué contigo, Dilly. —Ella lo miró sin comprender—. Te dije que no sabía lo que tenías que me daba fuerzas. Sí que lo sé. —Estiró el brazo para acariciar su mejilla con los nudillos. Hope tragó saliva—. Esperanza —aclaró con dulzura—. Sé que crees que tienes que arreglar algo en ti, pero no es así. El mundo está roto, está lleno de cosas que necesitan arreglarse. Pero tú —abarcó su rostro con las dos manos— eres lo menos roto que he conocido nunca. Y mientras conserves la esperanza, mientras creas en ella, habrá tiempo para buscar lo demás.

—¿Buscar el qué? —susurró Hope.

—Lo que crees que te falta.

Hope me apretó contra su cuerpo y agarró una de las manos del Chico Azul.

—¿No vas a marcharte?

Él sacó su móvil del bolsillo para mirar la hora.

—Debería irme, sí —dijo, devolviéndolo a su sitio.

—Me refiero a desaparecer.

—¿Tengo pinta de fantasma? —bromeó él—. ¿Por qué tendría que desaparecer?

—Pues porque todos lo hacen.

—Yo no soy todos. —El Chico Azul acercó el rostro todavía más para pegar su frente a la de ella—. ¿Puedo? —le preguntó.

—¿Qué? —Hope alzó la vista—. ¿Besarme? —Nada más preguntarlo, se puso roja.

—Hope, puedes subirme y encerrarme en el armario —propuse yo. De verdad que no quería ver esas cosas.

El Chico Azul se echó a reír.

—Cuando vaya a besarte lo sabrás —le aseguró, haciendo que se pusiera todavía más roja.

Lo que hizo a continuación me dejó descolocado. A mí y a Hope. Con un gesto rápido, pasé del brazo de Hope a las manos del Chico Azul.

—Hoy me llevo a Wave. Debe ser un rollo estar siempre con una chica.

—¡No puedes hacer eso! —protestó ella.

—¡Por encima de mi madera! —grité.

—Así tendré un motivo para volver mañana. —El Chico Azul le guiñó un ojo.

Hope intentó forcejear con él, pero no hubo manera.

—Mañana tenemos que ir a ver a Marianne. Tengo entradas, no podemos faltar. —Hope no me quitaba la vista de encima—. También tengo para ti, si quieres.

—¿A qué hora? —preguntó el Chico Azul.

—A las ocho.

—Mañana a las ocho. Has oído, ¿Wave? Tenemos todo un día de chicos.

Y sin escuchar ni una sola de nuestras protestas, el Chico Azul me llevó con él.

No pude hacer nada para evitarlo.

CAPÍTULO 50

La patria de una marioneta

Estuve pensando durante todo el camino qué era aquello que estaba sintiendo. Primero, mientras veía cómo Hope se hacía pequeña conforme nos alejábamos; después, cuando empezó a hacerse grande en mis recuerdos.

No me cabía duda de que volvería a verla. Mis encantos eran numerosos, pero no creía que alguien hiciera todo ese teatro con el propósito de acabar raptándome.

Me faltaba una palabra para capturar el sentimiento que me embargaba. El problema es que no era capaz de encontrarla; al menos, no la adecuada.

Cuando cogimos el autobús, el Chico Azul tuvo la amabilidad de sentarme en el asiento de al lado. Intentó ponerme derecho pero yo no estaba por la labor, así que terminó por dejarme ladeado sobre aquel asiento que dadas mis dimensiones se me antojaba inmenso. Siempre fui un rebelde.

—Así que Wave, ¿eh? —murmuró el Chico Azul y supuse que lo decía por decir algo.

—No es el mejor nombre del mundo, pero es mío.

—Es curiosa tu amiga. —Me examinó detenidamente.

Yo también lo examiné a él. Había dicho «amiga», no dueña ni propietaria ni nada que expresara posesión. Los humanos están obsesionados con poseer cosas y no suelen darse cuenta de que las cosas importantes no pueden ser poseídas. Hope y yo éramos amigos, iguales. Esa palabra sí que la tenía clara: amor. Y parecía que el Chico Azul lo entendía.

—Muy curiosa —añadió, apoyándose contra la ventana del autobús.

—Hope es extraordinaria —lo corregí.

Varias paradas después ambos estábamos sumidos en nuestros propios pensamientos cuando escuchamos una voz conocida que se acercaba.

—Vaya mierda de día.

El Chico Azul ni se inmutó.

—¿Qué haces tú con eso? —preguntó Diggs. Se agachó para inspeccionarme y un momento después me levantó del sitio para sentarse él.

¿Se conocían? Cada vez que el Chico Azul empezaba a molestarme un poco menos sucedía algo que hacía que me arrepintiera de inmediato.

—Lo he secuestrado —respondió él, arrancándome de las manos del mago.

—Supongo que pedirás un buen rescate.

—Supones mal.

—Yo pediría uno muy bueno. —El mago elevó las cejas repetidamente y soltó una risotada.

—Cállate, Diggs.

—Últimamente pasas de nosotros por estar con ella.

—Lo dice el que le envía notitas como si estuviera en primaria.

—Cada uno tiene sus métodos. Tú te conviertes en su guardaespaldas y le robas el muñeco y yo le regalo palabras y lo más importante.

—A ver, sorpréndeme.

—Mi encanto natural.

El Chico Azul se echó a reír.

—Como te acerques a ella te corto las manos —lo dijo con la risa todavía prendida en sus labios, consiguiendo que su amenaza diera más miedo todavía.

—Ya me quedó claro la primera vez.

—Por si acaso. —La sonrisa del Chico Azul se había esfumado del todo cuando volvió a mirar a través del cristal.

Me estaba preguntando si el Chico Azul quería poseer a Hope, que fuera suya, y si de verdad pensaba que tal cosa era posible, cuando di con la palabra que había estado buscando. Nostalgia. Sentía nostalgia de Hope, que se había convertido en la única patria que conocía. En mi hogar. En ese lugar al que siempre piensas en regresar.

CAPÍTULO 51

Hedgehog

El Chico Azul vivía en una zona residencial donde las casas se parecían entre sí. Su casa era una casa de verdad y me sentí un poco extraño. Hacía años que no entraba en una casa de verdad. Ya sabes, con su garaje, su jardín delantero y trasero bien cuidados, sus duendes en la entrada, el olor a madera de la chimenea... Pero sobre todo, la vida que se respiraba dentro de aquella bonita construcción de dos plantas. Justo lo que le faltaba a la antigua casa de Hope.

Me alegré de que no la hubiera secuestrado a ella también para que no pudiera ver lo que le había faltado.

Nada más llegar me subió a su habitación. Para mi sorpresa, la estancia estaba ordenada. Pulcramente ordenada, a decir verdad. Me pregunté si era un obseso del orden, porque ni un solo calcetín estaba fuera de su sitio. Tenía varios estantes llenos de cedés, discos de vinilo y aparatos que supuse que servirían para poner toda esa música. Recé para que no le diera por dejarme sordo.

Solo dos cosas llamaron mi atención. La primera fue un póster colgado sobre la cama que me puso los pelos de punta. Era de una chica —¿o un chico? No estoy seguro— con la cara blanca y ropas oscuras y tétricas, sentada o sentado en una especie de trono con las piernas abiertas y los ojos inyectados en sangre. La segunda fue un retrato en la mesita de noche de un niño sentado sobre una guitarra. A su lado había un joven de ojos grises que lo sujetaba por la cintura para evitar que se cayera. Cierto es que el Chico Azul había cambiado mucho desde entonces, pero su cara era inconfundible.

—No os he presentado formalmente —dijo el Chico Azul, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos. Había sacado de la funda la guitarra y la colocó apoyada en el colchón—. Hedgehog, este es Wave. Wave, esta es Hedgehog. Probablemente tengáis mucho de qué hablar. Provenís del mismo lugar —expuso antes de dejarme encima de la cama, con la espalda apoyada en la

almohada, a solas con la guitarra.

Le había puesto nombre a una guitarra y no solo eso sino que, además, pretendía que yo hablase con ella. Se había vuelto loco. Me quedé mirando a la guitarra con suficiencia; mi madera era infinitamente mejor que la suya.

—Hola —la saludé, solo por si acaso. No me gustaba ser maleducado y el hecho de no conocer a ninguna guitarra parlante no significaba que no existieran. Mejor prevenir que curar.

En cualquier caso, esperaba que la noche pasara pronto para poder regresar con Hope. Mi cordura corría peligro junto a ese chico.

Ya era tarde cuando él regresó a la habitación. Se sentó en la cama y cogió la guitarra. Tocó muy despacio, esta vez sin palabras ni canciones ni medias sonrisas. Solo él y su guitarra, el rasgar de las cuerdas y la melodía que emanaba de ellas. El Chico Azul estaba en calma, como si la música lo guiara hacia un lugar donde solo ellos tuvieran acceso.

Entonces me di cuenta. Hedgehog sí que hablaba. Tenía vida propia y, por la expresión del Chico Azul, supe que Hedgehog era su Hope. Su patria. Lo más curioso es que, en su caso, no conseguí averiguar quién manejaba los hilos y quién era la marioneta.

Me habría gustado poder hablar con Hedgehog, que me contase qué encerraba aquel extraño chico, qué había detrás de todas sus palabras, qué había en el lugar más remoto de su interior.

Claro que eso no sucedería nunca. Su idioma era diferente; no había palabras o preguntas y mucho menos respuestas. Solo melodías que conseguían acelerarte el pulso o que te hacían llorar. Supongo que aquel extraño idioma no era otro que el de los sentimientos.

CAPÍTULO 52

Niños de pesadilla

Hope me dijo una vez que las pesadillas más terribles eran aquellas en las que, aun sabiendo que lo eran, te encontrabas perdido en los confines del sueño, luchando por despertar, y no eras capaz de hacerlo.

En el momento en el que me vi rodeado por dos niños que inspeccionaban mi cuerpo y mi ropa como si nunca antes hubieran visto a una marioneta, me vino a la mente la voz aterrada de la pequeña Hope después de haber vivido la peor de las pesadillas. Sentí que por fin comprendía a qué se refería porque me estaba pasando lo mismo.

Grité con todas mis fuerzas, llamé a Hope, al Chico Azul e incluso le imploré a Hedgehog que me salvara, que apartara con su melodía a aquellos niños de mi lado. Pero no sucedió nada.

Hice lo posible por pensar en otra cosa. En Hope, en su rostro sonriendo, en su voz soñadora, y eso me ayudó a calmarme.

—Creo que la ropa de Mary Poppins podría servirle —comentó la niña. Me pasó una mano por el pelo para dejar al descubierto mi rostro. Tenía los ojos azules y el pelo rubio y me recordó a una de las muñecas de porcelana que coleccionaba la madre de Hope.

Me entró el pánico. ¿Mary Poppins? Pensé que había escuchado mal.

—Es un chico, ¿no lo ves? —le dijo el niño. Él también era rubio, pero sus ojos eran grises y le sacaba una cabeza a la niña.

—Podría ser una chica.

—Claro que no podría, niña —repliqué, indignado.

—Me temo que eso no le gustaría nada —aseguró el Chico Azul, entrando en la habitación y haciendo que un alivio se extendiera por toda mi madera.

—Te prohíbo que vuelvas a dejarme solo —balbucí como un bebé asustado—. Quieren matarme.

—Se le va a caer el botón —dijo la niña y tiró un poco más de mi botón.

—¡Déjalo quieto! —gruñí.

—¿Qué os he dicho de entrar a mi habitación cuando no estoy? —El Chico Azul se sentó a mi lado y me sostuvo para colocarme sobre una de sus piernas.

Me sentí un poco mejor ahora que estaba él. Más le valía mantenerme a salvo o de lo contrario tendría que vérselas con Hope.

—Lo siento —se disculparon los dos casi al unísono.

El Chico Azul suspiró.

—Os presento a Wave. —Me levantó para que quedara a la altura de los niños—. Wave, este es mi primo Jamie. —El niño me saludó con una mueca que me pareció de muy mala educación—. Y ella es Hannah.

La niña se acercó y me dio un beso húmedo en la mejilla. Suspiré. Pensaba que no tendría que volver a pasar por eso.

—Encantada, Wave. —Miró a su primo—. ¿Es tuya?

—Que es un chico, tonta. —Su hermano le dio un empujón.

—Eh, no te pases —lo regañó el Chico Azul, en un tono que hizo que el niño agachara la cabeza.

Hannah le sacó la lengua a su hermano, aunque desvió la vista hacia mí cuando vio que el gesto no le hizo ninguna gracia a su primo.

—Es el mejor amigo de mi amiga... —El Chico Azul se quedó pensativo—. Dilly.

—¿Dilly? —Jamie hizo una mueca.

—¿Como la canción que nos canta mamá? —preguntó Hannah.

El Chico Azul quiso esconder la sonrisa que se formó en sus labios.

—Sí, ese es su nombre.

A la niña le entró un ataque de risa. Me iban a estallar los oídos. Su hermano, en cambio, compuso una mueca todavía más grotesca que la anterior.

—¿Y por qué lo tienes tú?

—Lo he secuestrado —contestó el Chico Azul. Hannah dejó de reír como si alguien le hubiese dado al botón de apagado. Abrió los ojos de par en par y luego se cruzó de brazos a modo de reproche—. No me mires así, tengo un buen motivo.

—¿Cuál?

—Wave es... especial.

—Solo es un muñeco —murmuró Jamie. Se había cruzado de brazos y me

miraba con aburrimiento.

—Mocosito insolente, no tengo nada de muñeco.

—Es más que eso. ¿Puedo contaros un secreto? —El Chico Azul bajó el tono de voz para hacerse el interesante. De haber podido, habría puesto los ojos en blanco. Los niños asintieron, Hannah con mucho más énfasis que su hermano—. No podéis decírselo a nadie —insistió él.

—Te lo prometemos, ¿verdad, Jamie?

El niño asintió con la cabeza sin dejar de mirarnos.

—Mi amiga Dilly —empezó el Chico Azul, pero la mención del nombre hizo que la niña volviera a reírse, de modo que se detuvo con un gesto severo. Hannah se tapó la boca con las manos.

—Perdón, ya paro.

—Mi amiga no escucha palabras —confesó él.

—¿Es sorda? —preguntó Jamie.

—¿Por qué todos preguntáis lo mismo? —refunfuñé.

—No, no es sorda. Pero no puede escuchar palabras.

—¿Ninguna? —Hannah lo miraba asombrada.

—Te lo estás inventando —masculló el niño.

—Estoy hablando en serio —aseguró el Chico Azul con tanta firmeza que ninguno de los niños volvió a dudar.

—¿Y si le hablo no me escucha? —preguntó Hannah.

—Probablemente no. Escucha a muy pocas personas.

—¿A ti te escucha? —se interesó ella.

—Sí.

—¿Y por qué? —siguió preguntando la niña.

—No lo sé. —El Chico Azul se encogió de hombros—. Pero Wave sí que lo sabe. Por eso lo he traído, para que me lo cuente.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco? —grité.

—Es un muñeco —dijo Jamie.

—Otra vez con lo mismo...

—Mi amiga puede escuchar a Wave —confesó el Chico Azul.

—Eso es imposible. —Jamie soltó una risotada insolente. Era tan irritante como su primo.

—¿Por qué? No hay nada imposible, ¿verdad que no? —En los ojos de Hannah descubrí que me había transformado. Ya no era una marioneta ni un muñeco, era un ser venido de las profundidades de su imaginación—. ¿Los

has visto hablar?

El Chico Azul asintió.

—Todo el tiempo. Solo que yo no puedo escuchar a Wave.

—Nadie puede hacerlo, es un muñeco —repitió el niño, cansado.

—Es porque es mágico —dijo Hannah.

—O tímido —añadió el Chico Azul.

—O porque no prestáis atención —añadió una voz desde la puerta.

CAPÍTULO 53

Via

—Veo que en esta casa la intimidad ha muerto —protestó el Chico Azul al ver a la recién llegada.

—Mamá, mira qué bonita —dijo Hannah. Su hermano resopló al oírla, pero esta vez no hizo ningún comentario—. Se llama Wave.

La mujer se acercó. Llevaba un vestido turquesa vaporoso, tenía el pelo más largo que había visto nunca y los ojos igual de grises que los del niño. Me cayó bien nada más verla. Había algo en ella, en su forma de mirarte y moverse, que te hacía querer estar cerca.

Se puso de rodillas delante de mí para saludarme.

—Hola, Wave. Yo soy Via.

—Hola, Via —le contesté. Comprobé que a pesar de que su pelo y sus ojos eran diferentes, compartía con su hija los rasgos afilados y una nariz pequeña pero respingona.

Lo que más me intrigó de ella fue que no me miraba como alguien miraría a una marioneta sino como algo más. Me vi ante ella como un acertijo.

—Vaya, Wave. Se te va a caer el botón. —Me acarició el rostro con dulzura—. Eres muy guapo.

Me ruboricé.

—Gracias, tú también eres muy guapa.

Me sentía extraño, fuera de lugar. No estaba acostumbrado a que me prestaran semejante atención, y mucho menos a que se dirigieran a mí. Tenía cuatro pares de ojos, cuatro, inspeccionándome. Me sentía desnudo y, por un momento, la idea de ser Mary Poppins no me pareció demasiado descabellada. De ser ella, abriría mi paraguas y echaría a volar, lejos de allí. Surcaría los cielos hasta alcanzar a Hope y no dejaría que nadie nos volviera a separar.

Via debió de leerme el pensamiento porque me puso una mano sobre la

pierna y le dedicó una mirada significativa a su sobrino. Luego se dirigió a sus hijos.

—Niños, los abuelos os están esperando para cenar.

—Pero Wave... —empezó a protestar Hannah.

—Cuando terminéis, pedidle a la abuela la caja de costura y arreglaremos el botón, ¿vale? —El tono de su madre no admitía réplicas.

Cabizbaja, la niña asintió y se marchó tras su hermano, que ya había salido corriendo.

Una vez solos, Via se sentó en la cama junto al Chico Azul y me colocó sobre su regazo.

—Así que tu amiga no escucha palabras.

Él dejó escapar un largo suspiro. Se levantó, se llevó una mano al pelo y comenzó a dar vueltas de un lado a otro por la habitación. Verlo hacía que sintiera una sensación de mareo, como cuando me zarandeaban y la cabeza me daba vueltas.

—No les estaba contando ningún cuento, es la verdad.

—Para. ¿Puedes sentarte? No he dicho que no te crea.

El Chico Azul se detuvo y tomó asiento a su lado, apoyando los codos en las rodillas.

—Es igual. Yo tampoco la creía, pero es verdad, ¿vale? No escucha. No sé por qué pero no escucha.

—Pero a ti sí te escucha.

—Me contó que escuchaba a tres personas.

—Y tú eres una de esas personas.

—Pues sí, pero no es que me sienta especial por eso. —La mirada de su tía se endureció—. Es una mierda, ¿vale? No sé qué hacer. A veces pienso que si no la escuchara podría hacer algo, porque tendría el obstáculo y podría enfrentarme a él. Pero así..., me siento impotente. No sé a qué tengo que enfrentarme, no sé dónde está el problema.

—¿Desde cuándo le pasa?

—No lo sé, era una niña.

—¿Y sus padres?

—La abandonaron, creo. A ellos tampoco los escuchaba.

Via se quedó en silencio mientras jugueteaba con el botón deshecho de mi chaleco.

—A lo mejor no tienes que enfrentarte a nada —dijo al final. El Chico

Azul levantó la vista—. No la conozco pero por lo que me cuentas no tiene pinta de ser una chica que necesite ser salvada por nadie.

—No quiero salvarla —aseguró él con un deje de indignación—, solo quiero ayudarla. Pero no sé cómo hacerlo.

—¿Por eso lo has traído? —Volví a sentirme observado y esta vez fue mucho peor porque distinguí un reproche que no había podido ver hasta entonces en los ojos del Chico Azul.

—¡Yo no tengo la culpa! —me defendí.

—Creo que Wave es la excusa. Mientras lo tenga a él no necesita nada más. Ella cree que se está esforzando, pero algo me dice que por mucho que lo intente no hay nada que se pueda hacer porque en el fondo cree que no necesita a nadie. Cree que está bien así. —En los labios de Via se formó una sonrisa. El Chico Azul puso mala cara—. Si la conocieras no te haría gracia.

—No me hace gracia —repuso ella—. Sonríe porque nunca te había visto tomarte algo tan en serio. Debe de ser una chica muy especial.

Él se levantó otra vez. Se acercó a la ventana y apoyó las manos en el alféizar.

—Déjalo. Voy a darme una ducha y a vestirme. He quedado esta noche. —Era una clara invitación a que se marchara de su habitación, pero su tía no se movió del sitio.

—A lo mejor te equivocas. A lo mejor Wave solo es el pilar que la sostiene, su refuerzo. —El Chico Azul la miró de soslayo—. No te has parado a pensar en lo más importante. Que sin Wave, todo podría desmoronarse. Sin él, tu amiga podría caerse.

Y esa afirmación me dejó más desnudo de lo que creía estar. Las palabras de Via me golpearon en el pecho, justo en el lugar donde debía estar mi corazón, como solo una verdad podía doler en el corazón de un humano.

CAPÍTULO 54

La vida es sueño

—Siento haberte secuestrado, solo quería ayudar —se disculpó el Chico Azul mientras nos dirigíamos al teatro en el que actuaba Marianne—. ¿Crees que Hope estará muy enfadada?

—Muchísimo. Pero te perdono.

Cuando llegamos la gente ya estaba entrando, de modo que no fue difícil distinguir a Hope entre los pocos que esperaban frente a la puerta. Llevaba un precioso vestido azul que le había visto puesto en otra ocasión a Marianne y aunque en ella parecía elegante, en Hope era totalmente distinto. Salvaje, quizá. Creo que los dos pensamos lo mismo mientras se acercaba: si el mar fuera una persona, sería ella.

Hope se abalanzó hacia nosotros como una tormenta y me arrancó de las manos del Chico Azul.

—¡No vuelvas a hacerlo! —gritó a la vez que me abrazaba.

El Chico Azul se ajustó la chaqueta. El silencio fue su respuesta.

—¡Eres un idiota! —le espetó ella antes de dirigirse al interior del teatro.

Con las prisas, apenas había podido fijarme en el teatro, pero el interior poco tenía que ver con el viejo cascarón en el que vivíamos. Nuestro hogar podría caber en la entrada de aquel inmenso teatro. De ser cuentos, Serendipity sería la balsa en la que Tom Sawyer y sus amigos navegaban como piratas, y el teatro de Marianne sería la isla de Nunca Jamás, con el barco de Garfio incluido. Era una construcción amplia, antigua, pero había algo que la hacía majestuosa. Los aplausos allí contenidos podían oírse a cada paso que dábamos, estampados en las paredes y en los espacios interiores, ocultos en los revestimientos de madera, en los palcos y en cada una de las butacas.

Hope tomó asiento y ni siquiera se dignó a mirar al Chico Azul cuando este se sentó a nuestro lado.

—Se le pasará —le susurré.

La obra comenzó con Marianne en el papel de Rosaura, vestida de hombre, que hablaba con un hombre de verdad mientras se dirigían a un edificio. Incluso con las ropas masculinas que ocultaban su figura estaba preciosa. En cuanto se acercaron a la puerta, ella y el otro hombre oyeron un ruido de cadenas. En ese momento Segismundo, desde el interior, comenzó el primer monólogo acerca de sus pecados. Y cuando comprendió que no estaba solo, que alguien había escuchado sus palabras, intentó matar a Rosaura. Al final, para alegría de Hope que podría seguir escuchando, le perdonó la vida.

Cada vez que Marianne hablaba convertida en Rosaura, a Hope se le iluminaban los ojos. Estaba ansiosa por escucharla, por poder entender la historia. Me entristeció que no pudiera escuchar más que las palabras de Rosaura, que no fuera capaz de vivir la maravillosa historia que allí se representaba. Durante el segundo acto, el Chico Azul debió de pensar lo mismo, pues se acercó a ella para susurrarle al oído lo que Segismundo estaba diciendo.

¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

Cuando terminó todos aplaudieron menos Hope, que no se movió del sitio. Permaneció muy quieta, casi paralizada. El Chico Azul dejó de aplaudir en cuanto se percató de su estado.

—¿Estás bien? No volveré a hacerlo. Wave está bien, mi tía incluso le ha cosido el botón del chaleco.

Hope meneó la cabeza y salió del teatro sin mirar atrás. El Chico Azul nos siguió, y corrió tras nosotros en cuanto Hope empezó una carrera sin freno.

—Dilly. —Hizo que se detuviera sosteniéndola por un brazo.

—¡Ni siquiera me llamo así! —Hope se soltó como si el contacto le quemara—. Tú no me conoces de nada, no sabes nada de mí. Y te llevas de mi lado, como si nada, a lo único que nunca me ha abandonado. ¿No lo entiendes? —gritó, fuera de sí—. No he podido dormir en toda la noche. Wave es lo más parecido a un hermano que me queda y te lo has llevado. No

sabes nada de mi vida. Solo me has escuchado contar historias que en realidad nunca han pasado y que no le importan a nadie. —Gruesas lágrimas resbalaron por su rostro. El Chico Azul la miraba con gesto serio—. No sabes nada.

—Cuéntamelo —le pidió él en un susurro.

—¿Qué quieres que te cuente? ¿Que la vida es una mierda? ¿Quieres que te diga que cada vez que sonrío, oigo un ruido en mi cabeza que me dice que no está bien? ¿Quieres que te diga que odio a mi hermano, que odio a mis padres? ¡Os odio a todos! —El Chico Azul se adelantó unos pasos y Hope reaccionó golpeándole en el pecho con los puños. Al principio no hizo nada, dejó que ella se descargara contra él. Después, sostuvo los brazos de Hope hasta que consiguió abrazarla.

La abrazó tan fuerte que pensé que iba a romperme, pero en lugar de quejarme deseé que lo hiciera todavía más fuerte, que la abrazara como nadie había abrazado nunca a otro nadie y que todas sus partes rotas se unieran de nuevo en ese abrazo.

—Lo siento —susurró el Chico Azul contra su pelo.

Hope moqueaba y lloraba mientras hacía un esfuerzo sobrehumano por respirar. Parecía como si fuera a ahogarse en sus propias lágrimas. Fue en ese momento cuando oímos la canción. El Chico Azul cantaba muy bajito *Lavender's Blue* y cuando quise darme cuenta estábamos bailando. Bailábamos *Lavender's Blue* en medio de la calle, abrazados, con los sollozos de Hope como melodía de fondo.

Y pensé en la posibilidad de que la vida fuera un sueño y en qué sucedería cuando despertáramos. En si recordaríamos algo, en si habría merecido la pena o si tan solo quedaría el eco de palabras que jamás volverían. Pensé, también, en si alguien había despertado alguna vez.

CAPÍTULO 55

El beso más grande del mundo

El tiempo dejó de contar. No importaba si habían pasado minutos u horas o a qué día de la semana estábamos. Lo único que importaba era ese momento en el que Hope dejó los cuentos de hadas y se enfrentó a la realidad.

Nos habíamos sentado en los escalones de una tienda que hacía horas que había cerrado sus puertas. El Chico Azul apoyaba los codos en los escalones de atrás mientras que Hope hundía la cara entre las manos.

—Perdona. No sé qué me ha pasado. —Él guardó silencio—. Ahora sí que debes pensar que estoy loca.

Más silencio.

Hope asomó la cara para mirarlo y comprobó que tenía la vista fija en algún punto de la carretera.

—¿Cuándo dejaste de escuchar? —le preguntó él. Hope volvió a esconder el rostro—. Dices que no te conozco y es verdad. Y ¿sabes por qué? Porque no dejas que nadie te conozca, solo dejas que conozcan tus historias y eso es como no tener nada. No quiero tus historias, Dilly, te quiero a ti. —Ladeó la cabeza para mirarla—. ¿No vas a decirme nada? —Hope continuaba sollozando—. Está bien, no hables. No vuelvas a pronunciar una palabra si eso te hace feliz, pero no conseguirás que me aleje. No pienso irme a ninguna parte. —La observó durante unos segundos. Al final, suspiró y le dijo—: Gano mucho más dinero con vosotros. ¿Qué loco se alejaría de una mina de oro?

—Si no vuelvo a hablar, no ganarás nada.

—El que habla es Wave, tú solo eres un decorado.

Hope rio entre todas aquellas lágrimas y yo odié un poco menos al Chico Azul.

—Mi hermano se suicidó —empezó a contarle Hope en cuanto consiguió calmarse—. Yo era muy pequeña y no recuerdo todo lo que pasó. Lo que sí

recuerdo es que una tarde entró en mi habitación cuando yo estaba dibujando, se sentó en mi cama y me preguntó si había oído hablar del beso más grande del mundo. Corrí a su lado para escuchar la historia. Siempre tenía una. Me senté en su regazo y me dijo que el beso más grande del mundo era muy pequeño, apenas un suspiro. Que a veces incluso era invisible. Me dijo que el beso más grande del mundo era el que estaba lleno de palabras. Y me dio un beso en la mejilla que apenas noté. Lo que sí noté fue la humedad. Estaba llorando. Cuando me di cuenta, mi hermano ya se había marchado. —Se aclaró la voz, estrangulada por los recuerdos—. Me asomé por la ventana y lo vi frente al mar. Recuerdo esa imagen como si la tuviera grabada a fuego en mi mente. El sol empezaba a ponerse y estaba rodeado de sombras. El viento le removía el pelo. Se quitó los zapatos y se metió en el mar. Yo me asusté porque recordé que no sabía nadar. Cuando era niño estuvo a punto de ahogarse y desde entonces nunca había vuelto a meterse en el agua a pesar de que vivíamos frente a la playa. Siempre se quedaba en la orilla, escribiendo en su cuaderno..., quizá por eso me gusta tanto Marianne, porque cuando la veo escribiendo en su cuaderno me parece verlo a él.

»Al principio pensé que estaba intentando aprender. Pero no. Se adentró tanto que apenas lo veía. Corrí hacia la playa con todas mis fuerzas y perdí uno de mis zapatos por el camino. Cuando llegué no sabía qué hacer. Grité su nombre como una loca porque no conseguía ver dónde estaba. Me metí en el agua y nadé sin saber bien adónde quería ir. Solo nadaba y abría los ojos bajo el agua para ver si lo encontraba. Las olas me hundían y cada vez que conseguía sacar la cabeza y respirar creía que sería la última. Pensé que iba a morirme. Grité y luché contra el mar hasta que al final conseguí llegar adonde hacía pie. —Hope se secó las lágrimas—. No podía dejar de llorar. No veía a mi hermano y solo escuchaba un pitido dentro de mi cabeza. Mis padres tardaron en llegar. No pude enterarme de lo que decían, ni siquiera podía hablar. Me quedé sorda durante unos días por la presión del mar. No escuchaba absolutamente nada. Después, cuando volví a escuchar, me di cuenta de la suerte que había tenido de no haberlo hecho hasta entonces. La gente hablaba de mi hermano. Decían que se había suicidado porque era raro. Yo me preguntaba por qué creían que era raro. Era tímido, le gustaban los chicos y Folktale siempre ha sido un pueblo dado a los murmullos. Decían tantas cosas horribles sobre él, incluso después de muerto. No podía soportarlo.

Hope hizo un gran esfuerzo por contener los sollozos, que se hicieron más audibles al sentir que el Chico Azul le acariciaba la espalda.

—Entonces lo comprendí. No se suicidó, las palabras lo mataron —afirmó Hope con solemnidad—. Una noche estaba en mi habitación y vi una estrella fugaz. Deseé no volver a escuchar ni una sola palabra. Y sucedió, aunque parezca mentira. Al día siguiente, cuando me desperté, ya no las escuchaba. Durante los primeros meses mis padres me llevaron a varios especialistas. Pensaban que mi sordera temporal había vuelto, pero todo estaba bien y era capaz de percibir cualquier otro sonido. Después me llevaron a psicólogos que apuntaban muchas cosas en sus libretas y no solucionaban nada. Al final no hubo nada más, hasta que conocí a Joseph y a Wave.

Por una vez, creo que mi rostro se contrajo en un gesto de angustia. Sentí mi madera restallando y también sentí el dolor. Cualquiera que hubiese dirigido sus ojos hacia mí habría podido verlo, pero Hope no me miraba y el Chico Azul tampoco.

Esa parte de la historia no la conocía y me sentí celoso de que ella se la hubiera regalado a él.

El Chico Azul se acercó a ella y le dio un beso en la frente. Hope cerró los ojos. Así fue como vi el beso más grande del mundo y escuché todas las palabras que habitaban en él.

CAPÍTULO 56

Nadie está solo

Al día siguiente el Chico Azul no apareció.

Durante las primeras horas no le dimos la menor importancia. No siempre era puntual. Estábamos seguros de que en cualquier momento oiríamos su silbido. Sin embargo, una semilla de duda se plantó en nuestro interior y la esperanza de verlo aparecer se fue diluyendo conforme la tarde caía.

Había perdido la cuenta del tiempo que Hope llevaba pegada a la ventana.

—Wave, ¿tú lo has oído? A lo mejor no lo he escuchado.

—No me he movido del sitio, Hope —le recordé desde el lugar donde ella misma me había colocado: sentado en la cama, con la espalda recostada en la almohada.

—¿Y si ha ido a Collodi sin nosotros? Deberíamos ir —me dijo al tiempo que fruncía los labios, indecisa—. Pero si viene y no estamos... No sé qué hacer, Wave.

Al final, no pude detenerla. Me cogió y salimos corriendo para coger el próximo autobús.

La calle estaba prácticamente desierta cuando llegamos. En las tiendas, los dependientes habían comenzado a hacer la caja, aburridos por la falta de movimiento, e incluso algunos habían puesto el cartel de cerrado, dando por finalizada la jornada.

Los pasos de Hope se volvieron lentos mientras volvíamos a casa. Apenas se fijaba en nada; sus pensamientos se habían marchado a algún lugar remoto, lejos de todo lo que conocíamos. Fue el olor a pasteles lo que hizo que Hope desviara la mirada hacia la dulcería y, por pura casualidad, descubrimos al mago salir con un donut al que ya le faltaba una mitad. Iba cargado con sus bártulos.

Hope se aproximó a él.

—Vaya, vaya. Mira a quién tenemos por aquí. —La forma en que Diggs la

evaluó con la mirada no me gustó lo más mínimo. Entendía por qué el Chico Azul quería cortarle las manos—. ¿Quieres? —dijo después de darle otro bocado al donut.

—¿Has visto al Chico Azul? —preguntó Hope a bocajarro.

Diggs enarcó las cejas.

—¿Hablamos de algún tipo de mutante o algo?

De haber podido, habría puesto los ojos en blanco.

—Hay que ser corto de entendederas —murmuré.

—El Chico Azul —insistió Hope.

—Es verdad, que no puedes escuchar palabras. —El mago sonrió, como si la preocupación que se podía ver en el rostro de Hope le hiciera verdadera gracia. La miró de arriba abajo mientras se terminaba el dulce. Luego se acercó a su cara y le habló despacio para que pudiera leerle los labios—. Así que el Chico Azul, ¿eh? —Chasqueó la lengua—. Me gustaría saber qué ve en ti. Tal vez si me dejas averiguarlo... —Con un movimiento ágil, le pasó una mano por el pelo y entonces apareció una rosa roja.

—Qué original —ironicé.

Hope miró la rosa y al mago alternativamente y enseguida se apartó de él. La rosa fue a parar al suelo y ahí se quedó, olvidada.

—No lo has visto —determinó, más para sí misma que para el mago.

Oí que algo se rompía pero no supe si surgía de Hope, si tenía que ver con el mago y sus trucos o si venía de mí mismo, de la impotencia de saber que no podía hacer nada por calmar la angustia que llenaba el corazón de Hope. Me estremecí, porque cuando le dio la espalda al mago, ignorando sus intentos por que regresara, también pude oír sus gritos; los de Hope. Claros, desgarrados. Gritaba en un idioma mudo que pocos pueden escuchar. Un idioma que nace de las entrañas y se alimenta de todo lo que atrapa a su paso.

Durante el camino de vuelta al teatro, a pie, Hope se mantuvo callada. Sus manos se aferraban a mi cuerpo como a un salvavidas.

Joseph también escuchó los gritos de Hope, porque durante la cena no le quitó la vista de encima. Tampoco lo hizo cuando la vio entrar en la sala y derrumbarse en el escenario, contemplando el cielo de mentira, salpicado de nubes, del nuevo decorado.

Preocupado como estaba, Joseph terminó por sentarse como pudo junto a nosotros, al borde del escenario.

—La primera vez que te vi pensé que eras la niña más molesta que había

conocido en toda mi vida. No me equivoqué. Y ¿sabes por qué? —La mirada de Hope se desvió hacia Joseph y en los labios de este pudimos atisbar una leve sonrisa—. Porque verte es creer y es mucho más fácil mirar hacia otro lado y darse por vencido. Llegaste a mi vida cuando ya estaba demasiado cansado, cuando estaba dispuesto a mirar hacia otro lado y dejar que los días pasaran sin más. Cuando vivir ya solo consistía en respirar. Y me retaste. Me desafiaste a esforzarme todos los días, a no rendirme, a intentarlo. —Los labios de Hope se curvaron de manera casi imperceptible—. Ahora soy yo el que te desafía. Te reto a vivir, Hope.

Tras esas palabras, guardó silencio. Le dio tiempo hasta que estuvo preparada para hablar, como había hecho otras tantas veces.

Al final, Hope habló.

—Hay algo en mí que no funciona bien, Joseph. No sé cómo lo hago, pero tarde o temprano todo termina por estropearse.

—A Wave lo veo de una pieza y estás todo el día pegada a él.

—Él es diferente. —Ni Joseph ni yo necesitamos que nos dijera que se refería al Chico Azul.

—Así que todo esto se debe a él —manifestó Joseph—. En realidad, es exactamente igual. ¿Te acuerdas de cuando perdiste a Wave en la playa? Seguiste buscándole. No te rendiste. De eso se trata, de seguir, de no rendirse. Mientras no te rindas no habrá nada que puedas estropear. Si rompes un vaso y lo das por roto, estará roto; pero si no te rindes y buscas todos los pedazos y los vuelves a unir, dejará de estarlo. Puede que nunca vuelva a ser el mismo vaso, pero seguirá siendo un vaso.

Hope arrugó el ceño.

—No puedo buscar los pedazos de una persona.

—No, no puedes. Pero puedes luchar, no rendirte y mantener la esperanza.

—A veces creo que todo sería mejor si no sintiera nada.

—Puede que fuera más fácil, pero te aseguro que no sería mejor. Sería como buscar el tapón que vacía al mar. ¿Y qué sería el mar sin agua? No quedaría nada, solo la desesperanza. ¿Es eso lo que quieres? Tú eres vida, Hope. Te veo y veo vida en ti. Es hora de que aprendas a hacerle frente.

—Me gustaría poder darle a la tecla de los sentimientos y apagarlo todo —siguió ella sin escucharlo.

—Deberías saber mejor que nadie que hay que tener cuidado con lo que se desea.

—Llevo toda la vida pidiendo deseos que nunca se cumplen.

—No podrás saber si se han cumplido o no hasta el último suspiro. Hasta los deseos necesitan tiempo.

—Estoy cansada —admitió Hope.

—Todos lo estamos en algún momento. Y está bien, no pasa nada. Tienes derecho a enfadarte, a gritar, a patalear, a recluirte en una cueva y jurar que jamás volverás a salir. Pero no olvides que estaremos esperando a que vuelvas. Al final, siempre sale el sol. Te guste o no, no estás sola.

Hope me acarició el pelo con tal ternura que fue como si respondiera a las palabras de Joseph.

Él se dio cuenta.

—Wave no es suficiente —le dijo.

Y por primera vez desde que había entrado en su vida, Hope fingió que no lo escuchaba.

CAPÍTULO 57

Buscar una razón

El día siguiente fue casi una réplica del anterior, con la diferencia de que no esperamos tanto. Con una firme determinación, Hope decidió que sin el Chico Azul también podíamos hacerlo.

—Siempre hemos sido dos, Wave.

La pena que la había dominado el día anterior se había hecho menos pesada. No porque doliera menos, sino porque Hope ya era una experta en lidiar con el dolor; sabía cómo hundirlo hacia las profundidades de su ser y mantenerlo ahí, en el olvido más absoluto, mientras se armaba con las fuerzas que le quedaban para continuar con su vida. Estaba acostumbrada al sufrimiento y lo encajaba en su vida por la fuerza de la costumbre. La había visto actuar así otras veces y no me gustaba nada. Sabía que era antinatural. El dolor, como muchas otras cosas, se debe vivir y también se debe liberar. Es parte de su naturaleza. Si se retiene, si se fuerza, llegará un momento en el que se desborde y acabe por destruir a aquel invadido por el dolor.

Eso fue lo que ocurrió cuando llegamos a nuestro banco. Una vez sentados, nos dedicamos a mirar la vida que nos rodeaba, pero ni una sola historia salió de los labios de Hope. No porque no tuviera ninguna que contar, sino porque se hallaban encerradas junto a su dolor.

—Deberíamos volver —me dijo cuando ya había oscurecido.

Ya nos marchábamos cuando alguien la detuvo poniéndole la mano en el hombro. Al volverse descubrimos a una chica de pelo oscuro, con el rostro cubierto de pecas, a la que ninguno de los dos conocía.

Confundida, Hope no pudo evitar alejarse unos pasos.

—Soy yo —reveló la chica, moviendo las manos.

Reconocí su voz y me quedé atontado mientras repasaba sus facciones. Los ojos oscuros y achinados, la cara en forma de corazón que siempre llevaba pintada de blanco, los labios gruesos, ahora libres de pintura. Se trataba de

Raven. De no haber hablado, jamás la habría reconocido. Es increíble lo mucho que puede cambiar una persona escondiéndose tras un disfraz.

Raven hizo como si su corazón se le escapara del pecho e intentara por todos los medios recuperarlo. Los ojos de Hope se abrieron en un gesto de sorpresa.

—Lo siento, no te había reconocido.

La mimo se apresuró a sacar un cuaderno y el rotulador azul de su mochila y escribió en él: «Espero no haberte asustado».

—Tranquila. Es que... —Hope la miraba con los ojos bien abiertos—. No te imaginaba así. Eres muy guapa.

—Gracias —le contestó Raven con una sonrisa que poco se parecía a la de la mimo pero cuya fuerza era aún mayor; porque era ella, sin máscaras.

«El Chico Azul está enfermo», escribió.

En cuanto vio que el rostro de Hope había palidecido, Raven pasó la página rápidamente y añadió: Tranquila, es un simple resfriado.

Pasó la página otra vez: «Pero tiene fiebre y no ha podido venir».

—Ah. Yo... —Hope se había quedado mirando la libreta como si las mismas palabras fueran las que le hablaran—. Pensé que... —No terminó la frase.

«Fui a buscarte al teatro pero un señor me dijo que estabas aquí».

—Gracias. —Hope le dedicó una sonrisa llena de gratitud.

«Él quería venir», anotó en el cuaderno.

—¿Crees que me perdonará? —Raven compuso una mueca—. Por no creer en él —aclaró.

La mimo asintió con una sonrisa y escribió: «Es difícil creer en la gente».

—Yo creo en ti —le dijo Hope.

«Eres la única».

Hope fue a decir algo más pero se quedó pensativa y se acercó a ella para darle un abrazo. La mimo, que no se lo esperaba, permaneció inmóvil con las manos en el aire mientras trataba de sostener el cuaderno.

Cuando Hope se separó de ella, Raven le susurró:

—Gracias.

Sin embargo, escribió: «Tengo que irme».

La vimos alejarse sin mirar atrás y, cuando no quedó de ella más que el recuerdo, regresamos al teatro.

Durante el camino sentí cómo el dolor de Hope poco a poco se liberaba y

cómo otro sentimiento, uno que conocía muy bien, iba sustituyéndolo.

—¿Has visto, Wave? Tiene gripe.

—Se supone que no deberías alegrarte por eso —repuse, pues por su tono parecía la mejor noticia del mundo.

Nada más entrar en Serendipity, Hope se abalanzó sobre el mostrador y comenzó a relatarle a Joseph cómo había ido la tarde.

—¿La viste? Ella es Raven, la mimo. Nos costó reconocerla sin el maquillaje. El Chico Azul tiene gripe y por eso no ha venido a buscarme.

—Estupendo —murmuró Joseph.

También aprovechó para contarle lo maravillosa que había estado Marianne en su actuación, ya que en los últimos días no había tenido ocasión de decirle nada. Y mientras divagaba, ninguno de nosotros reparó en la figura que se acercaba hasta que la puerta se abrió y nos volvimos de golpe.

Era el Chico Azul. Estaba hecho un desastre. Su rostro estaba pálido, tenía la nariz roja e irritada y llevaba abrigo y bufanda a pesar de que el día había sido bastante caluroso.

—Hola —saludó apenas sin voz, mirando a su alrededor con incomodidad. Sus ojos repararon en Joseph e hizo un gesto tímido con la cabeza a modo de saludo antes de dirigirse a Hope—. He intentado llamarte desde fuera, pero...

—Señaló su garganta.

Debía de ser muy importante lo que tenía que decir para haber osado internarse en Serendipity.

Hope se acercó a él.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —aseguró con una sonrisa inmediatamente sustituida por una tos bastante fea.

—Mentiroso.

Sin decir una palabra, Joseph se marchó en silencio, dejándolos solos para que pudieran hablar.

—Siento no haber venido antes. Mis padres me han tenido secuestrado, habrá sido cosa del karma. He tenido que llamar a mi tía y suplicarle que me trajera hasta aquí. —El Chico Azul miró hacia la calle—. Me está esperando en el coche.

—No tenías por qué venir, Raven me ha avisado.

—¿Sí? Menos mal. —El rostro del Chico Azul se llenó de alivio—. Llevo toda la tarde intentando dar con ella pero no me coge el teléfono. —Se rascó

la cabeza—. No quería que pensaras nada raro.

—¿Como que habías desaparecido?

—Por ejemplo. —Él evaluó su rostro—. Dime que no lo pensaste.

—No lo pensé —aseguró Hope, pero por la cara que puso, él supo que le estaba mintiendo.

—¿Quién de los dos es el mentiroso ahora?

—Tú, claro.

El Chico Azul la miró con una intensidad que me hizo querer apartar los ojos.

—Mentirosa —susurró.

Ella se encogió de hombros. Se le borró la sonrisa cuando vio que la expresión de él no podía ser más seria.

—¿Por qué me miras así?

—Estoy buscando una razón.

—¿Para qué?

—Para no besarte. —Y antes de que Hope pudiera decir nada más, se marchó por donde había venido.

CAPÍTULO 58

Solo mientras duela

Hay personas que no pertenecen a ningún lugar. Están ahí, puedes verlas, pero en realidad están muy lejos. De ti. De todo. Lejos incluso de sí mismas. Personas que están de paso por la vida.

Si aún nos quedaba alguna duda de que Marianne era una de esas personas, se desvaneció al contemplarla entregada al piano, traspasando sus propios límites. Tocaba con una fuerza desmedida que la hacía parecer frágil. Tal vez Hope pudiera trasladarte a otros mundos a través de sus historias, de sus palabras, pero Marianne lo hacía sin necesidad de ellas. Sus dedos se deslizaban por las teclas, notábamos el tormento que anidaba en su interior a través de las notas desgarradas, de una melodía que parecía nacer de las mismísimas profundidades de la tierra. Ninguno de los dos entendimos todo lo que decía, pero nuestro pecho parecía sangrar por el dolor de Marianne, fuera cual fuese este.

En el momento en el que la pieza finalizó y Marianne detuvo sus manos, aporreando las teclas una última vez, fuimos testigos de cómo se derrumbaba. Primero lloró. Luego rio con la misma fuerza que había empleado en tocar. No fue el llanto lo que nos asustó, sino la risa que se abría paso por los resquicios de aquel teatro. Una risa vacía, insondable.

Armándose de valor, Hope decidió subir al escenario. Ofrecerle su mano fue lo único que se le ocurrió para ayudarla. Quizá no sirviera de nada, pero tenía que intentarlo. Se adelantó hasta donde estaba su amiga y tomó asiento a su lado. Al verla, Marianne dejó de reír y se limpió las lágrimas con fuerza, borrando las huellas de su debilidad.

—¿Quieres aprender a tocar? —le preguntó la Marianne real, la misma que habíamos conocido y que se esforzaba en actuar como un pilar más en la vida de Hope. Ahora sabíamos que no era real; habíamos visto con nuestros propios ojos cómo se hacía añicos, pero ninguno de los dos dijo una sola

palabra al respecto. Cada uno se enfrenta a sus demonios de la manera que sabe y eso jamás podríamos quitárselo.

—Me encantaría —contestó Hope, que se dispuso a colocar las manos en el lugar en el que su amiga le pedía.

Aprendió las teclas, siguió al pie de la letra sus indicaciones y, durante un tiempo muy valioso, las risas se llevaron cualquier sentimiento nauseabundo. Me sentí aliviado y contento al verlas juntas, unidas. Hope era capaz de espantar a los demonios de Marianne y Marianne era capaz de sacar a flote lo mejor de Hope, aunque sus formas no fuesen siempre las más adecuadas. En cuanto a mí, no tardé en relajarme, dejando de lado el miedo que había empezado a sentir cada vez que tenía cerca a Marianne.

—Tu música no parece real.

—Eso me decía mi padre —musitó Marianne, sonriendo al recuerdo de su padre.

—Podrías ser pianista.

—No, no podría. —Marianne acarició el *do* central con la yema del dedo índice.

—¿Crees que es verdad? —le preguntó Hope mientras contemplaba cómo los dedos de su amiga jugueteaban con las teclas—. ¿Que el amor lo cura todo?

—No.

—¿Y por qué lo parece?

—Por lo mismo que si te duele la cabeza y te doy una patada en el estómago dejará de dolerte la cabeza. El dolor más grande siempre predomina.

Hope se lo pensó durante unos instantes.

—¿Merece la pena?

—Solo mientras duela.

—Creo que a mí me duele.

—Eso es buena señal. En el amor lo que duele no es el dolor.

—¿Y qué es?

Marianne cerró los ojos y sonrió. Cuando los abrió, pudimos ver los sueños que aguardaban en ellos. Sueños de un sinfín de colores y formas que solo la vida podría traducir.

—Las ganas, las ansias, la fuerza, tu cuerpo que parece demasiado pequeño, el tiempo que parece demasiado poco y las palabras que nadie ha

inventado. Eso es lo que duele.

—¿A ti también te duele?

—Hasta cuando tengo migrañas —aseveró, riéndose—. Y seguro que a él —agregó, señalándome— también le duele, aunque sea de madera. Duele hasta lo imposible, lo que crees que jamás podría llegar a doler.

—No tiene mucho sentido.

—Nada que valga la pena lo tiene. —Marianne le dedicó una mirada cargada de melancolía. De pronto la joven Marianne se convirtió en una anciana, como si en lugar de haber vivido una veintena de años cargara con el peso de toda una vida—. Me va a doler mucho que no me duelas más.

—¿Qué quieres decir?

—Soy actriz en una compañía ambulante, ¿sabes lo que eso quiere decir? El rostro de Hope palideció.

—¿Cuándo?

—En unas semanas. Te diría que sigue en pie la oferta de que te vengas conmigo, pero algo me dice que vas a quedarte.

Hope bajó la mirada, confirmando sus palabras.

—Te voy a echar de menos.

—Todavía sigo aquí.

—Ya te estoy echando de menos.

—Y yo a ti, Hope. Y yo a ti —repitió antes de volcarse de nuevo a tocar el piano.

Hope sonrió, aunque su sonrisa no le llegó al rostro. Se aproximaba el momento en el que Marianne desaparecería de nuestras vidas para siempre. Cuánto tiempo iba a doler fue la pregunta que nos acompañó cuando dejamos atrás el teatro y creímos haber silenciado aquella triste melodía.

TERCER ACTO

«—Pero ¿qué hay de mi valor? —preguntó el León, impaciente.
—Tú eres muy valiente, estoy seguro —le respondió Oz—. Todo lo que necesitas
es confiar en ti mismo. No hay ningún ser viviente que no sienta miedo cuando se
enfrenta al peligro. El verdadero valor consiste en hacer frente al peligro, aun
cuando se tiene miedo. Y de esta clase de valor tú tienes mucho».

El maravilloso mago de Oz,
LYMAN FRANK BAUM

CAPÍTULO 59

Atrapa-tristezas

Siempre volvíamos al mar. No importaba cuánto doliera, cuántos recuerdos trajeran las olas consigo, que siempre acabábamos regresando. El porqué, no lo sé. Quizá por lo que había dicho Marianne de que el dolor mayor es el que predomina.

Hay cosas a las que, por mucho que quieras, no puedes decirles adiós. Cosas que te acompañan durante tanto tiempo que acaban convirtiéndose en parte de lo que eres. Hope siempre fue mar.

Aquella tarde también regresamos. Nos sentamos sobre la arena y contemplamos cómo se reflejaba el sol sobre las aguas que tantas cosas se habían llevado. Por llevarse se llevaron incluso palabras.

—¿Qué hace una chica como tú en un lugar como este? —comentó una voz a nuestra espalda.

El Chico Azul tomó asiento al lado de Hope y enterró los pies descalzos en la arena.

—Estás aquí —señaló ella, aunque creo que lo que realmente dijo fue otra cosa.

—Tú también. —El Chico Azul cogió un puñado de arena con las manos y la dejó caer lentamente—. Deberías dejar de seguirme.

—¿La fiebre te ha afectado al cerebro?

—Lo mío viene de fábrica. —Esbozó una media sonrisa—. ¿Qué haces?

—Me gusta venir aquí a pensar.

—¿Y en qué piensas?

—¿Importa?

Él siguió jugueteando con otro puñado de arena.

—Mi tía suele decir que cuando alguien está triste de verdad le gusta ver las puestas de sol. Son como atrapa-tristezas. —La miró y después desvió la vista hacia el horizonte—. ¿Qué te pasa?

—No sé nada de ti —admitió ella con un tono de voz que dejaba claro que llevaba mucho tiempo pensando en ello.

—Sabes lo importante.

—Ni siquiera sé tu nombre. No puede ser tan malo. —Se quedó pensativa—. ¿Cornelio? ¿Anacleto? ¿Filemón?

El Chico Azul rompió a reír.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Pánfila?

—Es... —empezó a decir Hope.

—No lo digas —le pidió él.

—¿Por qué no?

—¿Cambiaría eso algo?

Ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos, contemplando cómo el sol comenzaba a descender en un despliegue de colores violáceos.

—¿A qué le tienes miedo? —preguntó Hope.

—¿A qué no?

—No cambies de tema.

—Me gusta el verde, el siete y los martes. Si solo me quedase un día de vida me emborracharía de música. No tengo pensado cambiar el mundo, ni siquiera sé qué quiero hacer con mi vida. No me da miedo la muerte pero sí las palomas, creo que acabarán conquistándonos y ni se te ocurra reírte —le advirtió al ver la expresión divertida de su rostro—. Esta cicatriz —dijo, mostrándole el codo— es de cuando tenía seis años y me caí de la bici y esta otra —se acercó más a ella para que viera la cicatriz que tenía en la ceja— fue por bocazas. Podría pasar el resto de mi vida comiendo pizza. Si pudiera tener un superpoder sería el de regalarte palabras. Y aquí viene lo más importante, lo único que necesitas saber: si solo pudiera escoger un recuerdo, uno y ninguno más, escogería el tuyo.

Sus miradas chocaron y a mí me pareció que el sol tardaba demasiado en ponerse; quizá él también se había detenido a observarlos.

—Estaba pensando en cuánto tiempo tardará en volver —musitó Hope.

—¿Quién?

—La tristeza, supongo. El dolor, la soledad.

—No tienen por qué volver.

—Siempre vuelven.

El Chico Azul se movió en apenas un parpadeo. Depositó un beso en la frente de Hope y enseguida regresó a su sitio.

—¿Qué haces? —quiso saber Hope.

—Pedir un deseo.

—¿En mi frente?

Él se encogió de hombros.

—Cada uno tiene su propio cielo.

—Ahora mismo me gustaría saber tu nombre —admitió ella.

—¿Para qué?

—Para pronunciarte.

—Te tendrás que conformar con esto —le dijo justo antes de cogerla de la barbilla y atraerla hacia él.

Sabía que ese día llegaría y me había imaginado tantas posibilidades que ni siquiera podría contabilizarlas. Lo que nunca pensé fue que el primer beso de Hope me dejaría hipnotizado, que no podría apartar la mirada y que algo en mi interior sonreiría por ella. Si una cosa tenía el Chico Azul es que siempre conseguía sorprenderme. La besó con tanta dulzura que creí que Hope despertaría, que él era el príncipe que habíamos estado esperando, que las palabras regresarían y que yo terminaría por convertirme en humano.

Con el primer beso de Hope creí en los imposibles y en los cuentos como nunca antes lo había hecho.

Creí que todo sería posible.

CAPÍTULO 60

Sin príncipes azules

Resultó que el Chico Azul no era ningún príncipe. No sé por qué me sorprendí. Siempre he sido un romántico y he de reconocer que el beso acabó por desarmarme. Creí. Pero no había nada en lo que creer. Solo eran un chico y una chica besándose, expresando lo que sentían sin necesidad de palabras.

Habría sido bonito, ¿verdad? Me habría encantado contarte cómo un beso lo cura todo, cómo borra todos los males y hace del mundo un lugar mejor. Pero no habría sido real. Los besos están sobrevalorados. No tienen ningún poder, donde reside la fuerza de los besos es en el sentimiento que los crea. Los besos son solo una consecuencia, un puerto al que llegas después de un largo viaje.

Dado que el Chico Azul no era príncipe, ni esta historia un cuento, el beso terminó y no ocurrió nada extraordinario.

Lo extraordinario vino después.

Concretamente al día siguiente. Hope había estado soñando tanto que temía olvidarse de la gravedad y echar a volar en cualquier momento. No pongas esa cara, podría haber ocurrido. He aquí una de mis preguntas favoritas: ¿qué pasaría si a un niño nadie le explicara lo que es el miedo? Probablemente saldría a buscarlo y acabaría casándose con una princesa, librando mil batallas en las que siempre saldría vencedor. La ausencia de miedo te vuelve invencible, o eso dicen. También cuentan que puede matarte, pero de eso mejor no hablar. Los cuentos han de terminar bien, al menos los que a mí me gustan.

La cuestión es que cuando regresamos a Collodi, Hope estaba tan extasiada que casi raptó a Raven de su sitio y la llevó al lugar donde solíamos contar nuestras historias.

—¿Quieres ser una historia? —le preguntó.

Raven enarcó las cejas y a punto estuvo de decir algo cuando Hope divisó

a Diggs a lo lejos, dirigiéndose al pedazo de acera donde solía hacer sus trucos de magia, y comenzó a llamarlo.

El mago se detuvo en seco. Miró a Hope y a Raven con el ceño fruncido y vino hasta donde estábamos movido por la curiosidad.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—Se ha vuelto loca —contestó Raven.

—¿Quieres hacer magia de verdad? —le preguntó Hope a Diggs, sin un ápice de duda.

Unos minutos después, cuando llegó el Chico Azul y se los encontró a todos hablando a la vez, se dio media vuelta con intención de escapar.

—¡Ni se te ocurra moverte! —le gritó Hope.

—¿Qué le has dado, tío? —Diggs no pudo evitar reírse—. Se ha vuelto loca del todo.

—Si te quedas sin manos, podrías seguir haciendo trucos con los pies. Eso sí que sería sorprendente —le contestó el Chico Azul, desafiante.

—¿Con los pies? —preguntó Hope, que no se había enterado de nada—. Vamos a contar una historia. He estado toda la noche pensando en ello. —Entonces el Chico Azul tosió para no reír, pero ella le ignoró—. Quiero hacerlo.

—¿Todos a la vez? —La curiosidad en el rostro de Raven era notable.

—Yo me voy —informó Diggs. El Chico Azul lo agarró de la camiseta para traerlo de vuelta y le pasó un brazo por encima de los hombros. Podrían haber pasado por grandes amigos de no ser por sus caras.

—Dispara, Dilly.

—Wave y yo contamos nuestra historia, Raven la representa, Diggs hace los efectos especiales y tú tocas la melodía.

—¿Y cómo voy a hacer eso? Necesito prepararme los trucos.

—¿Tú no eras el que decía que había que vivir improvisando? ¿O es que no eres lo suficientemente bueno? —lo picó Raven.

El Chico Azul desenfundó su guitarra y se puso junto a la farola, su lugar favorito. Raven le siguió por pura cabezonería, colocándose a nuestra derecha y dejando el lado izquierdo para Diggs, que seguía murmurando lo mal que iba a salir todo.

Hope sonrió al verlos a todos en sus posiciones, a la espera de que ella los guiara en su disparatada idea.

Piénsalo un momento. A los oídos de Hope solo llegaban las palabras del

Chico Azul, retazos de información incompleta. Era la menos indicada para dirigir a nadie, pero quizá por eso todos prestaron más atención y siguieron sus palabras al pie de la letra.

Empezó a contar una historia que yo ya conocía, la historia sobre la estatua de Folktale. Y en esta ocasión pareció real, como si estuviera sucediendo en aquel mismo instante. Raven se convirtió en una estatua que poco a poco iba cobrando vida bajo los pétalos blancos que el mago hizo aparecer, al compás de la alegre melodía que tocaba el Chico Azul. Melodía que se tornó triste en cuanto Raven se tapó los ojos e intentó palpar el aire, mientras el humo que Diggs creaba iba envolviéndonos a todos los allí presentes.

Pude sentir un cosquilleo de emoción en cada una de mis articulaciones. No solo estaban contando una historia; también le insuflaban vida. No tardé en darme cuenta de que no era un cosquilleo eso que sentía sino las manos de Hope que temblaban mientras sujetaba mis hilos. Ella también estaba emocionada.

Lo que aquella historia nos hizo sentir no había beso ni príncipe azul que pudiera superarlo.

CAPÍTULO 61

«Imagine»

Hay una cosa del pasado que tardé en comprender. Es lo que sucede cuando vives a través de los demás, debes aprender de ellos y prestar atención para no perder detalle.

Yo había prestado mucha atención a Hope, digamos que me la sabía de memoria. Comprendía que su pasado nunca se borraría de ella, como no lo haría ni uno solo de sus recuerdos. Había muchas cosas que ya no estaban en la vida de Hope, como su familia o su infancia. Pero que no estuvieran no significaba que no existiesen y no hay cosa más difícil que dejar marchar aquello que ya no está. De alguna manera, Hope se había aferrado a su pasado, aunque fingiera no hacerlo. ¿Que cómo lo sé? ¿Acaso no es evidente? La misma Hope era una prueba viviente de ello, el sonido de las palabras que había perdido lo era. Ella fingía haberlo olvidado, que no le importaba, que las heridas que había sufrido habían terminado por sanar. Pero hay heridas que por mucho que cicatricen pueden volver a sangrar con la fuerza de un recuerdo, una palabra o una mirada que creías haber olvidado.

La mayor herida de Hope eran sus padres. Su recuerdo estaba escondido, disuelto en el tiempo, arrinconado en algún lugar oscuro de su alma, hasta que una ligera brisa lo rescató del olvido fingido —el único que existe, en realidad— e hizo que el tiempo se parara y empezara a retroceder.

La temperatura había descendido unos grados aquella tarde, pero eso no impidió que el sol nos acompañara durante nuestra función. Hope había aprendido a dejarse llevar junto a ese grupo extraño que cada vez lo era menos. La fuerza de su voz nos había sorprendido a todos, igual que la firmeza de sus manos al manejar mis hilos. Estaba llena de vida y el sol se reflejaba en su pelo, haciéndolo brillar. El Chico Azul no dejaba de mirarla; a través de John Lennon la invitaba a unirse a él en un mundo utópico donde no había cabida para el dolor.

*Imagine there's no heaven
It's easy if you try
No hell below us
Above us only sky.*

*Imagine all the people
Living for today...
Imagine there's no countries
It isn't hard to do.*

Raven, con su traje azul, se movía como en un sueño y sorteaba todos los obstáculos que Diggs iba dejando a su paso. Durante un breve instante, me vi obligado a dejar a un lado mi papel para detenerme a mirar el conjunto que hacíamos los cinco. No me quedaron dudas de lo que era la magia. La coreografía no ensayada era una oda a la esperanza, un deseo profundo de encontrar ese mundo libre de ataduras del que hablaba John Lennon. Y la gente que nos rodeaba buscaba una manera de partir hacia ese lugar.

Si una canción tenía el poder de ser balsa, era esa. «Imagine». Me enamoré de ella, me la aprendí de memoria y la canté con toda la fuerza de mis pensamientos, esperando que mis palabras pudieran alcanzar a Hope, recordarle que no había nada más vivo que la imaginación.

Pero la canción llegó a su fin, y con ella, la magia que habitaba en su melodía.

Fue entonces cuando todo se torció.

La gente nos felicitaba por la actuación y nos lo agradecía con sus monedas.

Yo los vi primero. No te mentiré, me costó unos segundos reconocer los rostros que se acercaban con una sonrisa. Jamás los había visto sonreír y quizá por eso me pareció un gesto atroz, fuera de lugar. Pero eran ellos y Hope también los vio. Lo supe en cuanto el Chico Azul se apartó de su campo de visión y se quedó tan quieta y tan pálida que durante unos segundos pensé que nos haríamos invisibles o que Hope se rompería en pedazos que tardaría una eternidad en volver a juntar. Noté sus latidos reverberar por todo el cuerpo, su mirada detenida en el niño que se acercó a dejar una moneda para correr después junto a su madre.

Ninguno de los dos nos reconoció y si lo hicieron, no lo pareció. Pero

tenían que haberlo hecho; aunque Hope había cambiado con el tiempo, yo seguía siendo el mismo. Tuvieron que reconocernos y, sin embargo, no vimos una sola muestra de ello.

Tan repentinamente como habían aparecido se marcharon, ajenos a la herida de Hope, que sangraba como nunca lo había hecho antes.

Todos se dieron cuenta de que algo sucedía, pero ninguno pudo evitar que Hope echara a correr, lejos de sus padres, de Collodi y de su pasado, con la voz del Chico Azul pegada a su espalda, pidiéndole que lo esperara.

Si Hope había dejado de escuchar por completo o si lo único que pretendía era correr hasta que todo desapareciera no lo supe hasta media hora después, cuando nos detuvimos en la zona rocosa de aquella playa que tan bien conocía, muy cerca de la casa que jamás pensé que volvería a ver.

El Chico Azul nos había seguido muy de cerca, dejándonos distancia, y solo cuando Hope se derrumbó sobre las rocas en las que una vez me había perdido, se sentó a nuestro lado en completo silencio.

Pasaron varios minutos hasta que le oí romper el murmullo de las olas.

—Dime al menos de qué huíamos.

—Del pasado.

—Para eso no hace falta correr.

—Soy un monstruo.

El Chico Azul hizo ademán de aproximarse, pero Hope se lo impidió. Necesitaba ese momento para ella.

—¿Sabes que Carlos VI, rey de Francia, se negó a que la gente lo tocara porque pensaba que podían romperlo? —comentó él—. Creía que era de cristal. Pasaba horas tumbado, inmóvil, creyendo que iba a romperse en cualquier momento.

—¿Qué le pasó?

—¿Tengo pinta de haber estado allí? Yo qué sé, pero seguro que no se rompió.

—No tengo miedo, si es lo que piensas.

—¿Y qué tienes entonces?

—No lo sé.

—Tienes una ilusión de cristal, Dilly, como el rey ese. Aunque creas que puedes romperte, no lo harás. Solo es una ilusión.

—Duele mucho para ser una ilusión.

—¿Recuerdas cuando viste a Diggs por primera vez? Parecía un mago de

verdad, pero no lo es. Solo tienes que descubrir el truco para que no duela.

Hope se quedó callada, contemplando el mar. El Chico Azul se recostó hacia atrás como pudo, dejando que las olas que rompían contra las rocas se llevaran parte del dolor de Hope. Al cabo de un rato escuchamos que empezaba a cantar *Lavender's Blue* y, como si fuera una estrofa más de la canción, en el rostro de Hope surgió una media sonrisa de entre todas aquellas lágrimas.

CAPÍTULO 62

La niña que no quería irse

Cuando llegamos a Serendipity, Hope aprovechó que la sala estaba vacía para refugiarse en ella. Se acostó de espaldas en el suelo del escenario con los ojos bien cerrados y allí se quedó, quieta, en pausa, refugiada en un lugar al que yo no tenía acceso.

Me habría gustado hacer algo por ella. Romper algo; algo como las palabras, el tiempo o el pasado. Quebrarlo hasta que Hope estuviera liberada de sus ataduras. Solo entonces podría comenzar a vivir de verdad, dejando atrás el lugar que una vez había creído abandonar, como si la distancia bastase, quitando del camino aquellas personas que ya no estaban.

Lamentablemente, lo único que pude hacer fue aferrarme a su cintura y desear que la rigidez de mi cuerpo le recordara que estaba ahí, con ella, y que siempre lo estaría.

Solo me quedaba Joseph. Él podría regalarle las palabras justas que la sacaran a flote. Entró en silencio, como un fantasma, y solo yo, que tenía buen oído, pude captar su presencia. Lo vi detenerse junto al escenario, mirar a Hope como nunca antes la había mirado. Dentro y fuera de ella, buscando a esa niña que no quería irse, extirparla de su interior para dar aliento a lo que quedaba. Lo vi cerrar los ojos un instante..., un instante de dudas, de miedos, del que busca llenarse de todo el valor que tiene y que sabe que va a necesitar.

Un temblor hizo crujir mi madera al comprender que nada sería lo mismo tras la conversación que estaba a punto de tener lugar. Y tuve miedo. Por Hope, por Joseph e incluso por mí mismo.

—Hope —la llamó en voz alta para hacerse notar mientras subía las escaleras.

—No está —contestó ella sin abrir los ojos.

Joseph se detuvo a su lado.

—¿Y quién es esta chica que veo?

—Una carcasa. Es increíble, ¿verdad? Poder estar en varios sitios a la vez. Mi cuerpo está aquí, acostado en el suelo frío y aunque no veo nada huelo la madera del teatro, el perfume de los actores, incluso puedo oír los murmullos y los aplausos. Pero yo no estoy.

—¿Dónde estás?

—En mi antigua habitación, con los ojos cerrados, mientras mi madre me canta *Lavender's Blue*. También oigo a mi hermano llorar en su habitación, la voz de mi padre intentando calmarlo. El sonido de las olas rompiendo contra las piedras, el mar tratando de engullirme; puedo sentir cómo me arde la garganta y me escuecen los ojos. Hago esfuerzos por nadar pero el miedo no me deja. Ya no veo a mi hermano. —Hope respiraba pausadamente; no lloraba ni gemía, solo recordaba. Se me heló la sangre al saber que estaba allí, allí de verdad—. Se puede estar en tantos sitios a la vez...

—Y sin embargo tú nunca estás en el lugar que te corresponde —la interrumpió Joseph una vez tomó asiento junto a ella.

—¿Crees que ellos también pueden estar en varios sitios a la vez? —siguió Hope, ignorando sus palabras—. ¿Crees que se acuerdan de nosotros? Hoy los he visto y sé que ellos también nos han visto, pero han hecho como si no lo hicieran. Me pregunto si lo habrán olvidado todo, si es posible.

—A veces olvidar y vivir se parecen mucho.

—¿Qué quieres decir?

—Que a veces solo son dos palabras para una misma cosa. Crees que olvidas, pero en realidad vives. Porque para vivir a veces hay que dejar atrás muchas cosas, incluso cosas sin las que crees que no podrías vivir. Vivir no es difícil, pequeña, lo difícil es despedirse de quien ya no eres, conseguir que mañana sea mejor que ayer.

—Tú no lo entiendes. Me olvidaron y olvidaron a James. Y no solo eso, también nos han reemplazado. Dime, Joseph, ¿cómo pueden? ¿Cómo pueden mirar a ese niño y reír? ¿Por qué?

Miré a Hope, buscando lágrimas en unos ojos que seguían cerrados. Pero no lloraba, era presa de un dolor al que ni las lágrimas podían dar nombre. Lo notaba en la firmeza de su voz, llena de rabia, cada vez que su estómago se contraía o apretaba los nudillos contra el suelo.

—Soy un monstruo —repitió.

—No, no lo eres.

—¿Sabes qué he pensado al verlos? Que eran felices. ¿Sabes lo único que ha cambiado? Yo. Era yo la que los hacía infelices. —La sonrisa triste que se dibujó en los labios de Hope me hizo apartar la mirada—. Una vez leí en un libro una leyenda que dice que cada cien años, si lo deseas con todas tus fuerzas, puedes ver una última vez a un ser querido que has perdido, tener la oportunidad de decirle todo eso que no pudiste decirle mientras vivía. ¿Sabes qué quiero decirle? —No esperó a que Joseph contestara—: «Te odio». En realidad, se lo decía todos los días. Cada vez que lo veía en una foto, cuando me acercaba a la playa, cuando me metía en el armario de su habitación a escondidas de mi madre para verla llorar en la cama. «Te odio, James». Era mi frase favorita. A veces la decía delante de mi madre —confesó y su voz tembló al hacerlo—. Era una niña horrible, un monstruo.

—Solo eras una niña.

—Me abandonó. Eligió irse. Eligió no estar a mi lado. Lo eligió. ¿Sabes qué deseaba? Que se hubiese muerto sin querer, saber que me quería aunque ya no estuviera. Pero no me quería. Se rindió, no fui suficiente motivo para luchar. —Joseph hizo un gesto con la cabeza que ella no pudo ver—. Lo peor de todo es que ni siquiera puedo odiarlo de verdad, solo puedo fingir que lo hago. ¿Qué hago con todo esto que siento?

Ahora sí podía verlas, las lágrimas, derramándose hasta salpicar el suelo. También veía las de Joseph y sentía las mías en el fondo de mi corazón.

Joseph estiró una de sus manos huesudas para asir una de Hope con fuerza. Le di las gracias silenciosamente.

—No eres ningún monstruo, Hope. No hay nada malo en ti. Deja que se vaya.

—¿Cómo lo hago?

—Perdonándolo y perdonándote.

—¿Tan difícil es quererme, que alguien se quede a mi lado? Mis padres habrían preferido que fuera yo la que muriese; todo habría sido distinto.

—No digas eso.

—¿Por qué no podían quererme? Ni siquiera lo intentaron.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Joseph, presionando un poco más su mano. En lugar de contestar, Hope cerró más fuerte los ojos—. ¿Nunca te has preguntado que tal vez no fuese solo cosa de ellos, que a lo mejor tú también tuviste algo que ver?

—No entiendo qué quieres decir.

Yo tampoco lo entendía, pero no podía articular una sola palabra.

—Claro que lo entiendes. ¿Quiénes fueron los primeros a los que dejaste de escuchar? ¿Te has preguntado alguna vez por qué?

—Todos los días.

Joseph meneó la cabeza.

—Nunca te has hecho las preguntas adecuadas. ¿Cómo crees que se sentiría un padre que acaba de perder a un hijo cuando el único que le queda se aparta de él como lo hiciste tú? No me malinterpretes, no intento justificarlos; jamás lo haría. Pero piénsalo. Los echaste a un lado, a ellos y a todo lo que te rodeaba. Apartaste la muerte de tu hermano y buscaste algo que ocupara su lugar, algo que te afectara directamente a ti y te impidiera seguir las etapas del duelo. Culparlo fue tu manera de mantenerlo vivo. Te encerraste en una burbuja en la que solo existías tú y la soledad que te habías autoimpuesto. No necesitabas a nadie.

—Hablas como si hubiese podido elegir —protestó Hope casi sin voz.

—A lo mejor son las locuras de un viejo —musitó él mientras le acariciaba el dorso de la mano con la que tenía libre—, pero creo que en eso sí tuviste algo que ver.

—Era una niña.

—Ya no lo eres —le recordó.

—Necesitaba a mis padres y ellos ni siquiera lo intentaron —repitió, ahogando un sollozo—. Me abandonaron.

—Sí, lo hicieron. Te olvidaron y es así como decidieron vivir. Es horrible, pero a veces tomamos decisiones desacertadas y egoístas. Así somos los seres humanos. —Joseph bajó la vista a la mano de Hope, que todavía mantenía unida a la suya—. Tu madre vino a verme antes de que se marcharan. —Fui consciente de la lucha de Hope por no abrir los ojos—. Inesperadamente se había quedado embarazada. Estaban a punto de divorciarse y ese niño era una oportunidad para intentar arreglar las cosas. Te quería, lo vi en sus ojos. Pero se había cansado de luchar, eso también lo vi —dijo con tristeza—. Ella pensaba que podrías ser feliz a mi lado. Por aquel entonces prácticamente vivías aquí, siempre te escapabas y te quedabas dormida en cualquier sitio.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Cómo podía hacerlo? ¿Cómo se le dice a un niño que sus padres se han rendido, que lo han abandonado? Prefería cualquiera de tus historias, así que esperé a que me la contaras tú misma. Lo siento. —Había tanto pesar en las

palabras de Joseph que me estremecí—. Lo siento mucho.

—Yo no. —Ella apretó su mano—. Me diste un hogar y una familia.

Un silencio se extendió por los recovecos de aquella sala, silencio que Joseph acabó por romper.

—¿Dónde estás, Hope?

—No lo sé —contestó ella—. No lo sé.

—Ya va siendo hora de que regreses. —Su voz estaba llena de un cariño que pocas veces dejaba ver—. Abre los ojos, pequeña. Lloro si tienes que hacerlo y deja atrás a esa niña que no sabe que olvidar solo es posible si vives.

Poco a poco, como si el cuerpo le pesara, Hope se fue incorporando. Cuando abrió los ojos, los tenía rojos y las lágrimas se deslizaban sin control por sus mejillas.

—Bienvenida —la saludó Joseph antes de envolverla en un abrazo.

Fue entonces cuando comprendí cuántas lágrimas se había guardado Hope para ella. Tenía todo un mar que ahora salía, rompía el pasado y la traía de vuelta hasta nosotros. Se había liberado; de su hermano, del abandono, de la culpa que había cargado durante años.

En el momento en el que las lágrimas cesaron, lo primero que hizo Hope fue desatarme de su cintura. Me colocó en el regazo de Joseph y nos miró uno a uno.

—Gracias a los dos, por hacerme feliz.

Y supe que yo también guardaba muchas lágrimas dentro de mí, aunque nadie pudiera verlas, como también supe que las lágrimas no siempre eran sinónimo de dolor.

Lo segundo que hizo fue mirar a Joseph con intensidad.

—¿Crees que tengo elección? ¿Que puedo elegir a quién escucho y a quién no?

—¿Lo crees tú? —fue la única respuesta que le dio él.

CAPÍTULO 63

Batallas que no deben ser libradas

Qué haces cuando tienes las respuestas que tanto ansías al alcance de tu mano pero sabes que no te está permitido conocerlas, que haciéndolo profanas un tesoro muy valioso; un tesoro que, además, estás a punto de perder para siempre?

Hope tenía una amiga muy querida que llegó a su lado casi por casualidad. En cierto modo, su amistad la hizo más fuerte porque en ella descubrió que creer era posible. Le dio alas, fuerza y confianza. Y aunque Hope siempre supo que no hay alegría sin dolor ni amor sin soledad, siguió creyendo en ella, deslumbrada por esa fuerza que a su amiga parecía sobrarle.

Solo que estaba equivocada.

Lo que Hope identificó como fuerza no era más que una mentira que su amiga llevaba como una armadura. Hope lo descubrió demasiado tarde. Y tuvo miedo, miedo de que su amistad, su preciado tesoro, se rompiera.

¿Qué había sido de Marianne? Se lo preguntaba cada vez que la veía, con la mente en algún lugar al que ni Hope ni nadie más tenía acceso. Hope llegó a pensar que quizá el amor cambiaba a las personas, que tal vez aquel hombre del que Marianne le había hablado era el motivo. Quiso conocerlo, interrogarlo, hacer algo, pero tenía la ligera sospecha de que su amiga nunca le perdonaría que se metiera en su vida, y a ella le faltaba valor para hacerlo.

El tiempo se agotaba y a Hope solo le quedaba esperar la inminente despedida. O eso creyó hasta que encontró el diario, tirado de cualquier manera debajo de su cama. Y fue como si alguien hubiese oído sus súplicas, mostrándole la única manera que le quedaba de ayudarla.

—No puedo leerlo —me dijo mientras daba vueltas por la habitación y miraba el cuaderno de cuero como si fuera el peor desastre al que se había enfrentado jamás—. Si se enterara...

—No tiene por qué darse cuenta —la animé yo, porque de verdad que

empezaba a sentir cierto calor en la cabeza de tanto pensar.

—Pero a lo mejor, si leo un poco, solo las últimas páginas, puedo saber qué es lo que ha cambiado. Es mi última oportunidad de ayudarla. —Hope se dejó caer de rodillas en el suelo y acarició el cuaderno con la palma de la mano—. Soy una amiga horrible.

—Eso lo dices porque no viste cómo me arrancó el botón —repuse. Recordaba la actitud de Marianne, totalmente enajenada, como si hubiese sucedido ese mismo día y rezaba para que Hope no volviera a dejarme solo con ella.

—Lo siento —se disculpó en voz baja, una disculpa que nunca llegaría a su destinataria, mientras abría el diario.

Y leyó. Leyó durante horas. Apenas pude distinguir algunas frases sueltas.

El reloj se rompió. Vi cómo las agujas salían volando y no me importó.

Mi vida se escapa. Duermo y veo al tiempo que se va.

Arranqué las rosas. Eran igual de rojas que mi sangre. ~~Las odio.~~ Perdón, no volveré a hacerlo.

¿Qué son esas voces? ¿Por qué no se callan?

Estoy enferma. ~~Enferma.~~ Enferma.

Soy libre.

Su mano derecha tiembla cuando me acaricia. Dice que nadie me conoce mejor que él y quizá tenga razón. Es el único que no quiere cambiarme. Le gusto así, rota, con el olor a rosas podridas que sigue pegado a mi piel.

~~Lo odio.~~

Me voy y no voy a despedirme. No podrá encontrarme. ~~Me encontrará. Espero que me encuentre.~~

Volveré a ser libre.

~~Lo quiero.~~

La vida se muere.

Me siento sola.

~~Sigo oliendo a rosas podridas.~~

¿Qué habrá allá adónde voy?

Apenas entendimos nada. La letra de Marianne era irregular y muchas de las frases estaban tachadas, como si se arrepintiera de sus propios pensamientos. Tampoco seguía un orden, parecía que quisiera vaciar cada uno de sus pensamientos inconexos en el cuaderno, alejándolos así de ella. A pesar de todo, comprendimos que Marianne era de esas personas que no necesitaban estar rodeadas de gente para alejar la soledad. El amor era para ella una carga,

un lastre, algo con lo que no sabía lidiar. Había abandonado a su familia sin decir adiós, odiaba las rosas rojas y era tan inmenso su mundo interior que aquel en el que vivíamos le quedaba demasiado pequeño. Estaba perdida y necesitaba una ayuda que Hope no podía darle; quizá nadie pudiera.

Sin embargo, lo que hizo que Hope se tambaleara fue el hecho de saber que la soledad que había dentro de Marianne no era comparable a la que ella había conocido. No era una soledad que tuviera que ver con la falta de compañía sino una donde no había nada más: ni esperanza, ni eco, ni atisbo de vida. Una soledad igual de categórica que la muerte y, nadie, ni siquiera la misma Marianne o los aplausos que tanto ansiaba y le hacían sentir libre, podría llenarla.

—No tiene sentido —dijo Hope con un deje de impotencia.

—La vida es un sinsentido —repliqué.

Todavía aferraba el diario contra su pecho cuando se acostó a mi lado en la cama y me abrazó. Sentí el cuero caliente del cuaderno contra mi cara.

—Siempre había pensado en Marianne como un caballo que cabalga en libertad. Ahora sé que es un caballo de mentira, uno de esos tiovivos que dan vueltas y más vueltas sobre un mismo lugar. Por más rápido que vaya, no puede llegar a ninguna parte. Su libertad nunca le pertenecerá. Aunque corra, aunque huya, aunque desaparezca, Marianne siempre será presa de sí misma. No puedo ayudarla, Wave. No puedo. —Ahogó un sollozo.

Cuando Hope se rindió supe que habíamos perdido la batalla, que Marianne estaba rota y no quedaban pedazos que recuperar. También aprendí una nueva lección: que hay batallas que no deben ser libradas.

CAPÍTULO 64

Nieve verde con luces

Teníamos un acuerdo con la Navidad. Nosotros fingíamos que ella no existía y ella se olvidaba de nosotros. No es que fuéramos el Grinch, pero tampoco éramos fans de Papá Noel, ni de los villancicos, ni siquiera de los regalos.

No nos gustaba la Navidad, ni el verde de los abetos que se imponía ante el blanco de la nieve, ni las luces que los adornaban. No nos gustaba esa nieve verde con luces.

Para nosotros la Navidad era silencio. Una gran mentira. El cielo de los niños. Y aunque de esperanza íbamos sobrados, de fe no quedaban ni migajas en nuestros bolsillos. No creíamos, pero ansiábamos creer.

Nunca nos gustó, ni en la casa de la playa ni en Serendipity. No nos habría gustado ni aunque el trineo de Papá Noel hubiese sido remolcado por ratones, ni aunque un zorro amigo nos lo hubiera pedido. Ni tan siquiera con estrellas fugaces queríamos nosotros esa nieve verde con luces.

Lo que más odiábamos de la Navidad era que parecía que todo podía ser posible, que solo bastaba con escribir una carta y todo se solucionaría. Mi primera Navidad con Hope estuvo llena de cartas. Nos portamos tan bien que ni siquiera nos atrevimos a estornudar.

Y, por fin, tras un año entero sin palabras y con cientos de cartas con la misma petición, llegó el día.

Ese año a casa de Hope no llegó la Navidad. ¿Sabes qué ocurrió? Nada. Solo esa nieve verde con luces a través de la ventana. Y lo supimos. Ya no queríamos más Navidad.

No hubo más cartas.

En Serendipity, aunque cada año Joseph colocara un pequeño árbol y preparara dulces, Hope fingía que no existía, que no había nieve verde con luces.

Hasta que el Chico Azul nos trajo el regalo que tanto esperamos aquella

primera y última Navidad sin palabras.

Puede que tardara mucho en regresar, pero después de la espera tuvimos que admitir que sí, que por primera vez nos gustó la Navidad, esa nieve verde con luces que tiempo atrás nos hizo llorar.

CAPÍTULO 65

Primera historia. La niña que no pudo serlo

El silbido rompió el sueño de Hope que, al incorporarse en la cama, pensó que se lo había imaginado.

—Es él —le advertí y me fijé en que apenas eran las cinco y media de la madrugada—, debe de haberse vuelto loco.

Con un suspiro, Hope se envolvió en las mantas e intentó quedarse de nuevo dormida, ignorando los sonidos aislados provenientes del viejo teatro que ya conocía bastante bien.

Pero el silbido regresó, esta vez con mayor insistencia.

—No estoy soñando. —Hope se desperezó y fue hasta la ventana, tiritando de frío. Al abrirla pude ver desde mi posición que todo estaba cubierto por un manto blanco—. ¿Qué haces aquí? —preguntó tratando de no alzar demasiado la voz.

—Vístete y baja —escuché que le pedía el Chico Azul.

—¿Qué? —Hope observó el cielo oscuro y se volvió para comprobar la hora—: Son las cinco y media de la mañana. No voy a ir a ninguna parte.

—Venga, no me estropees el regalo de Navidad.

—No creo en la Navidad.

—No te he pedido que creas.

—Hace frío.

—¿Quieres que me quede aquí silbando y despierte a todo el mundo? No tengo ningún problema. —El Chico Azul silbó otra vez y por la cara que puso Hope supe que se había salido con la suya.

—Vale, vale, pero no vuelvas a hacer eso.

Con un gesto de irritación, cerró la ventana y en menos de cinco minutos ya se había lavado la cara y cambiado de ropa. Se puso unas botas, el abrigo y cogió el bolso antes de salir apresuradamente de la habitación.

Me alarmé.

—¡Hope! ¡Te olvidas de mí! —No me podía creer que me dejara atrás.

Esperé durante varios minutos que se me hicieron eternos. Ya había perdido la esperanza cuando Hope irrumpió como un huracán en la habitación.

—Perdón, Wave. Es que sigo dormida —se disculpó mientras me ataba a su cintura. Apenas podía respirar por la carrera.

No le dije nada, el shock todavía me duraba. Desde el día en que Hope me olvidó entre las rocas, solo había vuelto a olvidarse una vez de mí y en esa ocasión casi perdí un botón, así que comprenderás que no supiera cómo sentirme al respecto.

—No quiero ningún regalo —le mintió al Chico Azul nada más salir de Serendipity. Yo sabía que siempre había querido uno, solo uno.

—Confía en mí —contestó él, cogiéndola de la mano.

Observé que Hope se quedaba mirando las manos entrelazadas mientras que yo me fijaba en cómo los pies de ambos se hundían en la nieve. Hacía años que no nevaba y me pareció un fastidio.

Un cuarto de hora nos llevó atravesar las calles silenciosas hasta llegar a la estación de autobuses, donde el Chico Azul se aseguró de que no viéramos los carteles del lugar adonde nos dirigíamos, y otros treinta y cinco minutos más en coger el autobús e ir hasta nuestro destino.

—¿Me vas a decir adónde vamos? —quiso saber Hope mientras él la guiaba por las calles con su guitarra a la espalda.

No tenía la menor idea de dónde estábamos, pero dado el estado deteriorado de la hilera de casas adosadas por las que avanzábamos, supuse que se trataba de una zona humilde.

—Ahora lo sabrás —contestó él.

—Odio la Navidad.

—No seas tan gruñona. ¿Cómo puedes creer en todas tus historias y no en esta?

—Creí.

El Chico Azul no dijo nada. Me habría gustado poder explicarle lo que significó esa primera Navidad sin su hermano para Hope. Y todas las siguientes. El vacío, un recordatorio de algo que había existido y que ya nunca más existiría. La pérdida. La huida de la magia. Sus padres no volvieron a celebrar nada, en aquella casa solo había espacio para el dolor. Y aunque al principio Hope siguió creyendo a escondidas, pronto se dio cuenta

de que lo único que quería nadie se lo podría dar jamás.

Al llegar a la esquina, el Chico Azul nos hizo cruzar la carretera y nos detuvimos nada más alcanzar la otra acera.

—¿Ves esa casa de ahí? —Señaló una casita marrón, de dos plantas, con el sitio justo en la entrada para un coche.

Las luces estaban encendidas y alguien había abierto la puerta.

—¿Es tu casa?

—No —contestó él, llevándose un dedo a los labios para que bajara la voz.

Observamos cómo un señor salía de la casa para quitar la nieve de los cristales y calentar el coche. Un rato después salió una mujer seguida de cuatro niños, dos de los cuales no llegaban a los cinco años. El más pequeño lloraba como si alguien le hubiese dado un buen pellizco y se abrazaba a los pies de la mujer, rogándole que lo cogiera en brazos.

—No entiendo nada —dijo Hope, pero en ese momento alguien más salió de la casa. Era Raven—. Oh.

Con infinita paciencia, Raven cogió al niño pequeño en sus brazos e intentó calmarlo mientras sus padres se despedían y entraban en el coche. Un minuto después solo quedaron ellos cinco, contemplando la carretera vacía.

—Vamos, todos dentro —los apremió Raven al tiempo que acunaba al niño.

—Había una vez una niña que no pudo serlo —empezó el Chico Azul, apoyándose en la valla mientras veíamos cómo Raven cerraba la puerta—. Según iban llegando sus hermanos, tuvo que ir dejando de ser una niña para convertirse en madre mientras sus padres trabajaban. Y trabajaban mucho para mantenerlos a todos. —Hope, que había estado observando la escena, se volvió hacia él y le dio la mano. Él sonrió—. La niña creció y dejó atrás muchas cosas. Sus juguetes, sus amigos y casi todo su tiempo. Pero lo peor fue que también tuvo que olvidarse de sus sueños, porque no eran seguros. Ella quería estudiar Arte Dramático, pero se conformó con entrar en Administración y Finanzas. Sus padres se esforzaban mucho para que ella tuviera una educación y tenía que hacer sacrificios, por amor a su familia. Al fin y al cabo, los sueños no dan de comer. Nunca se enfadó por eso, todo lo contrario. Se sentía agradecida y ayudaba en todo lo que podía. Todas las mañanas se levantaba muy temprano para cuidar de sus hermanos y llevarlos al colegio. Luego se iba corriendo a la universidad y tenía que perderse las últimas horas para recoger a los niños e ir a casa. Menos los días en los que

trabajaba, que una amiga de su madre se encargaba de los niños. Un favor que tenía que devolver arreglándole el jardín —matizó—. Y si esto te parece poco, todavía le quedaba tiempo para estudiar hasta muy tarde cada noche, y para ir todos los sábados a Collodi y volver a ser aquella niña cuya única preocupación era ser una niña.

Al comprobar que a Hope le temblaban las manos, él se las llevó a los labios e intentó calentárselas con su aliento, aunque yo sabía que Hope no temblaba de frío.

—Es una historia muy triste.

—¿Tú crees? Yo creo que es una historia muy bonita sobre una chica muy valiente. No todos tenemos el valor de renunciar a nuestros sueños por las personas a las que queremos, y hacerlo de corazón.

En ese momento, quise un poquito más a Raven. La chica que había arropado a su hermano en nada se parecía a la mimo que acudía cada sábado a Collodi. Eran dos personas completamente distintas. La persona que era y la que quiso ser.

—¿Por qué me cuentas esta historia? —preguntó Hope.

—Todavía me quedan otras dos, lo sabrás entonces.

CAPÍTULO 66

Segunda historia. Si no te atreves

La segunda parada poco tenía que ver con la primera. Tardamos más de una hora en llegar y, como la vez anterior, nos situamos frente a la casa, una enorme construcción de tres plantas con su jardín delantero, que estaba rodeada por una valla que la aislaba del exterior.

—¿Aquí vive Diggs? —preguntó Hope, pues imaginaba que la siguiente historia tendría que ver con él.

—Pensaba que no te gustaban los regalos —le susurró el Chico Azul al oído.

No tuvimos que esperar mucho, pues la puerta de la verja se abrió y vimos que Diggs salía y se apoyaba contra las rejas, con la mirada perdida en algún punto de la carretera nevada. A pesar del frío, llevaba el abrigo sujeto en un brazo. Ni una sola arruga se atisbaba en su ropa: camisa, jersey y corbata. Nos quedamos embobados mirándolo, como si aquel que veíamos fuera el disfrazado y el mago que acudía cada día a Collodi el de verdad.

Hope se volvió hacia el Chico Azul.

—¿Ese es Diggs? —preguntó, a lo que él contestó con un gesto de asentimiento—. No parece él. Cuéntame su historia.

El Chico Azul se tomó unos segundos para encontrar las palabras.

—Si tuvo algún sueño cuando era niño, no tengo ni idea de cuál fue. La verdad es que ni siquiera sé si alguna vez fue un niño. Diggs no es de los que se dejan conocer; siempre está mintiendo, burlándose, haciendo daño a los que se acercan demasiado y se preocupan por él, como pasa con Raven. —Su gesto se endureció—. Pero no siempre fue así. Hubo un tiempo en el que Diggs conoció la esperanza, por pequeña que fuera esta. Sucedió una noche en la que sus padres lo llevaron al teatro y vio a un mago por primera vez. Entonces supo que quería ser él; por fin se había encontrado. Por una vez en su vida pensó que podía ser especial, que estaba destinado a algo grande.

Hasta que un gigante aplastó cualquier rastro de esperanza con un solo dedo. Tú que lees un montón seguro que te sabes alguna historia de padres malvados.

—¿Cómo los de *Matilda*?

—No exactamente. Diggs no tiene ningún poder contra su padre; ya sabes, no tiene telequinesis. —Le hizo un gesto hacia el coche que salía del garaje —. Él decide lo que estudia, con quién sale o cómo será su futuro. Por decidir, incluso decide qué ropa debe ponerse todos los días. Si supiera que viene a Collodi, le caería una buena.

—¿No sabe que es mago?

—Claro que no. Cada día en Collodi es una batalla ganada en la guerra que mantiene con su padre. Por eso nunca piensa en el mañana ni en el ayer. Vive la vida paso a paso, según viene.

—¿Y su madre? —quiso saber Hope.

—También decide por ella.

—¿Y qué pasa si se niegan?

El Chico Azul la miró con intensidad.

—¿Tú qué crees?

No hizo falta una respuesta.

—Ojalá su magia pudiera cambiarlo todo —musitó Hope.

—Ni siquiera la magia puede hacer algo si no te atreves a usarla.

Mientras el Chico Azul observaba cómo la sombra de lo que era Diggs se metía en el coche, nosotros lo miramos a él, invadidos por una sensación de desamparo.

Tanto Hope como yo tuvimos el presentimiento de que la última de las historias sería la peor.

CAPÍTULO 67

Tercera historia. Dónde estés tú

Tardamos casi medio día en llegar a la tercera historia, de modo que ambos comprendimos el motivo por el que el Chico Azul había venido a buscarnos tan temprano.

Fue un largo trayecto a través de trenes y autobuses en el que solo nos detuvimos para comprar comida.

—En serio, ¿adónde me llevas? Nunca en mi vida pensé que me alejaría tanto de Folktale.

—¿No confías en mí?

—Es un poco tarde para preguntar eso, ¿no te parece?

Él sonrió. Le apartó el pelo de la cara y depositó un beso en sus labios, un gesto tan sencillo que dejó a Hope descolocada.

—¿Y ya está? —inquirió ella.

—¿Ya está qué?

—Me refiero al beso.

—¿Qué pasa con el beso?

—Nada, es que... —Pero Hope no terminó la frase. Habíamos alcanzado nuestro destino y el Chico Azul le hizo un gesto para que lo siguiera.

Esta vez no le dio la mano. El resto del camino lo hicieron en silencio; él mirando al frente, ella cabizbaja y con cientos de palabras que ansiaban salir de sus labios. Ni siquiera se fijó en que no había nada a nuestro alrededor, solo árboles algo manchados por la nieve que había ido derritiéndose a lo largo del día y una carretera que daba acceso a lo que parecía ser un cementerio.

Cuando Hope se dio cuenta de dónde estábamos, se detuvo en seco. Era normal, los dos habíamos pasado demasiados domingos en un cementerio como ese, huyendo de la soledad.

El Chico Azul comprendió que no debía de ser fácil para ella y su rostro se

suavizó.

—Vamos. No estaremos mucho rato —le prometió, tendiéndole la mano.

Hope apretó su mano con fuerza. A pesar de su deseo de seguirle adonde fuera, sus pisadas eran lentas; cargaban un dolor que siempre llevaría consigo y que se hacía más latente conforme nos acercábamos a las tumbas y leíamos nombres y fechas al azar. Una vieja costumbre nuestra, inventarnos historias sobre los que allí descansaban. Solo que ahora era otro el que iba a contar su historia.

Nos detuvimos junto a dos tumbas de piedra muy cuidadas a pesar de los años que llevaban azotadas por la naturaleza. El Chico Azul apartó las ramas que se agolpaban a su alrededor y dedicó varios minutos a limpiarlas con un cuidado que dejaba claro lo importantes que eran para él. Cuando terminó, se sentó frente a ellas y sacó la guitarra de la funda, además de dos rosas, que colocó sobre las lápidas con el mismo cuidado.

—Ven, siéntate —le pidió a Hope, que se sentó con cuidado a su lado—. Te presento a mis padres, Jamie y Hannah. Siento no haberte hablado de ellos, prefería presentártelos formalmente.

—Hola —los saludó Hope.

—Odio hablar de esto porque siempre tengo que responder a un millón de preguntas y la gente tiende a compadecerse de mí. Es inevitable. —La miró con una sonrisa—. Ahora mismo lo estás haciendo.

—Claro que no.

—Venga ya, estás a punto de echarte a llorar. No te he traído para eso.

—¿Y para qué me has traído?

—Todavía no. —Él levantó el dedo índice—. Tengo que contarte mi historia.

—No tienes que hacerlo.

—Quiero hacerlo. —No quedaba ni un atisbo de sonrisa en sus labios. Sus ojos se apartaron de los de ella, agarró la guitarra y comenzó a tocar. Pero esta vez la letra eran sus palabras, las notas que salían de la guitarra solo la melodía de acompañamiento—. Murieron cuando tenía un año. Los únicos recuerdos que tengo de ellos son los que me contaba mi abuela cuando todavía vivía. Mis padres también eran huérfanos, pero esa es otra historia. El caso es que viví con mi abuela un tiempo y luego fui adoptado por la misma familia que adoptó a mi tía. No son mis padres biológicos pero como si lo fueran, son los únicos que conozco. A ellos —dijo, señalando a las tumbas—

solo he podido imaginármelos. Sé cómo es la voz de mi madre, cómo suena la guitarra a manos de mi padre, puedo escuchar su risa y ver las caras que ponen cuando están felices. Algunas cosas son verdad y otras me las invento, pero ¿qué más da? Tú me has enseñado que no importa, que siempre hay algo de verdad en todas las historias.

Guardó silencio durante unos segundos en los que tocó la misma melodía lenta que había tocado cuando me secuestró.

—Pero vivir de mentiras tiene sus efectos colaterales. Mi tía me transmitió su amor por la música y, de alguna forma, hice mío el sueño de mi padre. Me gusta tocar —dijo mientras sus dedos acariciaban las cuerdas—, más que gustarme, para mí es casi como respirar. Nunca elegí la música, es como si ella me hubiera elegido a mí. No sé vivir sin mi guitarra. Pero ¿de verdad quiero dedicarme a eso? ¿Lo hago por mí o por el recuerdo de mi padre? He perdido la cuenta de las veces que llevo haciéndome las mismas preguntas. Mis padres están siendo pacientes conmigo. Me han dado un año para mí, para que me lo piense, para que descubra qué es lo que quiero hacer con mi vida. El futuro me daba miedo —confesó.

—¿Y ahora? —preguntó Hope—. ¿Tienes respuestas?

Él se volvió hacia ella.

—Tengo una respuesta, la única que necesito. ¿Quieres saber cuál es? —Hope dijo que sí con la cabeza—. Tú, tú eres la respuesta.

—No entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—¿Cómo puedo ser yo la respuesta?

—Desde que te conozco ya no necesito buscar respuestas. No necesito preguntarme quién soy, porque sé quién soy. —El Chico Azul meneó la cabeza y vi que tenía los ojos rojos—. Lo que hacemos en Collodi, jamás pensé que podría llegar a hacerlo. No pienso en mi padre ni en nadie más que en mí y en tus historias y en lo que siento mientras estamos creando algo. —Sus labios se curvaron en una sonrisa que me pareció que estaba repleta de sueños—. Y siento que puedo hacer todo lo que quiera con mi guitarra, que puedo conseguirlo. Lo que quiero decir es que mi futuro está donde estás tú. En Folktale, en Collodi o en la luna.

Hope tragó saliva antes de volver a enfrentarse a su mirada.

—No es para que te asustes —bromeó él mientras seguían saliendo notas de la guitarra.

Ella no pudo evitar reírse.

—Lo siento, no sé qué decir.

—No hace falta que digas nada.

—Pero quiero decirte muchas cosas. Antes no te estaba compadeciendo, solo compartía tu dolor, como tú has compartido el mío otras veces. Y antes de eso, no quise que pareciera que no me gustan tus besos, solo es que...

—¿Qué? —preguntó el Chico Azul.

En lugar de responder, Hope lo agarró de la camiseta y se inclinó para besarlo. De Hedgehog salió una última nota antes de que las manos del Chico Azul se posaran en la cintura de Hope. Un beso lento, tímido, que pronto se tornó más profundo. Un beso que hizo que Hedgehog y yo también nos besáramos, estando como estábamos entre los dos.

Cuando Hope se apartó, vi que tenía la cara roja y respiraba con dificultad.

—Si tú puedes, yo también.

—Acabas de besarme delante de mis padres, descarada —dijo sonriendo. Por su voz, supuse que a él también debía de faltarle el aliento—. Pero puedes hacerlo cuando quieras, no voy a quejarme.

—Idiota. —Hope lo empujó hacia atrás, aunque él se resistió a soltarla—. Todavía no me has dicho el porqué de las tres historias.

—¿Tienen que tener un porqué?

—Pues claro. Es como *Canción de Navidad* y los tres fantasmas; sin la moraleja no tendría sentido.

—Tienes razón. Hay un porqué escondido detrás de las tres historias. —Se lo pensó mientras guardaba la guitarra dentro de la funda—. Quería que vieras que todos tenemos una historia. Más triste o más alegre, eso es lo de menos. La vida es así, no hay nadie que no tropiece alguna vez. Enfrentarnos a ella todos los días..., ese es el reto. Algunos, como Raven, lo hacen y no les tiembla el pulso. Otros, como Diggs, ni siquiera lo intentan, porque el miedo es más grande. Y luego están los que son como yo, con una vida normal y corriente pero que tienen también sus cosas, porque todos tenemos algo. —Respiró hondo—. Lo que quiero decir es que ninguna vida es fácil, tú lo sabes mejor que nadie. No importa lo que hagas o adónde vayas, tu pasado siempre irá contigo. Tu futuro, en cambio, es el resultado de lo que hagas ahora.

—¿Crees que no lo hago bien?

—Eres la persona más valiente que conozco. No te das cuenta, pero haces

que los problemas de los demás parezcan cosas de críos. Te enfrentas a la vida como nadie lo ha hecho nunca.

—¿Pero...?

Él se echó a reír.

—Pero es hora de que la vivas por ti misma.

—¿Crees que no lo hago? ¿Qué crees que he estado haciendo todo este tiempo?

—¿De verdad no lo sabes? —El Chico Azul se acercó para desatar el cinto que me mantenía pegado a Hope—. ¿Por qué no le preguntamos a Wave?

Ahí estaba yo, otra vez en manos del Chico Azul. Hope me miraba con cara de susto; él, en cambio, parecía saludarme como a un viejo amigo.

—¿Por qué no le dices a Hope lo que ha estado haciendo todo este tiempo? —me animó, encarándome a ella.

Agaché la mirada. Fue un gesto cobarde, soy consciente de ello, pero nadie me había preparado para ese momento. Hasta que apareció él, yo había sido el único testigo, el único que cargaba con el peso de los motivos que llevaban a Hope a actuar como lo hacía. Por supuesto, sabía lo que había estado haciendo. A fin de cuentas, yo la había ayudado a hacerlo; era su cómplice y seguiría siéndolo todo el tiempo que ella necesitara.

—Sobrevivir —respondí. Y juro por toda mi madera que en ese instante los dos pudieron escucharme.

CAPÍTULO 68

Villanos

¿Alguna vez te has preguntado cómo sería un villano en la vida real? ¿Has pensado siquiera en el hecho de que existan?

A lo largo de mi vida con Hope había aprendido a distinguirlos gracias a todas las historias que me había contado. Para mí los villanos solo podían encontrarse dentro de las tapas de un libro. Los había de todas las formas y colores y llegaban a la vida del protagonista para destruir lo que más le importaba. Eran cínicos, despiadados, bestias sin compasión. Cuando pensaba en un villano, me venían a la mente nombres como Voldemort —no pongas esa cara, ya a nadie le da miedo—, Moriarty, Garfio, Cthulhu —Lovecraft no pensó en mí. Al no ser humano sí que sabía pronunciarlo—, las arañas de *El señor de los anillos* o aquel payaso horrible de nombre insulso. Unos más horribles que otros, pero villanos todos. Y ficción.

Nunca imaginé que en la vida real también pudieran existir.

Pero existen, lo supe cuando aquellas niñas nos arrojaron los globos. Los humanos tienen la opción de poder ser héroes o villanos. Una elección, una sola, puede cambiar la vida de todos los que les rodean; hacerla fácil o difícil. De ellos depende.

Da vértigo que una sola persona tenga tanto poder, ¿verdad? Sal a la calle y mira a tu alrededor; cualquier persona podría ser un villano paseándose en libertad sin despertar sospecha. Así son los villanos, astutos enmascarados a los que no ves hasta que es demasiado tarde. Incluso puede que el peor de los villanos en tu historia sea el héroe de otra.

No es fácil enfrentarse a un villano y salir sin rasguños, pero siempre se consigue, y de ahí lo bueno de la ficción. Los villanos solo son una piedra en el camino, una excusa para poner las cosas interesantes y retar al héroe. Pero nunca ganan. En la vida real, sí que lo hacen.

Como todos los sábados, nos habíamos reunido en Collodi para pasar el día

juntos y afrontar el reto de crear una historia que cambiara algo, lo que fuera.

Todavía no habíamos empezado y algunas personas ya se habían reunido a nuestro alrededor. A estas alturas no había casi nadie en Collodi que no nos conociera. Los dependientes de las tiendas más cercanas dejaban lo que estaban haciendo para asomarse a ver la representación. «Ahí están los cinco», murmuraban emocionados. Nos habíamos convertido en la voz de la esperanza.

Hope me estaba desatando del cinto, mientras los demás se preparaban, cuando vimos a un villano disfrazado de hombre de negocios. Un hombre imponente en altura y personalidad, de rasgos duros y ropas caras. Sonreía a nadie en particular cuando se acercó a Diggs y lo cogió por un brazo.

A Diggs se le borró la sonrisa que un momento antes le dedicaba a Raven. Dejó de ser Diggs, el mago, para convertirse en un completo desconocido; pálido, asustado, diminuto. No hizo falta que dijera nada para saber que era su padre, solo él podría robarle toda la magia de la que siempre presumía.

—¿A esto te dedicas todos los días? —El hombre le apretaba el brazo tan fuerte que Diggs compuso una mueca de dolor—. ¿A qué estás jugando?

—A nada, yo...

—¿A nada? —La sonrisa de su padre permanecía inalterable y supe que era de ese tipo de personas que aparentan ser una cosa y son otra muy distinta—. ¿Te haces una idea del dinero que he invertido en tu educación? ¿Y cómo me lo pagas? Jugando a mendigar por las calles —respondió por él—. ¿Es que quieres avergonzarme? ¿Es eso lo que quieres? —insistió, tirándole más fuerte del brazo.

—No. —Diggs bajó la mirada, pero todos vimos cómo su cara había enrojecido, no tenía claro si por el dolor o por la vergüenza.

—Señor, no mendigamos. Solo nos divertimos —explicó el Chico Azul, adelantándose a ellos—. ¿Nunca ha visto una actuación callejera? Yo toco la guitarra, ella hace la coreografía —explicó, haciendo un gesto hacia Raven—, ellos dos cuentan la historia —nos señaló a Hope y a mí— y su hijo es el mago.

El padre de Diggs ignoró al Chico Azul como si este solo fuese un insecto que había osado interponerse en su camino.

—Un mago, ¿eh? —le dijo con desprecio a su hijo, que se había encogido más sobre sí mismo—. La magia no te va a ayudar a aprobar los exámenes, no te va a dar de comer ni te va a hacer un hombre. ¿Cuándo vas a dejar de

comportarte como un maldito crío? ¿Cuándo? —repitió, zarandeándole para que reaccionara.

Diggs se enfrentó a sus ojos y supe que no había nada que hacer. Lo había anulado. Me pregunté dónde estaba el chico que sacaba una paloma del sombrero y la hacía volar, el que lanzaba aviones de papel para descifrar un misterio en el que no quería creer, el que manejaba las cartas como quien maneja los hilos del destino. Por más que buscara, no lo veía por ninguna parte.

—¡Vamos, Diggs, plántale cara! —grité al ver que el Chico Azul se había quedado sin saber qué decir y que Raven tenía la mirada perdida en algún punto del suelo.

A nuestro alrededor, el pequeño grupo de espectadores contemplaba la escena con una mezcla de curiosidad y recelo. No tenían claro si debían quedarse o marcharse; algunos incluso se preguntaban si ese hombre formaba también parte del espectáculo.

—Muévete. Seguiremos esta conversación en casa. —El hombre soltó a Diggs y le dio un empujón en la espalda para que caminara.

Estaba enfadado, enfadadísimo. Me habría gustado que Hope enredara mis hilos en los pies del padre de Diggs y que se hubiese dado un buen tortazo para que una vez en el suelo se le borrasen los malos gestos. Quizá por eso no me fijé en Hope, ni en la rigidez de su cuerpo, ni en sus ojos abiertos de par en par, ni en su cara mucho más enrojecida que la del propio Diggs.

En realidad, no me fijé en nada hasta que Hope corrió hacia ellos y se interpuso entre Diggs y su padre para ponerle a salvo.

—¡No puede llevárselo! —gritó ella.

El Chico Azul se quedó lívido al verla, igual que Raven, que levantó la vista del suelo.

—¿Y tú quién eres?

—Su amiga —contestó Hope, lo que hizo que todas las miradas recayeran sobre ella.

—¿Lo has escuchado? —le pregunté. Había pasado de la furia al desconcierto más absoluto, sentimiento que sabía que compartía con todos los demás. Incluso Diggs, tan diminuto como era a ojos de su padre, observaba a Hope como si fuera un hada madrina venida de algún universo paralelo.

—No puede llevárselo —repitió ella con resolución.

El hombre le dedicó una sonrisa airada.

—Vámonos —le dijo a su hijo. Diggs no se movió—. Se acabó la pantomima esta.

—No lo entiende —siguió Hope—, si se lo lleva nunca estará con usted. Se llevará a un fantasma, no a su hijo.

—Cuántas estupideces.

—No se lo llevará.

—¿Tú me lo vas a impedir?

—Nosotros. —Esta vez fue Raven la que habló y se apresuró a colocarse delante de Diggs, justo a nuestra izquierda.

El Chico Azul hizo lo propio y se situó a la derecha.

—Puede llevárselo, pero nunca será suyo —continuó Hope.

—No tengo tiempo para esto —gruñó el hombre—. Óscar, muévete de una vez.

—¿Cómo puede estar tan ciego? —preguntó Hope. Imaginé entonces que en lugar de enfrentarse a los fantasmas de Diggs, estaba luchando contra los suyos propios—. Se ha reído cuando ha oído la palabra mago, pero puedo prometerle que su hijo es un mago. Y se lo demostraré. Solo tiene que quedarse a vernos. ¿Tan ocupada es su vida que no tiene diez minutos para su hijo?

—Óscar —insistió el hombre. Ya no se esforzaba en bajar la voz; la rabia era más grande que su disposición a guardar las apariencias.

—No puedo escuchar palabras. No se preocupe, estoy acostumbrada a que me miren así —aseguró Hope al verle la cara—. Hay pocas personas a las que puedo escuchar, ¿sabe? Puede creerlo o no. Llevo meses preguntándome por qué a unos sí y a otros no y lo único que me venía a la cabeza es que quizá solo puedo escuchar a aquellos que son especiales. —Me apretó contra su cuerpo para insuflarse fuerzas—. Pero de entre todas las personas de Collodi lo he escuchado a usted y ha conseguido que también pueda escuchar a su hijo a pesar de que no lo deje hablar. ¿Sabe lo que dice su hijo ahora mismo? Que lo necesita, a quien quiera que haya tras ese traje. Puede que ya no haya nadie, pero sé que en algún momento debió haberlo. Crea en él aunque nadie haya creído en usted.

—Pero ¿quién te has creído que eres? —espetó el hombre, horrorizado.

Me fijé en que Diggs observaba a Hope como si de verdad fuera una superheroína. Me alegré de ver que había recuperado su tamaño, de reencontrarme con el mago que había dentro de él.

—Puede llamarme Dilly. Y ahora, señor, crea en él. —Se volvió hacia Diggs—. ¿Vamos?

La respuesta del mago fue hacer una leve inclinación y llevarla de la mano hasta el lugar que debía ocupar. Con una sonrisa que llenaba sus caras, los demás los siguieron ante la atenta mirada del padre de Diggs, anclado al suelo por las palabras de Hope.

Como era de esperar, la historia que Hope narró era un dardo directo a ese hombre, pues hablaba de un buen padre que había repartido tanto amor que se había quedado seco, sin nada que ofrecer. El desgraciado hombre se sentía roto y, como no sabía cómo dar un amor que no tenía, lo que hacía era robar amor a los demás. Robaba amor como solo un villano sería capaz de hacerlo, con brutalidad, sembrando el odio a su paso hasta que se quedó solo, hasta que todas aquellas personas que portaban el amor que él había regalado se lo devolvieron todo, pedazo a pedazo, y desaparecieron de su vida. El hombre se quedó lleno de amor pero sin nadie a quien entregárselo. Y es que el amor, si no se comparte, si no se entrega sin esperar nada a cambio, también termina por marchitarse. Desgraciadamente, el hombre lo había descubierto tarde.

Las emotivas palabras de Hope y mis estudiados movimientos fueron acompañados por las lágrimas de una mimo que se abrazaba el pecho con fuerza, preguntándose qué podía hacer con ese amor que se le escurría de las manos. Por la melodía de «Eleanor Rigby», interpretada a la guitarra por el Chico Azul. Y también por las gotas que el mago hacía caer sobre el rostro de la mimo, que hacían que el blanco y negro de la pintura se escurriera por sus mejillas y adquirieran el efecto de desamparo que la actuación requería.

Los aplausos fueron ensordecedores. También hubo lágrimas; las del público, las de Raven, las que escaparon de los ojos de Hope por creerse egoísta, por haber pensado durante años que no había vida más desgraciada que la suya, y también las mías, de las que nadie sabe nada salvo tú y yo.

En cuanto recuperó la compostura, Hope buscó entre la multitud casi con desesperación, pero no había ni rastro del padre de Diggs.

Si vio o no la actuación, nunca lo supimos.

CAPÍTULO 69

El adiós que nadie llegó a pronunciar

La que sí estaba entre el público era Marianne y, aunque quisiera disimularlo, la actuación también había conseguido emocionarla a ella. El vestido blanco que llevaba, además del pelo recogido a un lado, le hacía parecer todavía más joven y hermosa.

Hope tardó en darse cuenta de que estaba allí, pues en cuanto su mirada se cruzó con la de Diggs este se abalanzó sobre ella y comenzó a darle vueltas en sus brazos.

Cierto es que éramos cinco, pero Marianne solo tenía ojos para Hope. Su cara no expresaba ni alegría ni tristeza, se limitaba a mirarla como quien se aprende de memoria un último recuerdo. Y eso era precisamente lo que hacía, aprendiéndose a Hope para no olvidarla cuando ya no estuviera a su lado. Un recuerdo podía ser más frágil que una fotografía, pero también era más valioso. Si se pudiera robar un momento de un ser querido, un solo instante, estaba seguro de que Marianne se llevaría ese: Hope, riendo a carcajadas mientras daba vueltas y más vueltas con las risas de Raven y del Chico Azul coreando su felicidad. Yo ni siquiera me veía, aplastado entre ella y el mago.

Podía imaginar cómo miraría Marianne esa escena. Hope ya no era la niña asustada y solitaria que se escudaba tras una vieja marioneta. Había cambiado como lo había hecho el mago momentos antes, con la diferencia de que ella lo había hecho avanzando, usando a la vida como bastón para no caer.

—Sabía que mi magia lo conseguiría. Preparé un gran hechizo, ¿sabes? Pero vas tú y escuchas a la única persona en el mundo a la que nadie querría escuchar. —El mago había vuelto y esa era su manera de decirle lo agradecido que estaba por lo que había hecho por él.

—Siento decirte que sigo sin poder escucharte —dijo Hope al ver que Diggs movía los labios.

El mago acarició el pelo de Hope para sacar una rosa roja pero no llegó a

dársela; al ladear la cabeza Hope había descubierto a Marianne a unos pasos de nosotros.

—¡Marianne! —exclamó—. ¡Has venido!

—Me hiciste prometértelo —le recordó.

—Pero no me dijiste cuándo.

—A veces el cuándo no es lo importante.

Hope sonrió, llena de felicidad.

—Ven, que te los presento a todos.

—No, espera, déjame que adivine. —Marianne avanzó hasta Diggs y lo miró de arriba abajo con bastante descaro, tal y como él hizo con ella nada más verla—. Tú debes ser Diggs, el de las palabras mágicas.

—Y esta rosa, para la dama de blanco.

—Lo siento, las prefiero blancas.

Diggs se hizo el ofendido.

—Eso es discriminación.

—¿No vas a dedicarme una palabra mágica? —quiso saber Marianne.

Él se hizo el interesante mientras levantaba una mano y arrugaba el ceño.

—*¡Arresto Momentum!*

Marianne enarcó las cejas.

—¿Qué significa?

—Solo quería detener el tiempo —explicó él—, para disfrutar de tu belleza. —Hizo una reverencia, pero Marianne ya tenía los ojos puestos en Raven.

—Y tú eres Raven, la que no necesita palabras para hablar. —Me miró a mí para un momento después mirar a Raven otra vez—. No te pareces en nada a Wave.

—Eso es porque le faltan los hilos —expliqué.

En lugar de hablarle, Raven le dedicó algunos gestos que hicieron sonreír a Marianne.

—Yo también me alegro de conoceros.

Había dejado al Chico Azul en último lugar a propósito, pues era a quien realmente quería conocer más de cerca. Marianne se puso delante de él y lo observó con detenimiento.

—Hola, Chico Azul.

—Hola, Rosaura —respondió él.

—No veo nada de azul en ti, y es la segunda vez que te veo.

—Nadie lo ve. Solo Hope.

Satisfecha, Marianne se dio la vuelta y cogió a Hope del brazo.

—Ahora os la devuelvo —informó—. ¿Me acompañas a la esquina?

—Claro. ¿Adónde vamos?

En lugar de contestar, Marianne le dijo:

—A mi padre le gusta controlar el tiempo. Lleva un reloj de bolsillo y calcula el tiempo al milímetro. No quiere perderse nada y mucho menos dejar que se le escape. Es estresante. —Hizo una mueca—. ¿Tú qué crees? ¿Crees que se puede controlar el tiempo?

—Claro que no —contestó Hope.

—Exacto. Lo que puedes controlar es lo que haces durante ese tiempo. Hay mucha gente que se pasa la vida intentando controlar la de los demás porque no sabe qué hacer con su tiempo y otra que se esfuerza cada día por dirigir su vida, sin llegar a conseguirlo. No me gusta ninguna de esas dos opciones. Para mí el tiempo es algo que hay que gastar. Gástalo todo, Hope, exprime hasta la última gota. El tiempo que no gastas lo pierdes, y el tiempo perdido es irrecuperable.

—Hablas como si cargaras con todo el tiempo del mundo —señaló Hope con un hilo de voz.

—Porque lo hago, cargo con todo el tiempo de mi mundo. Lo único que espero es no dudar nunca sobre lo que quiero hacer con él.

Al llegar a la esquina se detuvo y me cogió en brazos.

—Lo siento, Wave, no te había saludado. —Me besó en la mejilla antes de devolverme a Hope—. He visto la actuación, sois muy buenos —le dijo a Hope—, y sabes que no lo digo por decir.

—No importa si no lo somos. Disfrutamos haciéndolo y eso es lo que importa.

—Pero ¿qué dices? —la regañó Marianne—. ¿Sabes lo importante que es en mi mundo ser o no ser bueno? Lo es todo, Hope. Eres los pasos que das, el nombre que está en boca de todos. Si tropiezas, no esperan a que te levantes. Siempre habrá alguien más esperando su turno.

—¿Cómo lo haces? Yo no podría.

—Podrías. Tal vez no a mi ritmo, pero podrías. Emplearías tu tiempo de manera diferente, con ellos. —Señaló hacia donde estaban los otros—. Si te caes, no estarás sola. —Apartó la mirada para consultar su reloj—. Me tengo que ir. Ya nos veremos, Hope —le dijo antes de alejarse de nosotros.

—Gracias por venir —gritó Hope con una sonrisa que se le borró de los labios al repasar la conversación, al contemplar el modo en que Marianne caminaba mirándolo todo a su alrededor, imprimiendo recuerdos. Un presentimiento que no tardó en apartar de ella.

Yo ya lo sabía, me di cuenta nada más verla tras la actuación. Sabía que Marianne había venido a despedirse, que esa era la única manera en que podía hacerlo. Marianne no era de esas personas que celebran el adiós como si la ocasión lo mereciera, sino de esas otras que prefieren irse sin el recuerdo del sabor amargo de la despedida.

No le había dicho adiós, ni siquiera le había dado un abrazo. Le había hablado como de costumbre, con sus frases llenas de dobles sentidos y sus silencios cargados de palabras. Y cuando se marchó lo hizo sin volver la vista atrás, dejando allí la esperanza de un mañana que no llegaría, el adiós que nadie llegó a pronunciar.

Lo que no sabía es que nunca más volveríamos a verla.

CAPÍTULO 70

Maestros titiriteros

Que lo sucedido con el padre de Diggs tendría sus consecuencias era algo que todos sabíamos. Diggs también lo tenía asumido. Quizá por eso había hecho todo lo posible por alargar el momento de volver a casa. Se le veía feliz, ansioso por comerse la vida en unas pocas horas, mientras en su interior el miedo iba abriéndose camino como el veneno de una serpiente.

Aquella noche habíamos acabado cenando en un bar muy cerca de la playa y cuando los camareros comenzaron a recoger las mesas, decidimos pasear por la avenida. Entre confidencia y confidencia noté cómo el aliento de una amistad que ninguno creyó posible nos iba envolviendo a todos. Me fijé en las caras y pude ver familiaridad, confianza, cariño. También noté cómo los ojos de Hope brillaban bajo la luz de la luna y su rostro sonreía al sentir la voz cercana del Chico Azul cada vez que le traducía algún comentario, aunque por aquel entonces Hope apenas necesitaba de palabras para entenderlos.

Por más que busqué, no vi atisbo de soledad en ella. Me sentí inmensamente feliz, pero también noté la tristeza que sigue a la felicidad, esa que va implícita en ella, que te araña e intimida y que no sabes bien cómo afrontar. Y es que para mí ese tipo de felicidad siempre implicaba una pérdida.

Solo cuando Raven decidió que era hora de regresar a casa, nos separamos con el regusto amargo de no saber cómo irían las cosas a partir de entonces.

Después de eso, el mago estuvo días sin aparecer por Collodi. Nosotros esperamos con paciencia, pero también con el miedo de no volver a verlo. El Chico Azul estaba inquieto y Raven alicaída. Y en cuanto a Hope..., ella solo pensaba en la manera de rescatarle.

Sin Diggs nada era lo mismo.

Regresó tras casi una semana de ausencia. No hizo falta que dijera nada

para que comprendiéramos que las cosas con su padre no habían salido demasiado bien. Era algo en su manera de caminar, como si el cuerpo le pesara, y en la forma con la que miraba al mundo, con la vista puesta en el suelo en lugar de al frente. Muchas veces tenían que repetirle algo para que se diera por aludido y otras tantas se dedicaba a contestar con silencio.

Y luego estaba el hecho de que no vino solo. Una chica lo acompañaba.

—No puedo creerlo —dijo Raven al distinguirlos a lo lejos.

Diggs sonreía con desgana, la chica en cambio lo miraba como si solo existiera él en el mundo, con una mezcla de timidez y admiración. Era bajita y pelirroja y llevaba un vestido verde que resaltaba sus ojos, del mismo color. Parecía una muñequita de porcelana de tan pálida que tenía la piel y cuanto más se acercaba, más bonita me parecía. Hasta que estuvo a tan solo unos centímetros de nosotros y la reconocí justo en el mismo momento en el que ella me reconoció a mí. Mi percepción de ella cambió al instante; se convirtió en una muñeca horrorosa a la que me dolía mirar.

Intenté fijarme en la cara de Hope pero me era imposible desde mi posición. Aquella chica era, sin ninguna duda, una versión más adulta de la chica que nos invitó a su cumpleaños solo para humillarnos. Comprobé que sus ojos se quedaban fijos en mí y no supe descifrar la expresión de su cara.

—Esta es Alice —la presentó Diggs, desplomándose en el banco.

La chica compuso una sonrisa y se alisó el vestido.

—Me han contado que hacéis magia —dijo mientras hacía lo imposible por no mirarme—. Estoy deseando verla.

—Pues no perdamos el tiempo —musitó Raven, quien de repente tenía prisa por marcharse—. Tengo que trabajar esta tarde.

Mis pensamientos se hallaban perdidos en aquel suceso del pasado. Sus rostros, inocentes, angelicales, se habían convertido en una de mis peores pesadillas. Recordaba las risas, los insultos, la desesperación, la agonía. El tictac de los relojes que se cernían sobre Hope, repletos de falsa ilusión. Desde ese día nunca volvimos a verlas. Hope hizo todo lo posible por evitar la plaza; en realidad, se alejaba de cualquier lugar con niños de su edad. No es que yo tuviera nada en contra de eso, pues a excepción de Hope nunca me gustaron, pero ese día perdió algo muy importante: la curiosidad. Algo que antes le había fascinado, que acostumbraba a robar a hurtadillas cada vez que acudía a la escuela y se escondía frente a la puerta de la entrada para empaparse de los sueños de los niños que nunca serían sus amigos, se

convirtió para Hope en algo que debía olvidar.

Mientras observaba cómo Alice sonreía y hablaba con ellos me pregunté si alguna vez en todos esos años había pensado en Hope, si ella también habría derramado todas las lágrimas que Hope derramó, si habría sentido el mismo agujero abrasador en el pecho. Me preguntaba, sobre todo, si nosotros habíamos sido una anécdota más de su infancia o si realmente la habíamos cambiado como ella había hecho con nosotros. Es increíble cómo un suceso sin importancia para algunos, una simple broma, puede afectar directamente a la vida de otros hasta el punto de marcarla a fuego. Seguramente Alice no nos había dedicado ni un solo pensamiento pero nosotros habíamos pensado muchísimo en ella. Quizá, demasiado.

El Chico Azul aprovechó que Alice se había sentado en el banco para situarse junto a Diggs, que preparaba sus cosas para la actuación.

—Me resulta familiar. —Hope también se había acercado a Diggs y miraba de soslayo a Alice con curiosidad.

Diggs sonrió, aunque más que una sonrisa pareció una mueca.

—Alice tiene ese efecto en la gente.

—¿Quién es? —le preguntó Hope al Chico Azul.

—Son sus cadenas —contestó él de mala gana—. Es la chica con la que a su padre le gustaría que saliera. Lleva años intentándolo.

—Una niña de papá que no sabe qué hacer para llamar su atención —murmuró Raven por lo bajo, fingiendo estar concentrada en colocarse los guantes.

El Chico Azul ignoró el comentario de Raven y se inclinó ligeramente para preguntarle al mago:

—¿Cómo estás?

Diggs, que ya tenía la mesa lista, se levantó dejando escapar un largo suspiro.

—De repente a mi padre le parece bien que su hijo sea mago en sus ratos libres. Se lo ha dicho a todos sus amigos para que vengan a verme. —No era alegría lo que desprendían sus palabras sino rabia, una rabia inmensa que algún día estallaría.

—¿Sabes lo que pretende? —dijo el Chico Azul—. No puede impedir que vengas, pero hará lo posible para que lo dejes. No se lo permitas.

—Y menos con una niñera vigilándote todo el rato —añadió Raven, que apartó la vista al comprobar el efecto que sus palabras habían tenido en

Diggs.

—No es tan fácil, ¿vale? Intenta avergonzarme y lo está consiguiendo.

Hope tiró del brazo del Chico Azul cuando la curiosidad pudo más que ella. Este le resumió lo que acababan de hablar.

—No dejes que nada de lo que puedan decir cambie lo que sientes —le dijo Hope a Diggs, alcanzando su sombrero de copa para ponérselo con una tímida sonrisa.

En respuesta, Diggs le dio un beso rápido en la mejilla, gesto que la cogió desprevenida.

Alice nos observaba desde el banco. Parecía diminuta en Collodi, al contrario que en mis sueños, donde era gigante y monstruosa.

Nadie dijo nada más.

El Chico Azul se acercó a Hope y le susurró al oído:

—Vamos, Dilly. Cuéntame una historia.

Solo entonces Hope empezó a mover mis hilos mientras la avenida iba llenándose de gente. Me costaba prestar atención a la historia que se suponía que yo mismo estaba relatando; mis ojos no dejaban de apuntar a Alice, que absorbía cada momento como si de verdad hubiese magia en ellos. No había nada de malo en ella y, sin embargo, no podía evitar sentir miedo.

Es increíble cómo los villanos pueden seguir hiriéndote sin esforzarse, cómo los recuerdos son capaces de manejarnos como maestros titiriteros. Comprendí entonces que cada persona lleva una marioneta en su interior y que los hilos no son más que los propios recuerdos.

CAPÍTULO 71

La niña a la que le robaron un sueño

A partir de ese día, Alice se pasaba a ver a Diggs muy a menudo. También lo hacían algunos compañeros de clase y amigos de sus padres, cuya presencia conseguía que Diggs dejara de ser Diggs y se convirtiera en el correcto hijo al que su padre había amoldado a su imagen y semejanza.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Raven una de esas veces, tras acabar una actuación—. Se supone que aquí no eres más que Diggs, el mago.

Él la fulminó con la mirada.

—Déjame en paz.

—Te estás trayendo la mierda de casa y lo estás estropeando todo.

—Si te refieres a Alice... —Miró a su amiga de soslayo.

—Alice me da igual, me refiero a ti —repuso Raven—. Todos tenemos nuestras cosas, pero quedamos en que Collodi es nuestro sitio. ¿Por qué dejas que lo estropee?

Diggs sorteó la distancia que los separaba para encararla, ante la atenta mirada de los demás.

—¿Prefieres que no venga? ¿Eso es lo que quieres?

—Quiero que vengas tú, no el hijo de tu padre.

—¿Y qué te hace pensar que no somos la misma persona?

—Porque los conozco a los dos. —Un momento después, Raven se marchó sin despedirse de ninguno de nosotros.

Hope, que no se había enterado de la conversación, tuvo que recurrir al Chico Azul para que le explicara lo que había sucedido. Y mientras lo hacía, observaba cómo Alice se acercaba a Diggs y le decía algo que lo hacía reír, olvidándose del mal sabor de boca que la conversación con Raven había dejado en él.

Era evidente que Diggs sentía un enorme cariño por ella, del mismo modo que era obvio que el cariño de ella traspasaba los límites de la amistad. A

pesar de los reproches de Raven, con Alice no era el hijo de su padre sino una mezcla entre este y el mago. Un punto intermedio de las dos personalidades que llevaba dentro; rebeldía y templanza, dulzura y severidad. Parecía que nuestra villana era la heroína de otra historia.

Alice apenas se dirigía a nosotros, ya que en el fondo debía de saber que no era bienvenida, y en las ocasiones en las que lo hacía, dejando caer algún que otro comentario, Hope no podía escucharla. Lo que sí hacía era mirarnos, tanto que llegué a pensar que iba a desgastarnos. Se acordaba de Hope, de eso estaba seguro. De lo que no estaba tan seguro era de que Hope no la recordase. A veces la descubría mirando a Alice fijamente hasta que se iba e incluso después de hacerlo, perdida en recuerdos que yo no podía alcanzar. Nunca supe si llegó a reconocerla, como tampoco supe si había dejado de pensar en aquellas chicas o si las había perdonado.

Lo que sí supe fue que Alice estaba arrepentida.

Sucedió una tarde en la que Hope estaba leyendo en el banco. Yo no podía quitarle la vista de encima a Alice, pues llevaba un rato mirándola desde el banco de enfrente. La vi vacilar varias veces antes de atreverse a sortear la distancia que nos separaba y sentarse junto a nosotros. Hope le sonrió, sonrisa que Alice le devolvió con un atisbo de tristeza mientras sacaba un libro de su bolso y comenzaba a leer ella también. Hope todavía se la quedó mirando durante unos segundos más antes de reanudar la lectura. Yo estaba sentado en medio de las dos, pensando que en cualquier momento Alice nos iba a arrojar el libro a la cabeza, cuando la escuché hablar. Tuve que agudizar el oído, pues lo hizo en un susurro apenas incomprensible; si no la observabas muy atentamente, parecía que solo movía los labios mientras leía.

—Cuando te veía en la playa mirando el mar, sentía envidia de ti. Siempre quise ser exploradora de naufragios. ¿No te parece increíble? Hay miles de barcos bajo el mar y yo desde pequeña quería descubrirlos todos. —Guardó silencio un instante en el que me observó de reojo. Creo que me puse colorado—. Cuando eres una niña y se lo cuentas a la gente suele hacer gracia, pero cuando empiezas a crecer se ríen o te cuestionan. —Apartó los ojos de mí para mirar a Hope, pero esta continuaba con su lectura, ajena a sus palabras—. Supongo que era una tontería, pero era mi tontería. Al final dejé de ir a la playa. Llegué a odiar el mar. Quizá debería haberme odiado a mí misma por no ser lo suficientemente valiente para perseguir mi sueño. Y te veía a ti ahí, frente al mar que se había llevado todo lo que tenías, y no

parecías odiarlo. Parecías feliz y yo te tenía envidia. Si yo tampoco hubiese podido escuchar, ahora mismo podría estar bajo el mar. Si nadie me hubiese dicho que mi sueño era en realidad una estupidez, nunca lo hubiera sabido y habría sido feliz. Pero no, yo estaba ahí, haciendo lo que se suponía que debía hacer; y tú estabas siendo quien querías ser sin importarte lo que dijeran los demás o cómo te mirasen a ti y a esa estúpida marioneta. —Levanté la mirada, indignado—. Y ahora estás aquí y yo sigo en el mismo punto que cuando éramos unas niñas. Siento haber sido cruel contigo, solo era una niña a la que le habían quitado su sueño. Supongo que a ti eso te dará igual, que el daño que te hice es el mismo fuera por el motivo que fuera, pero quiero decirte que lo siento y que la Alice que exploraba barcos bajo el mar nunca lo habría hecho.

Miró a Hope otra vez y supe que una parte de ella esperaba que la hubiese escuchado. Sin embargo, también supe que si Hope hubiera podido escuchar, Alice jamás habría pronunciado aquellas palabras.

CAPÍTULO 72

La propuesta

Como todos los años, el teatro había cerrado sus puertas para tomarse un descanso y desde fuera el pequeño edificio parecía más dormido que de costumbre; un anciano de huesos frágiles, cansados, que chirriaban cuando le dabas la vuelta a la cerradura y accedías al interior.

Buscamos a Joseph por todo el teatro hasta que lo encontramos en la habitación de las telarañas —como Hope la había llamado nada más descubrirla—, con la cabeza metida en un armario atestado de papeles.

—¡Se ha ido! —Fue tal lo inesperado del grito de Hope que Joseph se golpeó la cabeza con el estante superior.

—¡Au! —gruñó él, frotándose la coronilla.

—Se ha ido —volvió a decir Hope.

—Tendrás que ser más específica.

—Marianne se ha ido. He ido a buscarla al teatro y me han dicho que se marchó el sábado.

—Ya sabíamos que se iba.

—Sí, pero no cuándo. El mismo sábado vino a vernos a Collodi y no me dijo nada de que se marchaba. No lo entiendo. —Hope sorteó una de esas telarañas que daban nombre a la habitación y se derrumbó en una de las sillas de cuero—. No lo entiendo —repitió.

Joseph se acercó.

—¿Qué no entiendes?

—Que no me dijera nada. Se fue y ya está, como un día más.

—Tal vez ella quería que fuera como un día más.

—Es mi amiga. —Hope me envolvió en sus brazos—. Las personas que más me importan nunca se despiden de mí.

—Un adiós implica que algo llega a su fin. ¿Qué prefieres, recordarlos como son o con un adiós en los labios?

—No es justo, ni siquiera pude darle un abrazo. No pude decirle que nunca la olvidaré.

—Dices que fue a verte a Collodi, ¿verdad? —Hope hizo un gesto leve de asentimiento—. ¿No te parece eso un abrazo?

—Pues no —contestó ella. De pronto, los ojos se le iluminaron—. Tú podrías encontrarla.

—¿Yo?

—Conoces a mucha gente, puedes preguntar adónde se ha ido. Si pudiera dar con ella...

—No puedes hacer eso. Si Marianne no se despidió de ti fue por un motivo de peso, ella quiso que fuera así y deberías respetar su decisión. Hay cosas que un adiós no puede terminar, ¿para qué pronunciarlo entonces? Un adiós solo significa lo que tú quieres que signifique; a fin de cuentas no es más que una palabra. Las historias son criaturas libres, salvajes. Tú me has enseñado eso.

—No la voy a volver a ver —dijo ella con tristeza.

—Lo harás cada vez que la recuerdes.

—Ni siquiera le he devuelto su diario.

—¿Qué diario?

Hope sacó el cuaderno de cuero del bolso para mostrárselo.

—Lo encontré en mi habitación. Iba a dárselo hoy. —Respiró hondo, vencida.

Él se la quedó mirando durante unos segundos mientras Hope acariciaba las tapas de cuero con las yemas de los dedos y se perdía en sus recuerdos con Marianne.

En silencio, Joseph, regresó a la tarea de rebuscar entre los papeles.

—He estado pensando —empezó a decir. Su voz sonó hueca dentro del armario— que podríais actuar aquí.

—¿Aquí?

—Considéralo mi regalo de Navidad.

Hope se inclinó hacia delante.

—Tú eres mi regalo de Navidad.

—Entonces considéralo el regalo de tu regalo de Navidad.

—Pero ¿cómo?

—¿Debo decirte cómo tenéis que actuar? —Joseph le dedicó una mirada significativa.

—Quiero decir que... ¿Te refieres a que podemos actuar aquí como lo hacemos en Collodi?

—Tú misma has dicho que conozco a gente. Solo tengo que hacer algunas llamadas y correrá la voz. A lo mejor no viene nadie, pero es un riesgo que merece la pena correr, ¿no crees?

—¿Actuar en Serendipity? —A Hope le brillaban los ojos por la emoción —. Sería como un sueño.

—Tendríais que trabajar mucho. Pegar carteles, ensayar, montar el decorado... Quién sabe, si sale bien podríais dedicaros a esto algún día.

—¿Crees que sería posible?

—¿Por qué no?

—¿Y si no viene nadie?

—¿Tenéis público en Collodi? —le preguntó Joseph.

—Sí.

—Pues traedlo.

Hope se levantó de un salto y se abalanzó sobre él para darle un abrazo. Con la emoción del momento no solo tiró el diario al suelo, sino que, además, hizo que Joseph se golpeará la cabeza una segunda vez.

—¿Quieres matarme? —gruñó.

—¡A besos! —gritó ella mientras recogía el diario del suelo, abierto de par en par. Y fue precisamente al mirar la página abierta cuando una idea cruzó por su mente—. Joseph, se puede encontrar la dirección de una persona con su nombre y apellido, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque sé cómo hacerle llegar el diario a Marianne. —Le señaló un nombre en la libreta.

—¿Quién es?

—El único que puede devolverle el diario a Marianne.

CAPÍTULO 73

Toda historia debería empezar con un abrazo

Cuando al día siguiente nos reunimos con los demás en la Avenida Collodi, Hope hizo una interpretación magnífica fingiendo que ninguno de sus amigos sabía nada acerca de la propuesta de Joseph. La realidad era que ya había hablado con el Chico Azul la noche anterior, cuando este se había presentado en el teatro silbando y asegurando que pasaba por ahí por casualidad, y él le había prometido que hablaría con Diggs esa misma noche, y que se encargaría de ponerle al tanto de los planes que él y Hope habían trazado. La única que no sabía nada era Raven.

A Hope no le costó nada fingir, lo llevaba haciendo durante toda su vida. Les dio la noticia con la misma naturalidad y emoción que empleaba en contar sus historias, haciendo hincapié en las ideas propuestas por Joseph y en todo lo que se le ocurría que podríamos hacer durante los días en los que el teatro sería nuestro.

Primero se hizo el silencio.

Después vino el aluvión de preguntas. Las de Diggs y el Chico Azul totalmente fingidas. Las de Raven eran más bien exclamaciones, meros esfuerzos por creer que un sueño podría hacerse realidad.

—Es una locura —dijo Raven, aunque su sonrisa dejaba claro que era la mejor locura que había escuchado en su vida.

—¿Y qué no lo es? —Diggs le plantó un beso a Hope en la mejilla—. Eres la mejor.

—No te pases —le advertí.

—¿Estás segura de que podemos usar el teatro? —preguntó Raven.

Hope apartó a Diggs de un empujón y tuvo que pedirle al Chico Azul que le explicara qué era lo que estaba preguntando Raven.

—Joseph nos ayudará en todo lo que necesitemos. Aunque tendremos que trabajar duro para tenerlo todo listo en una semana. Hay que aprovechar el

tiempo.

—Voy a echar esto de menos —murmuró Diggs.

—¿Nos llevaremos algo? —quiso saber el Chico Azul componiendo su expresión más seria, aunque era obvio que hacía lo posible por contener una sonrisa—. Si estoy allí, dejando de llenar la funda con propinas, tiene que ser por un buen motivo.

—Todo lo recaudado será para ti, Raven —informó Hope.

Raven se señaló a sí misma, sin acabar de creérselo.

—Hay una condición —anunció el Chico Azul, y esta vez sonrió abiertamente—. Si sale bien, tienes que cambiarte a Arte Dramático.

—¡Sorpresa! —Diggs sacó una rosa de la oreja de Raven y se la tendió.

—¿Ya lo sabíais? —preguntó ella, contemplándonos a todos con estupefacción.

—Desde anoche —explicó el Chico Azul—. Queríamos verte la cara.

Raven apretó los puños unos segundos antes de echarse a llorar. Hope se acercó a ella y la envolvimos en un abrazo. Los otros dos no tardaron en unirse.

Toda historia debería empezar así, con un abrazo, con el tiempo encargándose de fotografiar el momento y el universo como único espectador.

Guardé aquella fotografía, el recuerdo, dentro del bolsillo de mi chaleco para que nadie me lo quitara. Puede que los recuerdos no sean importantes para alguien como yo, acostumbrado a vivir una vida tras otra, pero la felicidad que sentí a través de ese abrazo se mantendría bien afianzada en mi interior y regresaría a mí en los momentos de plenitud y nostalgia, como ese olor familiar que te sobreviene cuando menos te lo esperas.

CAPÍTULO 74

Tan cerca y tan lejos

Los siguientes días fueron un caos de cosas que había que hacer, arreglar, mejorar. Ensayos, carteles, actuaciones en Collodi que terminaban con la venta de entradas para el gran día. Se podría decir que lo habíamos conseguido: Collodi se venía con nosotros a Serendipity.

Que Joseph tuviera contactos terminó por dar el último empujón que llenó el teatro; agentes curiosos, actores y empleados de otros teatros querían ver lo que los cinco, que tanta fama habían cosechado en las calles, tenían que ofrecer sobre un escenario.

No te negaré que me resultaba extraño ver mi imagen en los carteles, aunque también debo decir que salía bastante guapo, con un aire refinado. Para la foto, Hope me había peinado cuidadosamente y Joseph me había regalado un traje nuevo, de un azul más claro, que resaltaba mis ojos y la lágrima de mi mejilla. Era uno más de los cinco y no podía sentirme más orgulloso.

Una de esas tardes, mientras todos se encargaban de vender entradas a los pocos rezagados en Collodi que todavía no la habían comprado, regresamos a Serendipity porque Hope tenía algo que hacer. Sin darme ninguna explicación, se puso el único vestido que tenía y nos subimos a un autobús.

—¿Sabes, Wave? No dejo de pensar en el padre de Diggs. ¿Por qué de entre toda la gente tenía que escucharlo a él? Es un hombre horrible. Pero hoy, al ver a Diggs intentando sonreír, creo que lo he descubierto. Quizá no se trate de mí, quizá se trate de ellos.

—No te entiendo, Hope.

Se quedó pensativa mirando a través del cristal de la ventana y no volvió a decir nada más hasta que llegamos a la casa de Diggs. El sol acababa de ponerse y la casa, con todas esas sombras proyectándose sobre el tejado, parecía mucho más aterradora que aquella mañana de Navidad.

Respiró hondo antes de llamar al timbre. Fue el mismo padre de Diggs el que nos abrió la puerta y el que la volvió a cerrar en nuestras narices.

Hope llamó una segunda vez.

—¿Qué quieres? —preguntó el señor en cuanto abrió por segunda vez con cara de muy pocos amigos.

—Hablar con usted.

—Ya lo estás haciendo.

—No sé si Diggs se lo habrá contado, pero vamos a actuar en el teatro, en Serendipity —aclaró—, y sé que a él le haría muchísima ilusión que viniera a verlo.

—No tengo ningún interés en ver cómo mi hijo pierde el tiempo.

—El tiempo pasa hagas lo que hagas. Todos lo perdemos, la única diferencia es que algunos lo hacemos siendo felices y otros creyendo serlo. No lo conozco de nada y usted no me conoce de nada, pero créame cuando le digo que no hay nada que usted pueda hacer para que Diggs deje de quererlo. Es su padre y lo será siempre, pero si cuando actuemos en Serendipity usted no está, Diggs no recordará ese día como uno especial, lo recordará como el día en el que usted no estuvo. No le arrebathe su felicidad.

—¿Te ha dicho él que vengas? —Hope negó con un gesto de la cabeza—. Deberías irte.

—No haga que pierda la esperanza en usted porque ese solo será el primer paso para perderla por completo.

—Buenas tardes. —El padre de Diggs cerró la puerta tras de sí.

Hope se agachó y deslizó una de las entradas por la rendija de la puerta.

—Has hecho lo que has podido, Hope —le dije para animarla.

—¿Crees que vendrá? —me preguntó. No supe qué contestar a eso.

Intenté encontrar una respuesta durante el trayecto de vuelta al teatro. No fue hasta que Hope comenzó a escribir una carta, mientras el autobús avanzaba y dejábamos atrás calles que nunca habíamos pisado, cuando me di cuenta de que no solo lo había hecho por Diggs; también lo había hecho por ella misma. Al fin y al cabo, la historia de Hope con sus padres no era tan diferente de la del mago: aunque Diggs y su padre se oían, no llegaban a escucharse.

Quise decirle a Hope muchas cosas, pero lo único que pude hacer fue leer una y otra vez aquella primera línea: «A los que una vez fueron mis padres».

CAPÍTULO 75

El sonido de la esperanza

Todavía había noches, cuando el cielo se mostraba tachonado de estrellas, en las que Hope se asomaba a la ventana para pedir un deseo. Es lo que tienen los deseos, que aunque ya no te hagan falta tienes la suerte de que nunca se gastan.

La noche antes de la gran actuación la luna sonreía, hermosa, y Hope le devolvía la sonrisa. Curiosamente, las farolas no emitían luz alguna y desde mi posición, recostado en un cojín, podía ver cómo la luna derramaba su pálida estela contra la ventana. En momentos como ese pensaba que Hope estaba muy lejos de mí, que volaba alto, quizá hacia un planeta diminuto al que solo ella tenía acceso. Se pasaba horas contemplando el cielo, lejos de la civilización, y a mí me hubiera gustado poder inventarme alguna historia al respecto. Una pena que las historias no se me dieran bien.

En las calles, una ráfaga de viento levantó las hojas caídas, los papeles olvidados e incluso los sueños que Hope ya no me decía en voz alta, trayendo consigo al Chico Azul hasta Serendipity.

De tan absorta que estaba no escuchó el único silbido, tímido, que se coló en la habitación. Tampoco oyó cómo se abría la puerta del teatro ni las voces susurrantes que se acercaban a la habitación. No se percató de nada hasta que unos golpes en la puerta irrumpieron en sus pensamientos y el Chico Azul asomó la cabeza.

—¿Puedo pasar?

—Claro. —Apoyada en la ventana, Hope contempló ensimismada cómo el Chico Azul entraba y cerraba la puerta—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba abajo mirándote, pero parecías muy concentrada y no me hiciste caso cuando silbé. En realidad pensaba subir por la ventana, pero Joseph me pilló desprevenido y me dio permiso para subir. —Se detuvo frente a ella—. Hacía tiempo que no te veía.

—Nos vemos todos los días.

—¿Ah, sí? —El Chico Azul la cogió por la cintura y se colocó detrás de ella, rodeándola con los brazos para poder seguir observando el cielo—. Pues a mí me parece que fue hace una eternidad —le dijo contra su pelo. A Hope se le escapó una sonrisa—. ¿Recuerdas cuándo fue la última vez que hice esto? —preguntó a la vez que acercaba la cara a su cuello y lo rozaba con los labios.

—Nunca —contestó ella con timidez.

—Eso es.

Hope se relajó en sus brazos, apoyando parte de su peso sobre él.

—¿No estás nervioso? Es increíble, pero hemos estado tan ocupados estos días que no he tenido tiempo de pensar en ello. Y ahora me tiemblan las piernas.

—Pues no lo parece. —Desde atrás, el Chico Azul le empujó una de las piernas con la rodilla.

—No seas idiota, ya sabes a lo que me refiero.

—Hemos hecho esto un millón de veces.

—Es distinto.

—Lo sé. ¿Te cuento un secreto? —le dijo en un susurro. Hope movió la cabeza afirmativamente—. Estoy aterrado. Mi familia entera estará ahí y por fin voy a mostrarles quién soy. Si te paras a pensarlo, es una tontería estar nervioso por ser como eres, ¿no te parece?

—No es una tontería. No hay nada en el mundo que dé más miedo que el hecho de que los demás te vean como eres en realidad. Lo sé porque llevo toda mi vida temiendo lo mismo.

—Eres perfecta tal y como eres.

—No, no lo soy, y no pasa nada. Me ha costado, pero ahora lo sé.

—¿El qué?

—Que lo que deseaba siempre lo he tenido.

—Me alegra que lo sepas.

—Te lo debo a ti, a todos vosotros.

—No nos debes nada, tú nos has dado esperanza —repuso él.

—¿Crees que Diggs y Raven encontrarán su camino?

—El único camino que hay es el rastro que dejas mientras caminas. Pase lo que pase mañana, haremos lo que hacemos siempre: seguir adelante.

—¿Y si sale mal?

—¿Y si todos nos volviéramos azules? ¿Y si nos salieran hilos y nos convirtiéramos en marionetas? ¿Y si dejáramos de escucharnos los unos a los otros? ¿Quieres que siga? —El Chico Azul esbozó una media sonrisa—. ¿Qué más da? La vida continuaría. Si sale mal, lo volveremos a intentar, y si vuelve a salir mal, lo repetiremos, y si aun así nos sale mal, siempre tendremos Collodi.

—Siento como si mi vida empezara mañana. Ojalá que ellos también puedan venir.

—¿Quiénes?

—Mis padres.

El Chico Azul frunció el entrecejo. Hope le contó que había escrito una carta para ellos hacía unos días pidiéndoles que vinieran a verlos y su mente viajó directamente al pasado. Le habló de los ratos que pasaba con su madre en la cocina, de olores familiares que no había conseguido olvidar, de cuando su hermano vivía y le contaba las historias más alucinantes que había escuchado, de las excursiones que su padre organizaba los fines de semana.

—La realidad parece más fácil cuando no escuchas palabras, sobre todo cuando eres una niña. Por eso deseé dejar de hacerlo.

—¿Y ahora, te parece más fácil? —quiso saber él.

—No. Ahora sé que las palabras forman parte de la vida. Retenerlas es lo mismo que dejar de vivir. No hay diferencia entre eso y lanzarse al mar.

—La vida es como intentar contestar una pregunta que nadie te ha hecho. Cada uno responde como puede o como sabe.

Hope no dijo nada más, se quedó mirando al cielo mientras el Chico Azul la miraba a ella.

—Dilly —la llamó al cabo de unos segundos—, regálame un poco.

—¿De qué?

—De tu esperanza. —Ella sonrió. Él también lo hizo—. ¿Alguna vez has oído cómo suena tu nombre en la noche?

El Chico Azul la soltó y se colocó delante de la ventana, con las manos aferradas al alféizar, dejando un hueco para que ella hiciera lo mismo. Solo entonces, sin dejar de mirarla a los ojos, gritó su nombre. Su nombre real, el de la esperanza. Tan alto que las estrellas se inclinaron para mirarlos, curiosas. Tan alto que las luces de las farolas se encendieron para poder distinguir las expresiones de sus rostros. Tan alto que el tiempo, detenido entre las paredes del viejo teatro, comenzó a correr a toda velocidad, en un

torpe intento por retener el momento. Qué tonto era el tiempo, no se había dado cuenta de que el amor sigue su propio compás, al ritmo de una música que nadie oye, porque no emite sonido alguno.

Hope sonrió. No solo escuchó el sonido de la esperanza en las calles desiertas, también oyó los sonidos de la vida derramándose en sus oídos, entrando en ella, llenándola de felicidad. Puede que fuera incapaz de escuchar todas las palabras del mundo, pero podía quedarse con las necesarias.

Y mientras le daba la mano al Chico Azul, mientras sus ojos se perdían en el cielo en busca de un deseo que ya no recordaba, mientras las ansias por comerse el mundo se hacían más y más grandes, supe que nunca se había sentido más viva.

También supe que ya no me necesitaba.

CUARTO ACTO

«Todo el mundo es un escenario,
y todos los hombres y mujeres meros actores:
tienen sus salidas y sus entradas;
y un hombre en su tiempo interpreta muchos papeles...».

Como gustéis,
William Shakespeare

CAPÍTULO 76

Una carta y una historia que contar

A los que una vez fueron mis padres, durante todos estos años he aprendido muchas cosas. Una de ellas es que el pasado no es más que eso, pasado, y aunque estemos hechos de recuerdos, no hay que dejar que borren todo lo demás. Los recuerdos me completan, pero es la ilusión por capturar nuevos recuerdos lo que me mantiene viva.

Para mí las palabras siempre han sido importantes. Creo que hay mucha gente que no les da la importancia que se merecen pero, en nuestra vida, lo son todo. Tarde o temprano nos convertimos en palabras en los labios de alguien.

Joseph me dijo hace poco unas palabras que todavía resuenan en mi cabeza. Os he culpado durante años, sin darme cuenta de que en nuestra historia no hay culpables sino víctimas. Todos somos víctimas. De las circunstancias, de la vida. Vivimos una pérdida que nos partió en dos a cada uno de una manera diferente. A ti, mamá, que fingías que todo iba bien. A ti, papá, que no eras capaz de fingir y te refugiabas en el fondo de una botella. Y a mí, que decidí egoístamente apartar a un lado todo lo que me hacía infeliz, que intenté vivir de las cenizas del pasado y me atraganté con ellas. Os abandoné y vosotros me abandonasteis a mí. No pasa nada. Elegimos vivir, a nuestra manera.

Mi carta no es para reclamaros nada, no quiero abrir viejas heridas. Lo único que quiero es que nos perdonemos. Que tú, mamá, te perdones; que tú, papá, te perdones; y perdonarme yo también. Todavía estamos a tiempo de hacerlo. Por James y por esa fotografía en la que aparecemos todos en la playa.

Llevo años creyéndome un monstruo sin derecho a vivir como los demás. Me encerraba en mí misma, en mi soledad, y me obligaba a creer que no pasaba nada, que mientras tuviera a Wave lo demás no importaba. Me esforzaba por comprender qué era lo que había de malo en mí. Busqué una manera de recuperarme, incluso llegué a creer que la magia podría ayudarme. Tiene gracia, ¿eh? Me convertí en una especie de Dorothy que buscaba encontrarse consigo misma.

Y en el camino, más que una solución a mi problema, descubrí otras cosas mejores. Amistad, ilusión, esperanza. Encontré una familia: una marioneta, un señor que hizo el milagro de ser el hogar que me faltaba, un Chico Azul, una mimo, un mago y una actriz que se marchó de mi vida pero a la que nunca olvidaré. Gracias a ellos pude encontrarme de nuevo, aprendí a escuchar lo que tenían que decirme.

Puede que nunca llegue a recuperarme del todo, pero eso ya no me preocupa. Sé que habrá gente en el mundo a la que no podré escuchar, pero también sé que no solo las palabras transmiten. A lo largo de mi vida habrá palabras que me dolerán y otras que me

harán inmensamente feliz. Estoy esperándolas todas, las que duelen y las que no. Supongo que ese es el precio de vivir.

Lo que quiero pedirlos es algo tan simple que quizá os resulte imposible. Este sábado actuaremos a las siete y media en el teatro Serendipity. No hace falta que os diga dónde está. Me gustaría que conozcáis a mi nueva familia, por la que fuimos una vez en el pasado. Quiero poder despedirme de la única manera que sé: contándoos una historia, mi historia, mirándoos a los ojos sin tener miedo de lo que pueda encontrar en ellos. Me gustaría dejar de buscar el modo de hacer esas cosas que nunca pudieron ser.

Y, por favor, traedle a él.

Os espera,

Hope.

Esa fue la carta que Hope le escribió a sus padres. No había podido resistirse a leerla dos veces antes de decidirse a cerrar el sobre y entregárselo a Joseph. Él sabría cómo hacer que llegara hasta ellos, o eso quiso creer, pues se lo dio y se marchó corriendo, como si temiera la respuesta que pudiera darle.

No volvió a mencionar el tema hasta esa noche con el Chico Azul, pero durante los días de ensayo y ajeteo que pasaron, en los que apenas había tenido tiempo para pensar en nada que no fuera la actuación esperada, sé que tenía presente la carta de sus padres y la duda de si vendrían o no a verla.

Y ese día había llegado.

—¿Estáis listos? —preguntó un actor y buen amigo de Joseph que se había ofrecido, junto a otros dos más, a ayudar en lo que hiciera falta. Era el mismo que tiempo atrás había pintado las paredes del cuarto de Hope.

—Lo estamos —respondí, ya que los nervios parecían haber borrado las palabras de los demás.

Otro de los actores, en su nuevo papel de ayudante, entró a la carrera.

—Chicos, ¿estáis listos? Salís en cinco minutos.

Todos asintieron con un gesto y se miraron con nerviosismo.

—Lo estamos —asintió Hope—. ¿Raven?

—Sí. ¿Diggs?

—Desde hace rato —farfulló este.

Entonces Hope miró al Chico Azul, que había cerrado los ojos.

—No —contestó él—, pero lo estaré en un momento.

—Vaya, vaya. Nuestro Chico Azul está nervioso. Toda una novedad —se burló Diggs.

—Cállate —lo regañó Raven antes de tirar de él para llevarlo al escenario.

—¡Dos minutos, chicos! —apremiaron los actores.

Sin más dilación, ocupamos nuestros lugares detrás del telón, mirando con ansiedad la gruesa tela azul de las cortinas.

Se dieron la mano como si esto fuera una parte más, necesaria, de la actuación que estaban a punto de representar. Un apretón que más que un apretón fue una promesa.

—Vamos a hacer magia, chicos —anunció Diggs, aunque era a Raven a quien estaba mirando, o besando, sin acercar los labios ni rozarla.

El Chico Azul también besó a Hope, pero no como tú te crees.

—Vamos, Dilly. Cuéntame una historia.

Y Hope sintió el calor de sus palabras abrasándole la piel.

A través de la superficie lisa de mi madera sentí la electricidad recorrer el cuerpo de Hope, tirar de ella hacia lo que estaba por venir. Esa palabra aterradora a la que llamas futuro.

En cuanto a lo que sucedió en aquel escenario:

«ESO YA LO HAS LEÍDO».

EPÍLOGO

—También supe que ya no me necesitaba —dijo la marioneta justo antes de que el telón se cerrase.

En el momento en que los actores volvieron a aparecer en el escenario y la marioneta se inclinó ante el público, la sala quedó en completo silencio. Solo se oía el sonido de cientos de respiraciones; algunas eran profundas, otras ahogadas y unas pocas tímidas, como si intentaran dominar las emociones tras lo que acababan de escuchar, como si una sola respiración pudiera borrar el sonido de las palabras allí pronunciadas.

Los cinco dirigieron la mirada al público, temerosos y al mismo tiempo fascinados por el silencio contenido tras infinidad de personas. Y solo entonces el público entero se levantó, prorrumpiendo en aplausos que todavía pueden oírse, porque no hay aplauso mayor que aquel que se da cuando te regalan esperanza. Y allí, sobre aquel escenario, se había repartido una incontable cantidad de ella.

Una felicidad inmensa creció en el interior de aquellos jóvenes creadores de sueños, que sonrieron y lloraron y se sintieron como si el infinito fuese algo que pudiera alcanzarse con la fuerza de las palabras. Se dieron la mano, uno a uno, para inclinarse y dar las gracias; una vez, y otra, y otra más. Hasta que el telón volvió a cerrarse y ellos permanecieron inmóviles, con el corazón aporreándoles el pecho en un intento de volver al otro lado.

Media hora después, cuando terminaron de cambiarse, todavía quedaban algunas personas fuera de Serendipity, esperando para verlos una vez más.

Los primeros en salir fueron la mimo y el mago y, a pesar de que no quedaba en ellos ni rastro de magia, parecía que flotaban. El mago estrechó la mano de un señor de porte regio mientras la mimo aupaba en sus brazos a un niño pequeño.

Detrás, salió la titiritera y su marioneta. Algunos volvieron a aplaudir, pero nadie se acercó a ellos. La esperanza tiene ese efecto, a veces te paraliza y

solo puedes contentarte con observarla en la distancia.

Pero hubo un niño que corrió hasta ella e incluso la llegó a tocar.

—¿La historia es real? —le preguntó, tirando de su camiseta.

Ella sonrió y se agachó para ponerse a su altura.

—¿Importa?

El niño, que no dejaba de mirar a la marioneta, le dijo:

—Hola, Wave. Yo tengo las manos limpias y nunca os tiraré globos. —
Permaneció unos segundos expectante, esperando a que la marioneta contestara.

La titiritera tomó a la marioneta en sus manos para mirarla a los ojos.

—¿Has visto, Wave, qué niño tan guapo? —La situó junto a su oreja e hizo como si le dijera algo antes de dirigirse de nuevo al niño—. Creo que le gustas. Dice que si quieres puedes darle un beso, aunque sea baboso.

El niño, con cara de felicidad, le plantó un beso tímido en la mejilla a la marioneta e inmediatamente después echó a correr junto a sus padres.

La titiritera se los quedó mirando desde la distancia y una sonrisa fue todas las palabras que necesitó. Los padres del niño asintieron levemente antes de marcharse; ella siguió mirando cómo desaparecían en la distancia cuando escuchó un silbido que conocía muy bien.

Buscó con la mirada el origen de la melodía. Y ahí estaba él, esperándola con su guitarra colgada a la espalda.

—¿Así que Chico Azul, eh? —murmuró con una sonrisa socarrona mientras se acercaba a ella.

—Siempre has sido *Lavender's Blue*, lo más importante nunca se ve.

Él la cogió de la mano y, antes de marcharse, los dos se volvieron hacia el hombre mayor que los observaba desde la puerta del teatro. Solo se dedicaron una mirada, pero la esperanza que había en ella les seguiría incluso si sus caminos no volvían a cruzarse.

AGRADECIMIENTOS

Este libro tiene truco: contiene muchos otros libros. También nos contiene a nosotras. A las que éramos, a las que somos ahora y a las que seremos mañana. Te contiene a ti y a lo que has sentido al leerlo. Contiene a todos aquellos a los que les hables de él. A los momentos en los que lo recuerdes. Y contiene, además, magia.

Este libro, en realidad, no es un libro. Es una chistera. Y en lugar de conejos hallarás historias.

Esta historia te la hemos contado como si ya hubiera ocurrido, pero podría no haberlo hecho todavía. Podríamos haberla contado como si fuera a ocurrir. No hay demasiada diferencia.

Ahora llegamos a la parte en la que se suele agradecer a todo aquel que ha contribuido para que el libro sea posible, así que este libro se lo queremos agradecer a Michael Ende, a pesar de que nunca lo conocimos más allá de sus historias. Le damos las gracias por hacernos sentir como si estuviéramos en casa, por ser uno de los mejores anfitriones del mundo.

La historia de Hope es nuestra pequeña contribución a la magia de los cuentos, porque esperamos que nunca se pierdan ni que nadie los pierda. No hay edad para disfrutar de una historia, de modo que nuestro segundo y tercer agradecimiento es para el destino y para ti. Al destino por hacer que nos leas y a ti por leernos.

Quizá no puedas leer ni escuchar todas las palabras del mundo; algunas se te escaparán, otras ni siquiera llegarás a encontrarlas, pero puedes quedarte con las importantes. Y es que en el fondo todos somos un poco como Hope. Dejamos de escuchar en algún momento. Nos perdemos, nos reencontramos, luchamos, creemos, perdemos, amamos, odiamos. Tu historia. La nuestra. Son todas igual de diferentes.

Gracias por creer en las historias.

Gracias por creer en Hope.

Gracias, Michael Ende, por ser nuestro Joseph y a tus historias por ser Wave.

Gracias.

Wendy Davies regresa al panorama de la literatura inspiracional con una novela que narra la historia de una niña diferente, un trasunto de *Momo*, una Matilda adolescente que tiene como cómplices a una marioneta, al dueño de un pequeño teatro y a sus palabras como escudos frente a una pérdida irreparable, pero también como peldaños de una escalera de esperanza hacia el futuro.



Imagina un caserón de piedra parda en una calle cualquiera de una ciudad sin nombre.

Acércate más. ¿Ves el nombre tallado en piedra? El teatro Serendipity te da la bienvenida.

Si has llegado tan lejos imaginando, no te costará entrar.

Nada más hacerlo verás a Joseph tras el mostrador. Fíjate en la vieja estantería que hay justo detrás de él. Hay algo que llama tu atención. Entre una corona envejecida que ya ha perdido todo su brillo y una figura horripilante de una bailarina, me ves a mí.

Y, justo en este momento, Hope, una niña incapaz de escuchar las palabras, acaba de entrar.

Puedes seguir imaginando o dejar que te cuente qué ocurrió.

SOBRE WENDY DAVIES

Merche Murillo (Barcelona, 1989) y **Fátima Embark** (Gran Canaria, 1985) se conocieron gracias a los libros. Desde niñas vivieron en un Érase una vez. Las palabras, los quizás y las historias les robaron el corazón y nunca hicieron ningún intento por recuperarlo. Por Navidad tenían por costumbre pedir un escritor, pero debajo del árbol siempre encontraban calcetines. Actualmente viven dentro de un libro, aunque de vez en cuando salen de él para cantar en la ducha o bailar bajo la lluvia. Lectoras insaciables, administradoras de Perdidas entre páginas y Divagando entre líneas, se cansaron de coleccionar calcetines y optaron por crear a su propio escritor: **Wendy Davies**. Han publicado *Recuerda que me quieres*, *Una estrella en mi jardín*, *Instant karma* y *Siempre será diciembre* (Premio Gran Angular, 2017).

© 2018, Wendy Davies

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-261-6

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Carlos Pamplona

Ilustración de la cubierta: © Nicoletta Ceccoli

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Índice

Hope

Dedicatoria

Primer acto

Capítulo 1. Todo lo que el polvo puede engullir

Capítulo 2. Serendipity

Capítulo 3. Silencio no significa que no haya palabras

Capítulo 4. Hope

Capítulo 5. Cementerio de palabras muertas

Capítulo 6. Vamos a contar mentiras

Capítulo 7. Tener fe

Capítulo 8. Un pirata, una maldición y un rescate

Capítulo 9. Lo que fue nunca será

Capítulo 10. A veces es mejor ignorar que saber

Capítulo 11. Comprar palabras

Capítulo 12. Negación

Capítulo 13. Monstruos

Capítulo 14. Se buscan preguntas

Capítulo 15. Deseos

Capítulo 16. Recordar olvidando

Capítulo 17. Misery y Joy

Capítulo 18. Perseguir la realidad

Capítulo 19. No cumpleaños

Capítulo 20. ¿Por qué?

Capítulo 21. El peor día del mundo

Capítulo 22. Cuestión de lugar y momento

Capítulo 23. La promesa

Capítulo 24. Nunca regresamos

Segundo acto

Capítulo 25. Un mundo de lágrimas

Capítulo 26. Marianne

Capítulo 27. Creer

[Capítulo 28. Entonces sucedió algo maravilloso](#)
[Capítulo 29. El Chico Azul](#)
[Capítulo 30. Garfio](#)
[Capítulo 31. La magia de la música](#)
[Capítulo 32. El color de las lágrimas](#)
[Capítulo 33. Un extraño baile](#)
[Capítulo 34. Un mundo de marionetas](#)
[Capítulo 35. Hablar sin palabras](#)
[Capítulo 36. El hombre que dijo toda la verdad sin decir palabra alguna](#)
[Capítulo 37. Un reto y un secreto](#)
[Capítulo 38. Raven](#)
[Capítulo 39. El ladrón de magia](#)
[Capítulo 40. No se puede arreglar algo que no está roto](#)
[Capítulo 41. Los verdaderos magos](#)
[Capítulo 42. Lo que no se puede ver](#)
[Capítulo 43. Abracadabra](#)
[Capítulo 44. De charco en charco](#)
[Capítulo 45. Cuéntame una historia](#)
[Capítulo 46. Una sorpresa](#)
[Capítulo 47. Kafka y la marioneta perdida](#)
[Capítulo 48. Matrioska](#)
[Capítulo 49. Solo una vez](#)
[Capítulo 50. La patria de una marioneta](#)
[Capítulo 51. Hedgehog](#)
[Capítulo 52. Niños de pesadilla](#)
[Capítulo 53. Via](#)
[Capítulo 54. La vida es sueño](#)
[Capítulo 55. El beso más grande del mundo](#)
[Capítulo 56. Nadie está solo](#)
[Capítulo 57. Buscar una razón](#)
[Capítulo 58. Solo mientras duela](#)

[Tercer acto](#)

[Capítulo 59. Atrapa-tristezas](#)
[Capítulo 60. Sin príncipes azules](#)
[Capítulo 61. «Imagine»](#)
[Capítulo 62. La niña que no quería irse](#)

[Capítulo 63. Batallas que no deben ser libradas](#)

[Capítulo 64. Nieve verde con luces](#)

[Capítulo 65. Primera historia. La niña que no pudo serlo](#)

[Capítulo 66. Segunda historia. Si no te atreves](#)

[Capítulo 67. Tercera historia. Dónde estés tú](#)

[Capítulo 68. Villanos](#)

[Capítulo 69. El adiós que nadie llegó a pronunciar](#)

[Capítulo 70. Maestros titiriteros](#)

[Capítulo 71. La niña a la que le robaron un sueño](#)

[Capítulo 72. La propuesta](#)

[Capítulo 73. Toda historia debería empezar con un abrazo](#)

[Capítulo 74. Tan cerca y tan lejos](#)

[Capítulo 75. El sonido de la esperanza](#)

[Cuarto acto](#)

[Capítulo 76. Una carta y una historia que contar](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Wendy Davies](#)

[Créditos](#)